



**LOS
TERRIBLES
CHIOQUILLOS**

Erud Blyton Lectulandia

Al barrio de los Carlton se han mudado unos nuevos vecinos, los Taggerty, cuyos hijos vienen precedidos de una fama de maleducados y terribles. Cuando los niños de los Carlton se acercan al muro que separa su jardín del de los Taggerty, tendrán un primer encuentro con los hijos de sus vecinos, tras el cual, tanto unos como otros decidirán no querer volver a verse nunca, opinión compartida por la Sra. Carlton.

Pero el señor Carlton sorprenderá a su familia cuando, al volver a casa, empezará a alabar a los Taggerty y a comunicar a su familia que a partir de ahora sus nuevos vecinos y ellos van a relacionarse mucho ya que el Sr. Taggerty fue su mejor amigo del colegio. A partir de aquí empezarán los encuentros y desencuentros de los niños de ambas familias que darán pie a infinidad de aventuras y situaciones divertidas.

Lectulandia

Enid Blyton

Los terribles chiquillos

ePub r1.0

Titivillus 28.07.15

Título original: *Those Dreadful Children*
Enid Blyton, 1949
Traducción: Ramón Margalef Llambrich
Ilustraciones: Carlos Freixas

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

En el fondo del jardín

Un niño y una niña se encontraban subidos a un rodillo, en el fondo de su jardín. Una pequeña intentaba subirse a aquél también, pero allí no había sitio para ella.

—Dejadme subir —decía—. Yo también quiero asomarme.

—Espera —le contestaron los otros—. Dentro de un momento te dejaremos.

El niño y la niña del rodillo contemplaban el jardín de la casa que se encontraba al fondo del suyo. Los dos jardines quedaban unidos por allí. El de los chicos se veía limpio y ordenado, y lleno de flores. El otro estaba muy descuidado, saturado de hierbas y matorrales.

—Se han ido, Margery —dijo John, el niño—. Las cortinas están corridas. No se ve el asiento del jardín. Ha desaparecido. La casa está vacía.

—¡Dejadme ver! —chilló Annette, tirando de sus piernas—. Sois muy malos. ¡Yo quiero asomarme!

Habiendo oído la voz de Annette, la madre de los chicos se presentó en el jardín.

—Dejadla subirse al rodillo —dijo—. Tened en cuenta que es más pequeña que vosotros.

—Íbamos a dejarla asomarse ahora —manifestó John, frunciendo el ceño—. Mamá: ¿es que se han ido las Healey? La casa parece encontrarse vacía.

—Sí, se han ido. Las dos mujeres se encontraban demasiado delicadas para poder seguir cuidando de sí mismas. Por eso han vendido su casa, yéndose a vivir con una sobrina. Ayer fui a despedirme de ellas.

—¿Quién va a vivir ahora en su casa? —preguntó Margery—, espero que sea una familia con chiquillos.

—Pues sí... Ahí va a vivir una familia con cuatro chicos. Uno de ellos es un bebé todavía. Los otros serán, aproximadamente, de vuestros años.

—¡Oh! —exclamó Margery, encantada—. Haremos amistad con ellos entonces. ¿Cuándo llegarán aquí?

—La semana que viene, seguramente —respondió la madre—. Primeramente habrán de limpiar y pintar la casa. Espero que nuestros nuevos vecinos cuiden más del jardín que lo hacían esas dos ancianas señoras. La verdad es que da pena verlo.

—¡Cuatro chicos! —dijo John—. Espero que alguno de ellos sea mi amigo.

—¿No habrá también alguna niña como yo? —inquirió Annette—. Quiero tener aquí alguien con quien jugar.

—Sí, hija —repuso la madre, pasando un brazo por encima de los menudos hombros de la pequeña.

Annette era una niña malcriada. Cuando no podía hacer lo que se le antojaba se echaba a llorar. Se sulfuraba si era reprendida. Era muy bonita cuando sonreía y parecía estar contenta, pero se ponía muy fea si fruncía el ceño o hacía pucheros.

—Margery y John siempre juegan juntos, dejándome aparte —informó Annette, acurrucándose contra las piernas de su madre—. Yo quiero tener también alguien con

quien jugar.

—Lo único que deseo es que esos chicos sean como Dios manda —declaró la madre—. No quiero que os hagáis amigos de unos chicos mal educados. De esa familia sólo conozco el apellido: Taggerty. No tenemos más remedio que esperar para ver cómo son.

Volvió a la casa, llevándose a Annette. Margery y John continuaron asomándose por el muro, haciendo que el rodillo se moviera un poco.

—¡Cuatro chicos! Eso me parece estupendo. Mamá no nos ha permitido hacernos amigos de los de la vecindad... Únicamente le gustan los Fitzgerald, que son tan aburridos. Espero que estos nuevos vecinos no sean así, Margery.

Ésta le dijo en un susurro:

—John: ¿qué te parece si saltáramos por encima de este muro y viéramos el jardín vacío para asomarnos después por las ventanas de la casa? Nunca hemos estado ahí dentro.

John dudaba...

—¿Estaría bien que hiciésemos eso? Quiero decir: ¿y si nos viese alguien?

—Bueno, pues esperemos a que sea más tarde —propuso Margery—. Entonces correremos menos peligro de que nos vea alguien. ¡Ah! A Annette no hay que decirle nada. No debe acompañarnos. Haría ruido y nos delataría.

—Conforme —contestó John—. Siempre he deseado explorar el jardín que se encuentra al fondo de este nuestro. Sé que está muy abandonado, que hay hierbajos por todas partes, pero a mí me parece un lugar impresionante, misterioso. Hay en él muchos sitios donde esconderse. Es casi como una selva.

Oyeron la voz de su madre, llamándolos, y se bajaron del rodillo. Era la hora del té. Annette se encontraba ya sentada a la mesa, lavada y peinada. Margery y John se asearon también.

—Os habéis retrasado —dijo Annette cuando regresaron del cuarto de baño—. Yo he sido la primera. Mamá: John no se ha lavado las manos bien. Veo unas manchas en sus dedos.

John obsequió a Annette con una mirada furibunda, escondiendo sus manos bajo la mesa.

—Déjame ver tus manos, John —dijo la madre—. Y no mires a la pobre Annette de esa manera. ¡Oh! Desde luego, tienes que ir a lavarte las manos otra vez. ¿Están las tuyas bien limpias, Margery?

John se levantó de la mesa, mirando todavía a su hermana con enojo. Annette ni siquiera se dio cuenta de eso, ocupada como estaba sirviéndose miel. Nadie llegó a decirle que era una soplona.

Después del té, los chicos se trasladaron al jardín para jugar. John no quería nada con Annette y ésta se enfadó.

—Eres malo conmigo, John. Eres un chiquillo rencoroso. Mamá te dijo que jugaras conmigo —gimió Annette.

John miró algo apurado hacia las ventanas de la casa.

—¡Cállate de una vez, Annette! No armes tanto escándalo. Jugaremos al escondite, si quieres. Empieza a buscarnos cuando nosotros te digamos: ¡Cu-cú!

Margery y John echaron a correr. Annette tenía que contar hasta cien antes de ir en su busca.

—Nos esconderemos detrás del cobertizo —dijo John—. A ella no se le ocurrirá mirar por allí. De este modo nos libraremos de Annette. Estoy enfadado con ella. Estaré enfadado dos días.

Margery sabía que cumpliría su promesa. John se acordaba de ciertas cosas demasiado tiempo. Si alguien le ofendía o le enojaba, pensaba en eso un día y otro y no perdonaba. Raras veces se mostraba violento o reñía... No decía nada. Simplemente: pensaba cosas hirientes que hacían de él un chiquillo desagradable por algunos días.

Se acurrucaron detrás del cobertizo. Tuvieron, primero, que abrirse paso por entre unos matorrales. Aquél era un escondite ideal. Acomodáronse lo mejor posible en el escaso espacio de que disponían y estuvieron hablando en susurros.

—Tan pronto como Annette se vaya a la cama, saltaremos por encima del muro. Espero que no nos sorprenda nadie.

—Es posible que encontremos una de las ventanas de la casa abierta. Si es así, entraremos en ella —dijo John, atrevido.

—Esas ventanas estarán bien cerradas —contestó Margery—. Siempre pasa eso con las de las casas vacías.

—¡Ya voy! —chilló Annette, de pronto—. ¡Ya voy!

No pudo encontrar a sus hermanos, por supuesto. Fue de un lado para otro y acabó lanzando fuertes gemidos.

—¿Dónde estáis? Os habéis escondido para que no esté con vosotros. ¡Venga ya! ¡Dejaros ver los dos!

John y Margery sabían que no se les ofrecía ninguna otra escapatoria. Si persistían en su actitud, su madre se presentaría allí para ver qué era lo que le pasaba a Annette. Salieron de su escondite sin ser vistos, precipitándose sobre la pequeña, quien se asustó mucho, lanzando un grito.

—¡Oh! ¿Dónde estabais? He mirado en todos los rincones. No me gusta el juego del escondite. ¿Por qué no jugamos a otra cosa?

Cuando la madre llamó a Annette para acostarla, Margery y John se dirigieron al fondo del jardín. Subieron al rodillo y después se plantaron en lo alto del muro. John fue el primero en descender, ayudando a continuación a Margery. Unos momentos después caminaban por el abandonado Jardín, mirando a su alrededor, muy impresionados.

—Avancemos por este sendero. Fíjate cómo por encima de nuestras cabezas se juntan las frondosas copas de los árboles.

—¿No has visto ese viejo cenador? Tiene tres ventanas y hay un asiento corrido

por dentro, a lo largo de sus paredes. Ojalá tuviésemos nosotros algo parecido. Podríamos jugar a las casas ahí.

Recorrieron el sendero. Desde luego, aquel jardín daba lástima verlo. Pero era muy emocionante caminar por él. Vieron un árbol muy grande; sus finas ramas llegaban al suelo, alrededor del tronco, formando una especie de gruta vegetal. Era un sauce llorón y les pareció un árbol muy gracioso, muy bello. Los chicos apartaron algunas ramas, penetrando en aquella cueva.

—¡Oh! Es muy bonito esto, ¿verdad? —dijo Margery—. John: espero que lleguemos a hacer amigos de los Taggerty. Aquí dará gusto jugar. ¡Mira, mira! ¡Un estanque!

Vieron unos peces de colores. El agua estaba limpia.

—¿Qué te parece? —añadió la niña, entusiasmada.

—Lo malo es que mamá no nos dejará venir nunca por aquí —contestó John, preocupado—. Fíjate en ese prado, Margery, en el césped. Es lo mismo que estuviésemos en pleno campo. Las flores de los setos están cubiertas de hierbajos. Es una pena.

John y Margery, para los años que tenían, podían ser considerados buenos jardineros. Ayudaban a los mayores en la tarea de mantener su jardín en las debidas condiciones. Margery señaló a John unos rosales sin escardar, pero llenos de hermosas flores.

—¡Fíjate, fíjate! ¿Has visto alguna vez unas rosas como éstas? ¡Oh! ¡Qué lástima, tener un jardín tan abandonado! Me gusta esa parte de ahí, donde hay tanta vegetación. Tiene un aspecto muy misterioso... Y la cueva que forman las largas ramas del árbol, tocando el suelo, me encanta... Ahora, todo eso estaría mejor si se encontrase ordenado, atendido.

Se acercaron a la casa, asomándose a su interior por la ventana de la cocina. Estaba vacía, desprovista de todo. Un diminuto ratón se deslizó por el suelo, a su vista, y Margery, asustada, dio un salto.

—¡Oh! ¡Un ratón! Si ahí hay ratones ya no quiero entrar.

A Margery le daban miedo los ratones y los murciélagos, los escarabajos, los gusanos y también las tijeretas. Le imponían los perros desconocidos y no se atrevía nunca a acariciar a un gato porque temía que podía arañarle. En su casa no había animales porque a su madre le gustaba tenerla en todo momento limpia, impecable. Solía decir que los animales lo ensuciaban todo y que llenaban las alfombras, los cojines y algunos muebles de pelos.

Caminando de puntillas, se acercaron a otra ventana. Hablaban en voz baja. No era porque temieran que alguien pudiese oírlos. Era fruto de la emoción que experimentaban.

Ni una sola de aquellas ventanas estaba abierta. No podían pensar, por tanto, en entrar en la casa, si bien Margery había desistido ya de tal idea... por el hecho de haber visto un ratón. No obstante, seguía gustándole curiosear.

Las ancianas ocupantes de la casa no habían dejado nada en ella, si se exceptuaba un montón de periódicos, en un rincón de la cocina. Goteaba uno de los grifos y los últimos rayos de sol de la tarde arrancaban destellos al agua.

Sonó un timbre a cierta distancia y John frunció el ceño.

—Nos están llamando —dijo—. Ha llegado la hora de acostarse. ¡Qué lástima! Podríamos haber jugado un rato todavía en la cueva del árbol.

—Y también en el cenador —manifestó Margery— John: los Taggerty no se presentarán aquí hasta la semana que viene. Todas las tardes saltaremos por encima del muro, hasta que lleguen. Por entonces, los pintores y encargados de la limpieza de la vivienda se habrán ido y nadie podrá vernos.

John, que siempre temía hacer algo que no estuviese bien, contestó:

—No sé si procederemos bien, pero la verdad es que no podemos causar ningún perjuicio a nadie con eso, de manera que...

—De acuerdo, entonces —dijo Margery, encantada—. Ahora vámonos. Hemos de procurar que nadie nos sorprenda en este lugar. Volveremos aquí mañana. ¡Ah! Y no digas una palabra de lo nuestro a Annette. Si lo sabe, irá con el cuento a mamá.

En el otro jardín

John y Margery comprendían que estaban compartiendo un emocionante secreto. Solían hablar de aquello en voz baja y Annette se enfadaba porque en cuanto se les acercaba los dos se apresuraban a guardar silencio.

—Tenéis que decírmelo —decía poco menos que gimiendo—. ¡Tenéis que decírmelo! Yo sé que es un secreto lo vuestro... Cuando me entere de lo que es se lo diré a mamá. Así dejaréis de cuchichear.

—Podría ser que estuviésemos hablando de tu cumpleaños, ¿no? —dijo John.

Eso tranquilizó a Annette, que se mostró más amable.

Margery y John aguardaron con impaciencia a que Annette se fuese a la cama aquella noche. Tan pronto como la llamaron, echaron a correr hacia el fondo del jardín. Margery había cogido antes la mejor de sus muñecas.

—Yo quiero jugar a las casas con ella en el cenador —dijo a su hermano—. Tú puedes ser el padre. Yo seré la madre y la muñeca será nuestra hija.

—No, jugaremos a las cuevas, debajo del árbol grande —propuso John.

—John: ¿no podríamos coger varias de aquellas hermosas rosas rojas que están entre los matorrales? —preguntó Margery cuando avanzaban bajo los árboles.

—Bueno, tienes que pensar que no son nuestras —objetó John.

—Ya lo sé. Pero es que ahora no son de nadie —contestó Margery—. Acabarán marchitándose sin que nadie disfrute de ellas. Me gustaría coger dos. No creo que eso tenga importancia.

—Si todo el mundo pensara como tú, en los jardines de las casas deshabitadas no se encontraría ni una sola flor —apuntó John—. No cojas ninguna, Margery. En realidad, ni siquiera debiéramos encontrarnos aquí.

Jugaron a gusto en la cueva del árbol. Por entre las espesas ramas de éste se filtraba la luz, que dentro parecía verde y misteriosa. De vez en cuando apartaban aquéllas para asomarse al exterior.

—¿Se ve algún enemigo por los alrededores? —inquirió Margery en un susurro.

—No —contestó John, en el mismo tono de voz—. Ahora podríamos alcanzar de una carrera el cenador.

Suponiendo que unos imaginarios enemigos estaban a punto de lanzarse sobre ellos, se dirigieron a toda prisa al lugar mencionado por John.

Margery, al principio, creyó que el cenador sería más de su agrado. Era que había visto una araña deslizándose por el techo. La niña se estremeció.

—Tengo que limpiar esto de un extremo a otro —dijo—. Dejaré el cenador limpio de tijeretas y arañas. Pondré un poco de orden aquí dentro. ¿Quieres que mañana nos traigamos algunas prendas viejas y que hagamos una limpieza a fondo, John?

—Hazlo tú, si quieres. Yo no tengo ganas de limpiar. Prefiero pasar el rato jugando en la cueva del árbol. Me gustaría que los Taggerty tardasen varias semanas

en presentarse aquí. Quisiera que este jardín fuese para nosotros solos.

—Puede ser que nos divirtamos todavía más cuando ellos lleguen —declaró Margery—. Si nos hacemos amigos de los Taggerty seguiremos viniendo a jugar aquí. Seremos seis en total y dispondremos a nuestro antojo de la cueva del árbol, del cenador, de los árboles. En el estanque haremos flotar nuestros blandros. ¡Ojalá tuviésemos en nuestro jardín otro estanque igual!

Los dos hermanos treparon por el muro a la noche siguiente. Llegó la hora de la tercera excursión. El tiempo había cambiado. John tiró de Margery y los dos se guarecieron en la cueva del árbol. Aquel atardecer reinaba allí la oscuridad. Veíanse en el firmamento unos grandes nubarrones que presagiaban un buen chaparrón.

—Nos refugiaremos aquí —dijo John en voz baja—. Espero ahora que a nuestra madre no se le ocurra llamarnos. Bueno, creo que ha salido. Esta cueva es estupenda, Margery. Aquí no nos mojaremos.

Estaba en lo cierto. Las largas y caídas ramas oscilaban un poco por impulso del viento, pero no se filtraba ni una sola gota de agua. El suelo estaba perfectamente seco y podían sentarse en él. Era divertido permanecer allí dentro, escuchando el rumor de la lluvia fuera.

Luego, de repente, los chicos oyeron otro sonido. Era un rumor de voces y de pasos apresurados. ¡Y aquel rumor procedía de la entrada posterior de la casa y del jardín!

John asió a Margery por un brazo.

—¡Alguien ha llegado! Espero que no se trate de los Taggerty.

Margery no se atrevía ni a respirar. Se puso muy encarnada, permaneciendo sentada, inmóvil. Oían las voces de los recién llegados perfectamente ya. Todo parecía indicar que iban de un sitio para otro.

—¡Qué rabia me da esta lluvia! Es una lástima. Yo quería ver la casa y el Jardín a la luz del día. Oye... Aquí hay un estanque. ¡Mamá: en el jardín hay un estanque!

—¡Oh, John! Tenemos que irnos —susurró Margery, aterrada—. Nos van a encontrar en seguida. Vámonos, vámonos a toda prisa...

—No. Nos verían antes —contestó el chico, que también estaba asustado—. ¡Oh, Margery! Lo que daría por que no hubieses cogido esas rosas...

La chica se arrepentía, asimismo, de haberse apoderado de ellas. Era la primera vez que cogía unas flores que no le pertenecían. Las rosas rojas eran bellas, tan perfectas, que no había sabido resistirse a la tentación de cogerlas, desprendiéndolas de sus tallos. Allí estaban, junto al tronco del sauce llorón. ¿Dónde podría esconderlas ahora?

En ninguna parte. No había allí ningún sitio ideal para eso. Muy apurada, Margery colocó su muñeca encima de las flores. Nadie las vería probablemente.

—¡Pat! ¡Mira! ¡Aquí hay un cuarto de pilas! —chilló una voz—. Bridget se pondrá muy contenta. Siempre ha suspirado por tener algo así, donde poder lavar nuestras ropas a gusto. ¡Vaya! Quedará complacida.

—Vamos a explorar el jardín. ¡Dios mío, Maureen! Hay matojos por todas partes —dijo otra voz—. Esta lluvia... ¡Qué fastidio! Sigamos viendo el jardín. Es de los grandes. El más grande de todos los que hemos tenido. Aquí nos vamos a divertir de lo lindo.

Una nueva voz flotó en el aire, una voz más infantil que las anteriores.

—¡Llebadme a mí también! ¡Yo quiero ir con vosotros!

—Pues di «por favor» entonces, Bidy —contestó la voz de Pat—. Y no gimotees más.

—¡Por favor! —repuso la voz de Bidy, obediente.

El rumor de pasos se acercaba más y más, pensaron John y Margery.

—¡Aquí hay un cenador! —aulló Pat—. Aquí podemos jugar a las casas y a las escuelas. ¿Habéis visto esos árboles? Podremos subirnos por ellos... Bueno, ¿qué árbol es este?

Margery y John se apretaron el uno contra el otro. Ya veían los zapatos de los tres chicos asomando por debajo de las caídas ramas. Luego, alguien apartó dos o tres de éstas, asomándose al interior de la cueva que formaban.

Aquella era la cara de un niño, una cara de alegre expresión, en la que destacaban unos ojos muy azules y cuyos cabellos eran muy oscuros. El chico tendría unos diez años, poco más o menos la edad de John. Nada más asomarse, descubrió a Margery y a John inmediatamente.

—Mira, Maureen —dijo sobresaltado, apartando unas cuantas ramas más para que su hermana se asomara también al interior—. ¡Un niño y una niña! Bueno, ¿qué estáis haciendo vosotros aquí? Este jardín y esta casa son nuestros.

A Margery le faltaba poco para echarse a llorar. John se encaró con los recién llegados.

—Hemos entrado aquí para echar un vistazo, ya que en el jardín no había nadie —dijo—. Vosotros no vivíais en esta casa aún. No vayáis a decírselo a vuestros padres, ¿en?

—¿Por qué habíamos de decírselo? Nosotros no somos ningunos soplones —contestó el chico, adentrándose en la cueva—. Pero os tendréis que ir. No quiero ver a nadie en este jardín sin mi permiso.

Parecía estar enojado. No se le veía muy limpio, además. Sus manos estaban sucias y lucía algunos tiznes en la cara. En uno de sus calcetines descubrió John un roto y otro en el jersey que vestía.

La chica se dejó ver también. Era de la misma edad que Margery, pues tendría unos ocho años. Iba, asimismo, sucia, desaseada. A continuación llegó otra niña de unos cinco años. Era Bidy. Tenía los ojos azules y los cabellos oscuros de sus hermanos. También se veía bastante descuidada. La cinta roja que había estado sujetando sus cabellos aparecía caída sobre uno de sus hombros.

—¿Dónde vivís vosotros? —Inquirió Pat.

—No pienso decírtelo —respondió John, temiendo que Pat pusiese a sus padres al

corriente de lo escurrido—. Eso no te importa. Nosotros no hemos hecho ningún daño. Vámonos, Margery.

—No. Vosotros no saldréis de aquí. ¡Sois nuestros prisioneros! —chilló Pat de repente.

Dando un ensordecedor aullido, sacó una cuerda que había estado llevando arrollada a la cintura, abalanzándose sobre John con la intención de atarlo probablemente.

John no estaba acostumbrado a estas cosas. Intentó rechazar a Pat. Pero éste no tardó en tirarlo al suelo. Margery observaba sus movimientos, aterrorizada.

—¡John, John! ¡Te vas a manchar el jersey! ¡Levántate, John!

Pero lo malo fue que en seguida le llegó el turno a ella, ya que Maureen y Bidy se apresuraron a sujetarla, obligándola a tenderse en el suelo. La niña dio un grito. ¿Qué pensaría su madre cuando se diera cuenta de que su vestido estaba manchado de tierra?

Hubo algunos forcejeos que duraron varios minutos, y cuando todo hubo terminado, John se encontró con que tenía las manos atadas a la espalda. Desde luego, era el prisionero de Pat.



—¡Eres un bestia! —gritó a Pat—. Suéltame las manos. Te voy a dar de patadas hasta que me harte si no lo haces.

—No está permitido dar patadas, ¿eh? —contestó Pat—. No seas tonto. Se trata de un juego tan sólo.

Margery se sentó, sacudiéndose la falda, cubierta de polvo. Su vestido había quedado hecho una lástima.

—Que no se te ocurra volver a ponerme las manos encima —dijo a Maureen—. Y

lo mismo te digo a ti —añadió, dirigiéndose a Bidy—. Mirad cómo habéis dejado mi falda. Mamá se pondrá muy furiosa.

—No te hemos tratado tan mal —contestó Maureen, en cuyas mejillas se dibujaron dos hoyuelos al sonreír, mirando a la irritada Margery—. Un botón que ha saltado... Bueno, ¿y eso qué más da?

—¿Qué más da, sí? —repitió Bidy, saltando de alegría al ver el gesto enfurruñado de Margery—. ¡Oh, mira! ¡Una muñeca!

—¡Deja en paz a mi muñeca! —chilló Margery, que estaba tan asustada como iracunda—. Si te atreves a tocarla, yo... yo...

Pero su actitud amenazadora no sirvió de nada. Bidy se apoderó de la muñeca, empezando a acunarla entre sus brazos. Luego, Pat vio las dos rosas rojas debajo de la muñeca y las cogió.

—¡Vaya! Habéis estado arrancando nuestras rosas, ¿eh? —dijo Pat—. ¿Es verdad esto o no?

John y Margery estaban acostumbrados a decir siempre la verdad. Les habían enseñado que no debían mentir nunca. Pero era algo terrible tener que verse obligados a confesar su falta.

—Estas rosas las cogí yo —manifestó Margery—. Creí que no tenía importancia... Pensé que se marchitarían sin que nadie las viera... No las hubiera cogido de haber sabido que ibais a venir vosotros y que queríais conservarlas.

—Es una ladrona —sentenció Bidy.

—Cállate, Bidy —ordenó Pat. Volviéndose a Margery, agregó—: No tenéis ningún derecho a coger estas flores. Pero os podéis quedar con ellas. Yo me quedaré con la muñeca a cambio.

—¡Oh, no! —exclamó Margery, muy alarmada. Pero Maureen salió corriendo de la cueva con la muñeca. Margery se lanzó tras ella.

Se oyó una voz en aquel momento.

—¡Niños! ¿Queréis ver la casa? ¡Ya tengo la llave!

Maureen arrojó la muñeca a las manos de Margery.

—Aquí tienes tu muñeca. Nos está llamando nuestra madre. Solamente quise gastarte una broma.

—Quedaros también con las rosas, ya que tanto os gustan las flores —dijo Pat, desdeñoso.

Cogió a Bidy de una mano y los tres echaron a correr hacia la casa.

—¡Qué chiquillos más malos y más sucios! —dijo Margery con lágrimas en los ojos al coger su muñeca y apretarla contra su pecho—. Los odio, John.

—Son unos bárbaros —comentó John, contemplando el roto que le habían hecho en el jersey—. Se han lanzado sobre nosotros, tirándonos al suelo. Nunca había visto nada igual...

—No seremos nunca amigos —declaró Margery—. Bueno, John, vámonos... Podría ser que volvieran.

Miraron por entre las ramas del sauce llorón. Vieron varias personas dentro de la casa deshabitada y oyeron algunas voces.

—Esas chicas son muy guapas —manifestó Margery—. Y también el niño. ¿Te has fijado en sus azules ojos, John? Pero ¡qué modales los suyos! A mamá no le van a gustar nada nuestros vecinos, con seguridad. No nos permitirá que nos juntemos con ellos. Bueno, yo no podré ser amiga suya nunca después de lo que han hecho con mi muñeca. ¡Pobre Ángela! Yo creí que iban a romperle algún brazo. Vámonos a casa en seguida, John.

Corrieron por el jardín, rumbo al muro de separación. Cuando estaban en lo alto de éste oyeron el timbre con que los llamaban siempre para acostarse. John contempló sus ropas con un gesto de preocupación.

—Mamá nos va a obsequiar con una buena regañina —comentó—. Y tú no tienes mejor aspecto que yo, Margery.

Su madre, desde luego, les dijo muchas cosas. No podía verlos sucios, desaseados.

—¡Vaya un jersey que llevas, John! ¿Por qué está tu vestido así, Margery? ¿Adónde ha ido a parar el botón que te falta? ¿Qué habéis estado haciendo, criaturas?

No le contaron nada de lo sucedido. Los dos pensaban lo mismo: «Esos chicos de la casa vecina son unos salvajes. No volveremos a dirigirles la palabra».

Llegan los Taggerty

Margery y John se abstuvieron en lo sucesivo de encaramarse a lo alto del muro divisorio. Se habían llevado un buen susto al verse sorprendidos por los Taggerty en el jardín de éstos. Habían pasado, en verdad, unos minutos angustiosos. Cuando Annette no se hallaba presente hablaban de su aventura.

—No podemos ser amigos de esos niños. Son unos sucios, unos bárbaros. Acuérdate de cómo nos tiraron al suelo...

—Sí... Todavía estoy viendo a la pobre Ángela yendo de unas manos a otras —replicó Margery—. Menos mal que no me la rompieron. No he roto una muñeca en mi vida, y si viera a Ángela así no podría soportarlo. Nuestros vecinos son unos chiquillos horribles.

—Seguro que mamá hará lo posible para que no se junten con nosotros —opinó John—. Por mi parte, encantado. Ahora me pregunto cuándo se vendrá a vivir aquí esa familia.

Los Taggerty se presentaron allí a la semana siguiente. John había tenido que ir a la casa de unos vecinos para dar un recado de su madre, y al volver vio dos grandes camiones de mudanzas ante la entrada principal de la vivienda.

Se entretuvo unos momentos, curioseando. Los muebles que vio no le parecieron bonitos. Daban la impresión de ser ya muy viejos. No eran como los de su casa, siempre impecables, pulidos, brillantes como espejos.

Una mujer grande y gruesa, que llevaba los cabellos despeinados, salió de la casa.

—Esos muebles han de ser colocados en la habitación de la derecha —dijo a los mozos de los camiones con voz resonante.

«Esa mujer debe ser la señora Taggerty —pensó John—. Se ve que es una persona animosa, de maneras desenvueltas, pero va limpia. No me recuerda en nada a sus terribles chiquillos».

¿Cuándo llegarían éstos? No se veía el menor rastro de ellos. Allí únicamente se encontraba la señora Taggerty, al parecer. Tal vez se presentaran más tarde.

De pronto vio llegar un coche viejo, desvencijado, del que se apearon tres chicos. Eran Pat, Maureen y Bidy. John descubrió una mujer en el automóvil, portadora de un blanco bulto. Sería el bebé. Tras el volante se hallaba un hombre que sonreía. Tenía una cara delgada y alargada, unos ojos muy azules y una masa de oscuros y ondulados cabellos, grisáceos a la altura de las sienes. Era un señor de agradable aspecto.

«He aquí al señor Taggerty», se dijo John, deslizándose hasta el lado opuesto de la calzada para que los chicos no pudiesen verle. No pensaba dirigirles la palabra en absoluto.

Los tres echaron a correr por el jardín dando voces, riendo. Se sentían encantados por haber llegado a su nuevo hogar. No vieron a John. En aquel momento se presentó en la puerta la señora Taggerty y todos se echaron en sus brazos.

—¡Mamá! ¡Por fin hemos llegado! Pero es una lástima que se nos adelantaran los camiones.

—Tuvimos un pinchazo. Tardamos horrores cambiando la rueda. Estábamos muy nerviosos por haber perdido tanto tiempo.

—Yo quería ver cómo ponían los hombres los muebles en mi dormitorio. ¿Lo han hecho ya? Deseo decirles donde han de colocarlos.

Un perro corría por entre las piernas de los chiquillos. Era un can de curioso aspecto, de manchas oscuras, de largo rabo, que meneaba continuamente, pareciendo un plumero. El perro se hallaba tan nervioso como los chicos. Daba saltos y más saltos, ladrando alocadamente. A John no le gustó nada el animal.

—¡Vaya perro! —murmuró—. Desde luego, de raza no es. Es un animal vulgar, uno de esos perros callejeros que se ven por ahí... ¡Y qué rabo el suyo! Bueno, espero que no llegue a pisar nunca nuestro jardín. Como lo coja por allí, escarbando en los setos, lo echo a palos.

—¡Quieto, «Dopey», quieto! —gritó Pat.

El perro, esforzándose por atraer la atención del chico, no paraba de saltar, lamiéndole la cara.

—Mamá: no puedes imaginarte cómo se ha portado «Dopey» en el coche. Nos vimos obligados a abrir una de las ventanillas para que asomara la cabeza. Papá decía que quería asegurarse de que íbamos por buen camino para llegar aquí.

«Dopey» no paraba de dar resoplidos y acabó empinándose, apoyando sus patas delanteras en la falda de la señora Taggerty.

—Bueno, bueno, ya está bien, «Dopey» —dijo aquélla—. Pasa adelante. Patrick procura que se aparte del camino de los hombres. De lo contrario, nos exponemos a que tropiecen con él y a romper algún mueble.

«Dopey» se perdió en el interior de la casa con un salto y un ronco gruñido. Los chicos le siguieron. Los hombres del servicio de mudanzas entraron con una cómoda. El señor Taggerty se apeó del coche, ayudando a bajar a la mujer que llevaba el bebé entre sus brazos.

—Entre, Bridget —dijo—. Creo que tendremos que despertar a Michael. Bien. ¿Qué le parece la casa?

John no esperó allí más. Apresuróse a regresar a su casa para contar a Margery y a Annette todo lo que acababa de ver. Las llamó, muy excitado.

—¡Margery! ¡Annette! Tengo algo que deciros.

Ellas escucharon muy interesadas sus palabras. Lo del perro no fue del agrado de Margery.

—Espero que no aparezca nunca por aquí. Sentina un miedo terrible al verlo de cerca. ¡Oh! Lo que me hubiera gustado que esos chicos hubiesen sido de otro modo. Nos habríamos divertido mucho jugando con ellos en nuestro jardín.

—¿Y cómo sabes tú cómo son? —preguntó Annette—. Ni siquiera has llegado a hablar con ellos.

John y Margery no refirieron a Annette lo que había ocurrido en el jardín vecino. Sabían que la pequeña se apresuraría a contárselo todo a su madre.

La madre se enteró también de la llegada de los Taggerty.

—Antes de hacer amistad con esa familia procuraré ver cómo es. Luego, visitaré a la señora Taggerty o no —dijo—. La señora Wilson me informará. Es mi amiga, a quien tú llevaste un recado esta mañana, la que vive tan sólo dos puertas más abajo.

—Pasé por delante de su casa y lo que vi no me gustó nada —manifestó John—. Los chicos entraban en la vivienda en aquel momento. Armaron un alboroto tremendo.

Aunque Margery y John estaban decididos a no hablar más con los Taggerty, no supieron resistir a la tentación de comprobar si andaban jugando por su jardín.

Annette se había plantado encima del rodillo, mirando por encima del muro. Oíanse al otro lado voces, gritos y ladridos de perro.

—Están en el jardín —informó Annette innecesariamente.

—No es preciso que nos lo digas —contestó John—. Estamos oyéndolos.

—He visto el perro —declaró Annette—. Se llama «Dopey». Hay, además, un gato grande. También lo vi.

—¿Cómo es? —inquirió Margery.

—Negro, con las patas blancas. También es blanco el hocico —contestó Annette—. Le llaman «Socks». ¡Qué nombre tan tonto para un gato!, ¿verdad?

—Pues sí —confirmó John—. ¡«Socks»! Supongo que le llaman así porque es lo mismo que si usara calcetines blancos^[1].

—¡«Socks»! ¡«Dopey»! ¡Qué nombres tan raros para unos animales! —consideró Margery—. ¿Son amigos «Socks» y «Dopey», Annette? ¿Te has podido dar cuenta de eso?

—¡Oh, sí! «Dopey» se dedica a dar caza a «Socks» y éste persigue a «Dopey». Y cuando «Socks» se cansa de verse perseguido acaba por subirse a los árboles. ¡Ahí está ahora! ¡Mirad! ¡Mirad!

Margery y John acabaron por asomarse. Vieron, efectivamente, un gato grande, negro, con sus cuatro patas blancas. Habíase sentado en una rama y los estaba mirando.

—Parece un gato muy orgulloso —comentó Margery—. Da la impresión de no querer nada con nosotros.

—Bueno, pues nosotros adoptaremos la misma actitud —decidió John—. Tampoco queremos nada con él. Unos chiquillos salvajes, un perro muy tonto y un gato orgulloso. ¡Fijaos! ¡Por ahí vienen nuestros vecinos! ¡Escondámonos!

Hacia el fondo de su jardín, por entre los matorrales, aparecieron Pat, Maureen y Bidy. Bidy llevaba la cara cubierta de tizne y la cinta de los cabellos sueltos, como de costumbre, colgando sobre un hombro.

Margery y John corrieron a esconderse detrás de un arbusto cercano. Annette no se movió con tanta rapidez como ellos. Pat vio su cabeza sobre el muro poco antes de

que la pequeña pudiese bajar del rodillo. Entonces la llamó.

—¡Eh, tú! ¿Cómo te llamas?

Annette no contestó. Al bajarse del rodillo se había hecho un roce en una rodilla, lanzando un grito. La cabeza de Pat apareció ahora sobre el muro del jardín.

—¿Qué te pasa? ¿A qué viene ese grito?

Annette señaló su rodilla. El roce era insignificante. Apenas se veía.

—¡Tú eres una llorona! —exclamó Pat, despectivamente—. Mi hermana, la pequeña, no hubiera llorado por una cosa así.

Annette se sintió irritada al ver que el chico la había llamado llorona.

Eres un chiquillo muy desagradable, ¿sabes? Me has llamado llorona y esto pienso decírselo a mi madre.

—Pues veo que además de llorona eres soplona —contestó Pat sonriendo—. Hala, echa a correr y díselo. ¡Llorona! ¡Soplona!

Annette se sintió tan sorprendida ante aquel inaudito discurso que se quedó inmóvil, con la boca abierta. En su asombro ni siquiera acertaba a protestar por ser tratada tan rudamente por aquel chico desconocido casi.

—Si no cierras la boca en seguida las moscas acabarán por metésete dentro de ella —añadió Pat—. ¡Eh, Maureen! ¡Ven aquí! ¡Ven aquí y verás a una cría llorona que ha quedado con la boca abierta!

Pero antes de que apareciera por encima del muro la cabeza de Maureen, Annette había echado a correr en busca de su madre, gimiendo, muy enojada. ¿Cómo se atrevía aquel chiquillo a hablarle en esos términos?

Se presentó su madre, consolándola.

—¡Pobre Annette mía! No hagas coso de ese chiquillo mal educado. ¿Te has hecho daño en una rodilla? ¿Por qué no se han ocupado de ti John y Margery?

—Mis hermanos se han escondido —sollozó Annette—. No se han ocupado de mí para nada. John y Margery son también muy desagradables.

—Bueno, coge unos caramelos de la caja que hay en vuestro cuarto —dijo la madre—. Y no vuelvas a asomarte por encima de ese muro por si aparecen de nuevo esos chicos. Si se comportan siempre así vamos a relacionarnos muy poco o nada con ellos.

Una pequeña sorpresa de papá

Margery, John y Annette se mantuvieron alejados del muro del jardín a lo largo de los dos días siguientes. Oían continuamente los gritos que daban sus vecinos, los Taggerty, y también los ladridos y resoplidos de «Dopey». En una ocasión escucharon también el llanto del bebé.

—Esta mañana he visto a Pat asomándose por encima del muro —informó John a Margery—. Creo que lo mejor es evitar que nos vea, ya que no sabe que nosotros vivimos aquí. Podría contar a Annette nuestro encuentro en su jardín la semana pasada, de llegar a descubrirnos. Entonces, Annette se lo diría a mamá.

—Desde luego, Annette es una soplona, como dijo Pat —manifestó Margery—. No quiero ni pensar en lo que pasaría en ese caso. Nos ganaríamos una buena reprimenda de mamá. Mamá sigue tratando a Annette como si fuese todavía una criatura de pañales, pero ya no lo es. John: me gustaría ver ese bebé de los vecinos. Me gustan los bebés. Son mejor que las muñecas porque pueden moverse y producir ruidos.

—A mí me tiene sin cuidado ver o no ver a ese bebé —contestó John desdeñosamente—. Será como todos. Estará sucio a todas horas y llorará continuamente. Y me imagino que olerá mucho...

—¡Oh! No me gustaría nada que oliese mal —declaró Margery—. Supongo que no habrá nada de eso. Corrientemente, a mí me gusta el olor que echan los bebés... Es un olor fresco, «a bebé», o sea, a jabón y polvos. ¿Será un niño o una niña el de los Taggerty?

Su madre fue a ver a la señora Wilson para preguntarle por los Taggerty.

—¿Son gente simpática? —preguntó a su amiga—. ¿Qué me dice de los niños? Uno de ellos no se mostró muy amable el otro día con mi pequeña Annette.

—¡Oh! Esos chiquillos son terribles —exclamó la señora Wilson, arrugando la nariz—. No se parecen a ninguno de los nuestros. Es una pena que esa familia se haya venido a vivir aquí.

—Lo siento —dijo la madre de John—. Como viven en el fondo de nuestro jardín, esperaba y deseaba que fuesen de otra manera. Lo lógico era pensar que a los míos les agradaría juntarse con ellos para jugar.

—Es que no tienen modales —informó la señora Wilson—. Esas personas son todas por el estilo. Al día siguiente de haberse mudado aquí, la señora Taggerty me pidió una cosa prestada. Y todavía no me la ha devuelto. Además, es muy desaseada. Y sin embargo, resulta simpática. La acompañaba un perro que en un periquete destrozó todos mis geranios. A todo esto, la señora Taggerty no se molestó en llamarle al orden. Hizo como si no hubiese visto nada.

—Pues en vista de lo que usted me dice, señora Wilson, creo que no va a ser posible que nos llevemos como dos buenas amigas. Tengo que avisar a mis chicos para que se mantengan a prudente distancia de los Taggerty. Es lo mejor.

—Bueno, sus hijos, amiga mía, están bien educados que me imagino que no pensarán en buscar a los otros —opinó la señora Wilson—. Y su pequeña Annette, ¡es tan dulce, tiene unas maneras tan agradables! Sí. A mí me parece adorable. Y luego, usted la lleva siempre tan bien vestida...

La madre de Annette se sentía encantada oyendo estas halagadoras palabras.

—Sí. Annette es una delicia de hija. Bueno, a mí me parecen igualmente agradables los tres por sus buenas cualidades... No obstante, verá usted, mi marido se queja a veces de John. Asegura que no es un chiquillo como debiera ser, como los otros. A él le agradaría que se subiese a los árboles, que se desgarrase las ropas, que corriese por entre los matorrales, que chapoteara en los charcos, como cualquiera de los vecinos. Yo estimo que los chicos no tienen por qué ser así necesariamente. Francamente: a mí me disgustan esas proezas. A mí me agradan los chicos bien educados, que se comportan bien en todo momento, que gustan de ir limpios, perfectamente peinados, mostrándose en todo momento serviciales.

—Ciertamente, los suyos son así —repuso la señora Wilson—. Es un encanto estar con ellos. Díales que vengan a tomar el té conmigo cualquier día de la semana próxima. En cuanto a los Taggerty... Bueno, creo que debe usted hacer lo posible por que sus hijos no se junten con ellos. Los suyos pueden enseñarles muchas cosas buenas. En cambio, John, Margery y Annette corren el peligro de aprender otras que no van a favorecerles lo más mínimo.

Cuando la madre de John llegó a su casa, se apresuró a llamar a sus hijos.

—Siento decirles que los informes que me han dado acerca de los Taggerty no son nada agradables —declaró—. No es necesario que os diga palabra por palabra lo que me han contado. Me limitaré a indicaros que los chicos de los Taggerty no son como vosotros y que no quiero que juguéis con ellos. Podéis y debéis ser corteses. El saludo y nada más.

John, Margery y Annette se mostraron contentos. Cuantos menos contactos tuvieran con aquellos niños salvajes, mejor.

—Me imagino que esos no asistirán a las funciones religiosas, ni a la escuela de los domingos. Supongo que ni siquiera rezarán al acostarse —manifestó Margery—. ¿Tú crees que ellos se limpian los dientes, mamá?

—Espero que sí. Pero, bueno, eso es cosa suya, no vuestra. Voy a salir ahora niños. He de ir a ver a la abuela. ¿Os venís?

Nada más se dijo aquel día acerca de los Taggerty. Los tres niños se pasaron el resto de la jornada con su abuelita. Ésta, satisfecha por todo lo que hacían sus nietos, elogió su manera de comportarse.

—Realmente, estos chicos hablan muy bien de ti —dijo—. Eres muy afortunada al tener tales hijos. No son nada traviesos.

—No lo son en verdad. Yo también los juzgo muy formales. Su padre dice a veces que le agradaría que fuesen un poco revoltosos. Estima que son demasiado formales, ¿sabes? Bueno, piensa así porque él, de pequeño, era un tanto atravesado y

cree que esa manera de ser es la norma en los niños. No comprende que John, por ejemplo, tiene otro carácter.

Los chicos estuvieron unos cuantos días sin ir por el fondo del jardín. Annette no se atrevía a acercarse por allí. Temía ver a Pat asomado por encima del muro, diciéndole cosas, metiéndose con ella. Seguían oyendo los gritos y las voces de los Taggerty, sin embargo. Ellos parecían siempre estar entregados a juegos emocionantes, de mucho movimiento.

—Yo creo que juegan a los pieles rojas o a policías y ladrones —consideró John—. Daría lo que fuese por que se portasen de otro modo. Me agradaría jugar con ellos. Uno no se divierte nada jugando con Annette. Nuestra hermana chilla y se queja por la más mínima cosa.

El sábado sucedió algo sorprendente. Fue cuando los chicos hacían su comida del mediodía. Su padre siempre les acompañaba los sábados y ellos lo aguardaban con ilusión. Después de ser servidos los platos, hubo su rato de charla en la mesa.

—Hoy —dijo el padre, dirigiéndose a la esposa—, viniendo para acá, me he acordado de que tenía que contarte algo... Ayer estuve charlando con un famoso escritor. Fue condiscípulo mío de niño. Al correr de los años, su nombre se ha popularizado. Es autor de varias obras de éxito. Ha escrito libros muy buenos.

—¿De veras? —inquirió la esposa, que se hallaba muy atareada preparando la carne para que Annette no se molestase en quitarle los huesos—. ¿Dónde le viste?

—Fue en una confitería. Siempre compro en la misma las chocolatinas que traigo a veces para vosotros. Allí, tomando el té, se encontraba mi amigo Dickie, acompañado de su familia. Palabra que te gustaría conocer a sus chicos.

—¿Cómo son? —preguntó Margery, curiosa.

—Tiene un chico que será de la edad de John, me imagino —manifestó el padre—. Es un chiquillo estupendo, simpático, alegre, que no para de hablar. Se destaca en todo: siempre llega el primero en las carreras de la clase de gimnasia, se sube a todos los árboles que encuentra al paso, es valiente, decidido... Es lo que me explicó su padre. El año pasado se torció un tobillo haciendo una de sus muchas travesuras y no llegó a proferir una sola queja.

—¿Y cómo son sus hermanos? —inquirió ahora Annette.

—Hay una niña como tú, Annette, una criatura muy divertida. Los otros no la dejaban parar un momento, pero a ella no parecía importarles mucho eso. Hay otra niña. Me agradó mucho por su naturalidad, porque es muy cariñosa.

—Me hubiera gustado conocerlos —declaró Margery.

—Son unos chicos muy alborotadores, pero muy simpáticos —añadió el padre—. Su madre se encontraba allí también. Es una mujer muy afectuosa, tan abierta y natural como sus hijos. Bueno, me llevé una gran sorpresa al ver a mi antiguo amigo Dickie. Me complació mucho tener ocasión de conocer a su familia. Le hablé de vosotros. Quisiera que fueseis amigos de sus pequeños.

—¡Oh, sí! —exclamó Annette—. Yo quiero tener una amiga. Jugaría con ella.

Pero ¿dónde viven esos chicos, papá?

—Bueno, ahora viene la sorpresa —contestó el padre, radiante, mirando a su alrededor—. Una auténtica sorpresa, sí, señor. Se han venido a vivir aquí, a este barrio. Viven junto a nosotros y al lado de la señora Wilson, la amiga de mamá. ¿No os parece una rara coincidencia? Para mí será estupendo tener ocasión de charlar con mi amigo Dickie durante las veladas.

Hubo un profundo silencio. Todos se quedaron mudos, contemplando fijamente a quien así acababa de hablar. La madre fue quien formuló la pregunta que sus hijos tenían en la punta de la lengua.

—¿Cómo se llama tu amigo?

—Taggerty... Dickie Taggerty. De niño, en el colegio, se sentaba siempre a mi lado y era el número uno en redacción. Ya por entonces soñaba con llegar a ser escritor algún día. Ya lo es... Y además de los famosos. Me siento orgulloso de él. Bueno, querida, tendrás que ponerte al habla con la señora Taggerty. Hay que invitar a sus hijos a que vengan a tomar el té con los nuestros.

Hubo una interminable pausa. Los chicos se sentían terriblemente abatidos. ¡Dios mío! ¡Pensar que su madre había estado refiriéndose a los Taggerty! ¡Si se trataba de una familia indeseable!

Habló la madre por fin.

—Los Taggerty viven en la casa cuyo jardín se une al nuestro hacia el fondo. Y he de decirte que esos chicos dejan mucho que desear. Son sucios, ásperos, de bruscos modales.

—Es posible que tengas razón en cuanto a su aspecto. Quizás hablen demasiado y tal vez fuese conveniente enseñarles mejores modales... Ahora los chicos resultan muy agradables por su vivacidad, por su naturalidad afectuosa. A mí me gustan mucho. Los nuestros saldrían ganando bastante de conocerlos. Y ellos aprenderían cosas que ignoran, seguramente, de John, Margery y Annette. Estoy convencido de que tú y la señora Taggerty, querida, llegaréis a ser excelentes amigas. Te cautivará su buen humor, su bondad.

La madre no era de la misma opinión. ¿Qué podía hacerse allí? Ella no quería hacer amistad con los Taggerty, en absoluto. Y ahora resultaba que el señor Taggerty era un antiguo discípulo de su marido. ¡Qué fatalidad!

—Bien. ¿Cuándo vamos a visitar a los Taggerty? —inquirió el padre, dando muestras de impaciencia—. Quiero pedir a Dickie que venga por aquí con su esposa. Y sus chicos deben juntarse con los nuestros. Son aproximadamente unos y otros de las mismas edades. La señora Taggerty me dijo que tienen también un bebé.

—No creo que John, Margery y Annette quieran juntarse con esos niños, Peter —manifestó la madre—. La verdad es que los Taggerty son unos chiquillos salvajes, muy mal criados. No me agrada que John y Margery se junten con unos vecinos así.

—John se me antoja demasiado infantil —contestó el padre—. Quiero que sea más hombre. El mayor de los Taggerty le espabilará. Y la niña pequeña enseñará a

Annette cómo hay que ser, le enseñará a no ser tan llorona.

John miró a su padre un rato alarmado. Y Annette, en realidad, estaba a punto de soltar unas lagrimitas.

El padre miró ahora a Margery.

—En cuanto a Margery, tengo ganas ya de que se acostumbre a sobreponerse a sus temores. Todo le da miedo y eso no puede ser... Los chicos de los Taggerty tienen toda clase de animales: un perro, un gato, un ratón...

Margery dio un grito.

—¡Un ratón! Nunca, nunca me acercaré a los Taggerty si siguen teniendo ese ratón.

—Una vez llegué a tener hasta veinte ratones y recuerdo que dos de ellos se pasaron prácticamente en mis bolsillos dos semanas. Es una lástima que a vosotros, hijos, no os llamen la atención los animales, que no los améis. Yo siempre he suspirado por tener un perro, pero supongo que Margery y Annette se habrían asustado mucho al verlo saltar sobre ellas. Oye, querida: es preciso que hagamos algo ya por estos chicos nuestros. Son buenos, se comportan bien, no están habituados a decir mentiras... pero ¿son en realidad como los chicos de su edad deben ser? ¡Pues no! Te digo que es necesario que se animen un poco, que se muestren más vivaces y alborotados...

—No estoy de acuerdo contigo, Peter —contestó su mujer, sin levantar la voz, serenamente—. Pero no discutamos esto ahora, querido. Iré a ver a la señora Taggerty si tú deseas que la visite, aunque voy a formularte un ruego: no nos obligues a hacernos amigos de esa gente si vemos que no son ellos como las personas que a nosotros nos agrada tratar habitualmente.

—Bueno, bueno, ya veremos —dijo el marido, que parecía estar algo enfadado—. ¿De qué es este budín? ¡Oh! De cerezas. ¡Estupendo! Sírveme un buen trozo porque esta tarde pienso dar un largo paseo para hacer ejercicio. ¿Alguien quiere acompañarme?

Nadie quería ir con él. John sabía que a su padre le agradaban los chicos aficionados a las excursiones, amantes de los bosques y las montañas. Pero a John eso no le atraía lo más mínimo. Prefería quedarse en casa leyendo.

—Bueno, me voy —dijo el padre en un tono de voz que delataba su desilusión en cuanto hubo dado fin a su ración de budín—. ¡Si al menos llevara un perro conmigo, para hacerme compañía! Pero no tenemos ninguno. Adiós.

Al otro lado del muro

Los chicos se sentían algo entristecidos después de haberse marchado su padre. Se metieron en el cuarto en que solían entregarse a sus juegos, hablando entre ellos de diversas cosas.

—¡Qué mala suerte! —exclamó John—. ¡Mira que vernos obligados a hacernos amigos de esos niños medio salvajes! ¿Te has fijado en lo que ha dicho papá de mí? Ha dicho que yo le parecía demasiado infantil, que prefería que fuese más hombre...

—Bueno, es que tú no te encaramas a lo alto de los árboles, por ejemplo, como hacen casi todos los chicos de tu edad —contestó Margery—. Claro que a mamá le disgustaría que procedieses así. No tienes más remedio que seguir siendo como eres.

—Sería terrible ver a los Taggerty aquí, que vinieran a tomar el té con nosotros —señaló John—. Tú, Margery, te verías obligada o esconder en seguida tus mejores muñecas. Maureen Taggerty las manosearía, te rompería alguna, quizás.

—Y por tu parte será mejor que escondas ya tu nuevo avión —aconsejó Margery a su hermano—. Dios sabe lo que serán capaces de hacer unos chicos como esos con los juguetes de los demás. Me figuro que todos los suyos estarán destrozados.

—Espero que no se traigan con ellos el perro si vienen —medió Annette—. Si llego a verlo por aquí, lo echaré a golpes, le daré de palos hasta que me canse.

—Sí, y entonces te morderá —anunció Margery—. Te enseñará los dientes... así..., y gruñirá... grrr.

Annette hizo un gesto de pánico.

—Bueno, bueno —se apresuró a decir John—. Margery no ha querido asustarte. Yo me ocuparé de que ese perro no te muerda. Si viene, lo echaremos de la casa.

—Espero que al final mamá no les invite a tomar el té con nosotros —manifestó Margery—. Tal vez no les diga nada. ¡Dios mío! ¿No oís a esos chiquillos? ¿Por qué harán siempre tanto ruido?

Era aquél un ruido acompasado, como si alguien estuviese batiendo un tambor. ¡Bum, bum, bum! Seguidamente, oyeron el sonido de una trompeta.

—Estarán jugando a las bandas de música o algo por el estilo —aventuró John—. Vamos a ver lo que es.

Descendieron por unos peldaños al patio, trasladándose al fondo del jardín. Desde luego, aquellos golpes eran de tambor. ¡Bum, bum, bum, bum!

John no supo resistirse a la tentación de asomarse por encima del muro. Entonces vio a Maureen cubierta con una gran capa roja. Llevaba encima de la cabeza una corona. Avanzaba por entre unos arbustos. Detrás de ella caminaba Pat, batiendo un tambor. Bidy, a continuación de sus hermanos, tocaba su corneta.

—¡Paso a Su Majestad! —Gritaba Pat, tocando el tambor—. ¡Todo el mundo de rodillas!



Una irritada voz se oyó entre los árboles. Apareció entonces alguien que se movía presa de gran nerviosismo. Era Bridget, la asistenta de la madre de los chicos.

—¡Bribonzuelos! ¿Cómo es que estáis armando ese escándalo? ¿No sabéis que vuestro hermanito ha podido, por fin, quedarse dormido después de llorar desconsoladamente un rato porque le dolía mucho la barriga? Un golpe más de tambor, Patrick, y te quitaré ese palo para darte con él en la cabeza hasta que te suene

como otro tambor más.

Aquel ruido cesó inmediatamente.

—¡Oh! Lo siento, Bridget —respondió Pat—. No me acordaba de Michael. Jugaremos a los pieles rojas en vez de a esto.

—No jugaréis a los pieles rojas tampoco. Así hasta que el pequeñín despierte y se sienta a gusto. No quiero gritos de guerra, ni danzas guerreras, ni carreras de acá para allá, con las consiguientes voces, que asustan siempre a la criatura. ¡Oh! Me sé muy bien vuestras cosas. Además, a vuestra madre le duele mucho la cabeza, ¿estamos?

La mujer dio media vuelta, desapareciendo de allí. John escondió la cabeza detrás del muro, pues no quería ser visto. Reinó un gran silencio por espacio de varios minutos. Poco más tarde, los tres hermanos iniciaban otro juego, dando terribles gritos.

—¿Verdad que los Taggerty son odiosos? —preguntó Margery—. Y eso que acaban de decirles que su hermanito está durmiendo y que a su madre le duele la cabeza... Ni siquiera así se portan bien. ¡Son demasiado egoístas!

—¡Me gustaría mucho ver aparecer ahora a Bridget y que se decidiera a utilizar la cabeza de Pat como si fuese un tambor! —exclamó John.

El martes siguiente, la madre de John visitó a la señora Taggerty. Sus hijos aguardaron con ansiedad su regreso.

Se apostaron en las inmediaciones de la puerta de la casa, saliéndole al encuentro.

—¡Mamá! ¿Qué ha pasado? ¿Estaban los tres hermanos allí? ¿Cómo se portaron?

—Supongo que hicieron un gran esfuerzo para conducirse correctamente —respondió la madre—. Pero me avergonzaría de vosotros si hicieseis lo que ellos hacen. Me imagino, sin embargo, que no pueden evitarlo. Han sido educados así. La señora Taggerty es de esas mujeres que no se toman las cosas muy a pecho. El bebé es una monería.

—Me gustaría verlo —dijo Margery—. Me gustan mucho los niños de pañales. Mamá: ¿invitaste a los Taggerty a tomar el té?

—Sí. Vendrán mañana. Los niños se presentarán aquí solos, sin su madre. Me ha dicho que mañana es el día libre de Bridget y ella tiene que atender al pequeñín. Los chicos estarán aquí a las tres y media. Espero que os llevéis bien con ellos.

Margery, John y Annette se pusieron muy serios.

—Mamá: ¿estarás con nosotros todo el tiempo que estén ellos en casa? —preguntó Annette—. Pat me da miedo.

—Pues no, no podré estar con vosotros todo el tiempo. Antes de ser servido el té jugaréis todos en el jardín. Por supuesto, me sentaré a la mesa con todos. Y después del té es posible que os haga compañía un rato.

Al atardecer de aquel día, cuando Annette se había ido ya a la cama, Margery y John oyeron un silbido hacia el fondo del jardín. Se acercaron allí cautelosamente para ver quién era...

Pat había asomado la cabeza por encima del muro. Les hizo una seña a modo de

saludo. Pero cuando se hubieron acercado más a él, el gesto de Pat fue de sorpresa.

—¿Qué? Pero... ¡si sois los chicos que nosotros encontramos aquí! No sabía que vivíais al otro lado de esta pared. ¿Sabíais que vamos a tomar el té juntos mañana?

—Sí —respondió John—. No vayas a decirle nada a nuestra madre de lo del otro día. Nos reñiría si se enterase.

Pat produjo un sonido que revelaba su desdén.

—¡Irlle a tu madre con el cuento! Pero ¿por quién me has tomado tú? No pienso decirle una palabra. ¡Qué casualidad, hombre, ir a tomar el té con vosotros! Tu madre ha visitado esta tarde a la mía. Es una mujer terriblemente cortés, muy bien vestida, y... y... ¡ejem!, un tanto empalagosa. Total: que nos asustamos bastante. Entonces pensamos en llamaros desde aquí, silbando, para ver cómo erais vosotros. Esperamos que no nos resultéis empalagosos también. No podemos soportar a la gente así.

—Mi madre no tiene nada de empalagosa —repuso John, severamente.

—Bueno, es lo que hemos oído decir a la gente de por aquí —manifestó Maureen, asomando la cabeza, al lado de la de Pat—. He visto que es muy guapa y me gustó su vestido. Algunos chicos de la vecindad dicen que vosotros sois bastante mojigatos también. ¿Es cierto eso? Harry Lee cree que sois muy pedantes.

Margery no sabía muy bien lo que quería decir esta palabra, pero a ella le sonaba desagradablemente. Inmediatamente, se puso muy encarnada. John estaba muy serio.

—Nosotros no somos nada de eso. La gente habla también mal de vosotros. Y no se equivoca. No tenemos ningún deseo de que vengáis a nuestra casa a tomar el té.

—Menos ganas tenemos nosotros —replicó Maureen, cuyos ojos brillaron fieramente—. Es horroroso tener que ponerme un vestido nuevo y llevar los guantes y portarse cortésmente, diciendo tonterías a cada paso, para luego jugar a cosas aburridas. A mí lo que me gusta es subir a los árboles, jugar al escondite, correr... Lo de estar sentada, quieta, hablando como tu madre habla, me aburre mucho.

—Vosotros estáis medio salvajes —declaró John—. De no haber conocido mi padre al tuyo, no nos habiéramos relacionado nunca. Nosotros creemos que sois unos críos insoportables.

—Eso es lo que pensamos los tres de vosotros —dijo Pat, tan irritado como su hermana—. Aquí no hay quien os aguante.

—Vosotros si que sois inaguantables —contestó John—. Bueno, pues si teméis aburriros tanto aquí, quedaros en vuestra casa.

—Es lo que nos gustaría poder hacer —manifestó Pat, sombrío. De repente, sus ojos se animaron—. Podríamos decir que nos encontramos mal —añadió, mirando a Maureen—. ¿Te acuerdas de lo que hicimos un día para que no nos llevaran a la casa de aquella tía nuestra? Los dos dijimos que nos dolía mucho la garganta. Mamá se alarmó mucho, desistiendo en seguida de hacer aquella visita.

John y Margery se mostraron muy impresionados.

—Pero, bueno, estabais mintiendo entonces —dijo Margery—. ¿Acostumbráis vosotros a recurrir a esas mentiras? Nosotros no hemos hecho nunca tal cosa.

—Nuestro padre nos dice que mentir es de cobardes —aclaró John—. Asegura que la gente recurre a los embustes cuando teme enfrentarse con la verdad.

Pat y Maureen contemplaron a sus vecinos unos segundos en silencio.

—Nosotros de cobardes no tenemos nada —contestó el primero, por fin—. Trepar por los árboles no hay nunca nadie que suba a más altura que yo y nado con tanta rapidez como papá. Y para ser una niña, Maureen también es bastante valiente.

—Pues a pesar de eso, sois unos cobardes si decís mentiras —insistió Margery—. Preguntádselo a vuestro padre y ya veréis lo que os contesta. Nosotros, por ejemplo, no tenemos ganas de que vengáis a tomar el té aquí... Pues bien, seríamos unos cobardes si inventáramos una excusa para no recibirlos, yendo a mamá y diciéndole que nos encontrábamos mal. La dejaríamos preocupada. Preferimos ser valientes y decir sin rodeos que no deseamos que vengáis y por qué... ¿Os dais cuenta?

—Vosotros no haréis nunca nada de eso —replicó Pat, despreciativamente—. Seguramente, contestáis a todo: «Sí, mamá, lo que tú mandes». ¡Sois unos cobardones! ¡Los tres!

Se oyó un timbre.

—Nos llaman —anunció Margery, satisfecha, ya qué estaba deseando que terminara aquella discusión—. Bueno, supongo que no tendremos más remedio que verlos por aquí mañana...

—Un momento, un momento —dijo Maureen, apremiante—. Queríamos preguntarle algo... Nosotros sabemos que nuestro padre desea estar en buenas relaciones con vosotros porque tiene en gran estima al vuestro. Maureen, Bidy y yo procuramos en estos casos dejarlo en buen lugar, siempre que podemos. Quisiera que nos dijerais cómo hemos de comportarnos. ¿Le gustará a vuestra madre que le demos solamente la mano o es de esas personas besuconas que...?

—Seguro que mi madre no sentirá al menor deseo de besaros —contestó John—. Si queréis que ella piense bien de vosotros presentáros aquí vestidos como os dé la gana, ya que a nosotros eso nos tiene sin cuidado, pero procurad que estén limpias vuestras manos y vuestras caras y no dar gritos, ni empujaros uno al otro constantemente, que es lo que estáis haciendo a cada paso.

Maureen suspiró.

—Va a ser horrible —declaró—. De acuerdo. Procuraremos esmerarnos. ¡Todo sea por papá! Supongo que nuestras madres simpatizarán entre sí, tan poco como nosotros con vosotros... Ahora, papá es tan estupendo que haremos lo que sea para que se sienta feliz viendo que nos llevamos todos bien.

—Tenemos que irnos —anunció John cuando sonó el timbre de nuevo, más apremiante—. Nuestra madre nos llama.

—¡Un momento, un momento! Hay otra cosa... —dijo Maureen—. ¿Podrá acompañarnos «Dopey» en nuestra visita?

Margery y John, que habían echado a correr en dirección a la casa, se detuvieron, volviéndose hacia sus vecinos.

—¿Qué? ¿Habéis hablado de traer aquí a ese terrible perro mestizo? —inquirió John—. ¡Ni hablar! A mamá le daría un ataque si lo viera.

—Es que nos acompaña siempre a todas partes —informó Maureen—. Y no tiene nada de terrible. Es el mejor perro del mundo. Se pondrá muy triste si nos lo dejamos en casa. Se pasará la tarde ladrando y no dejará dormir a nuestro hermanito.

—¿Y qué? —inquirió John—. Ya os he dicho que si lo ve mi madre por aquí lo hará volver a vuestra casa. Annette, por otra parte, empezará a gritar hasta desgañitarse, de miedo.

El timbre sonó por tercera vez. John y Margery decidieron no entretenerse más, lanzándose a todo correr por el sendero del jardín, extraordinariamente bien cuidado. Pat y Maureen fueron los testigos de aquella carrera.

—¡Qué chiquillos tan raros! Son unos timoratos. Todo les da miedo, todo lo hacen bien, según ellos. Se me ponen los pelos de punta de pensar que mañana no tendremos más remedio que pasar la tarde con ellos. Y, sin embargo, su padre nos gustó cuando lo conocimos en aquella confitería. Creía que sus hijos serían de otra manera...

—Es lo que yo me figuré, pero nunca se sabe... —contestó Maureen—. Bueno, ya veremos lo que pasa mañana. El caso es que papá esté contento. Supongo que tendré por ahí algún vestido limpio. Biddy será nuestro problema. Siempre se ensucia más que nosotros.

—Bien. Llegará la tarde y se acabará, como todo —sentenció Pat, cuando se dirigía en compañía de su hermana a la casa—. Ahora, ¿quién iba a decirnos a nosotros que nos juntaríamos con esos melindrosos chiquillos para tomar el té juntos?

Los Taggerty visitan a sus vecinos

Seis eran los niños que en aquella calle se sentían bastante mohínos al día siguiente, deseando de corazón que sucediera algo capaz de provocar un aplazamiento de la anunciada reunión. Pero todo marchó normalmente. Hada un tiempo magnífico y todos se encontraban perfectamente. Las manecillas del reloj del comedor no tardarían ya mucho en señalar la hora temida: las tres y media.

—¿Estáis ya en condiciones de recibir a vuestros visitantes? —preguntó la madre, entrando en el cuarto de los niños—. Déjame ver tus manos, John. ¿Y las uñas? Annette: he de cepillarte de nuevo los cabellos.

—Pero, mamá... A los Taggerty les da igual que estemos sucios o limpios —señaló John, impaciente—. Es más, preferirán, indudablemente, vernos sucios.

—A mí me tiene sin cuidado lo que ellos prefieran; Yo he de pensar en lo que a mí me gusta, en lo que es correcto y adecuado —respondió la madre—. Y no vuelvas a hablarme en ese tono, John. ¡Annette! Estás muy guapa con ese lazo azul. Procura ser amable con la pequeña Bidy, ¿eh? Es posible que ella, al principio, se muestre algo tímida.

Margery estaba segura de que Bidy no se postraría tímida, en absoluto. Pero no dijo nada a Annette en tal sentido. Se preguntó cómo reaccionaría ésta, tan consentida y malcriada, frente a la otra.

—Ahí están los Taggerty —dijo la madre al oír sonar el timbre de la puerta—. Agnes les abrirá, haciéndolos pasar aquí. Vosotros escoged unos juguetes para sacarlos al Jardín.

John hubiera querido decir que los Taggerty preferirían jugar, por ejemplo, al escondite... Pero estaba seguro de que su madre les prohibiría entregarse a tal juego, ya que llevaban ropas limpias. Entonces, optó por callar.

Entraron los Taggerty. Iban limpios. Sin embargo, las rodillas de Bidy parecían indicar que quizá había estado andando a rastras por un terreno fangoso. Sus cabellos se veían bien cepillados, no obstante, y llevaba su cinta de seda anudada por una vez. Ninguno, con todo, se había acordado de revisar sus uñas y los zapatos de los chicos no estaban precisamente brillantes.

Podían considerarse limpios sus calcetines y ropas, siempre que se les observara con cierta indulgencia. Los Taggerty avanzaron muy serios hacia la madre de John, tendiéndole sus manos.

—¿Cómo estáis, chicos? —inquirió la madre de John, sonriendo.

—Muy bien, gracias —respondieron los Taggerty, a coro. Evidentemente, habían practicado aquella forma de presentarse. John avanzó hacia ellos, ofreciéndoles también su mano.

—¡Dios mío! ¿Tenemos que hacer contigo lo mismo que con tu madre? —preguntó Maureen, sorprendida—. ¡Qué tontería!

—Bueno, no es necesario —replicó John, dándose cuenta de repente de que

aquello era una estupidez.

Pero Annette no era de la misma opinión. A ella le gustaba hacer una exhibición de sus buenos modales. La gente había elogiado en ocasiones su forma de comportarse. Entonces se adelantó, tendiendo su mano a Biddy.

Biddy ocultó las manos a su espalda, mirando a la chiquilla fijamente.

—¡Anda! —exclamó—. ¿Todos esos juguetes son vuestros?

Seguidamente, los Taggerty dieron de lado sus preparadas cortesías y empezaron a inspeccionar el cuarto en que se encontraban y los juguetes que contenía.

—¡Eh! ¡Fijaos en esto! ¿Es una cajita de música, verdad? ¿Por qué no la hacéis funcionar?

—¿Qué es esto? ¡Oh! ¡Un garaje! Está lleno de coches. Vamos a sacarlos.

—¡Oh, Biddy! ¡Una casa de muñecas! Esto es lo que siempre hemos querido tener. ¡Margery! Saca todos los muebles.

—Yo creo que lo mejor, en vista de la tarde soleada que hace, es que os vayáis a jugar al jardín —dijo la madre, viendo que su Margery se ponía muy seria ante la perspectiva de ver desmantelada su casa de muñecas.

—Pues nos llevaremos al jardín la casa de muñecas, y el garaje, y la cajita de música... ¡Oh! ¡Qué juguetes tan bonitos tenéis! —exclamó Maureen—. Nos llevaremos también este muñequito.

—No, no —medió Annette—. El muñeco es mío.

—Somos vuestros invitados. No tenéis más remedio que dejarnos jugar con vuestras cosas —manifestó Biddy—. Yo quiero llevarme esta muñeca de ahí.

—Cállate, Biddy —ordenó Pat—. No hables así más.

Annette se apresuró a arrebatarse a Biddy el muñeco.

—¡Es mío! ¡Y no pienso dejártelo! Mamá: ¿verdad que éste es mi bebé?

—Permítele a Biddy que lo lleve al jardín —medió la madre, conciliadora—. Es tu invitada, ¿no lo sabes?

Annette se echó a llorar.

—¡Llorona! —le gritó Biddy, inmediatamente—. ¿Verdad que lo es, Pat? Ya me lo habías dicho. No quiero para nada tu muñeco, Annette. ¡Llorona!

—Bueno, no quiero riñas —dijo la madre—. ¡Oh! Lllaman por teléfono... John: llévate a los Taggerty al jardín y atendedlos hasta que os llame a todos.

La madre abandonó el cuarto. Annette se sintió muy dolida. Estaba enfadada. Su madre no se había entretenido consolándola, no le había dedicado unos momentos, como solía hacer en tales ocasiones. Estaba muy disgustada.

—Vámonos... La llorona que se quede aquí, sola —propuso Maureen—. Ayúdame a bajar por las escaleras la casa de muñecas, Pat. Bueno, nunca vi una cosa tan preciosa...

—¿No tienes ninguna? —preguntó Margery, sintiéndose halagada ante los elogios formulados por Maureen—. ¡Ten cuidado! Si la inclinas mucho acabarán por caerse los muebles, saliéndose por las puertas.

—Nosotros teníamos una que fue de nuestra abuelita —explicó Maureen—. Pero todo está roto ya en ella. Una no se divierte jugando con aquello. No hay un solo mueble que se tenga en pie. No hay una pata de silla sana.

Al jardín fueron a parar la casa de muñecas, el garaje y los coches. No habían hecho los chicos más que sentarse sobre el césped cuando se oyó un rumor de pies arrastrados o algo semejante, procedente del fondo del jardín. Entonces, apareció «Dopey» describiendo continuas cabriolas, volviéndose alocadamente a un lado y a otro tremendamente alegre al descubrir a los niños que tanto quería. Se tiró al suelo, quedándose con las patas hacia arriba, cómicamente, moviéndolas con sorprendente energía.

A todo esto no paraba de dar ladridos.

—Fijaos... Cuando se tira así al suelo, moviendo las patas en el aire, nosotros decimos que hace lo que los ciclistas —explicó Pat, al tiempo que daba un manotazo a «Dopey» en el lomo—. Este perro está chiflado.

Annette y Margery lanzaron un grito de terror cuando el can repitió la pirueta a su lado, alejándose del animal.

—¡Echadlo de una vez del jardín! —Gritaron.

—¿Por qué hemos de echarlo de aquí? —inquirió Pat—. No causará daño alguno a nadie. Es un animal terriblemente estúpido (por eso le pusimos el nombre de «Dopey»), pero es muy afectuoso también, e inofensivo, además de juguetero. Dejadlo en paz.

«Dopey» se tumbó en el suelo, colocando la cabeza junto a la rodilla de John. Sacó la lengua y le lamió la rodilla. John sonrió, complacido.

—Por mí, que se quede —dijo el chico.

Margery y Annette miraron a su hermano, horrorizadas.

—Tiene que marcharse de aquí —insistió Margery, comenzando a temblar—. A mí los perros me dan miedo. Tú sabes, John, que es verdad.

—¡Cobarde, más que cobarde! —la apostrofó Pat, despreciativo—. ¡Vamos, «Dopey»! ¡Pásale la lengua por la cara a Margery!

«Dopey» dio un salto, lanzándose sobre Margery, a la que dio un lametón en su desnudo brazo. Ella chilló.

—¡Oh! ¡Es horrible! ¡Qué perro tan cochino!

—Todos los perros hacen eso —explicó Pat—. Tiéndete, «Dopey». Si no me obedeces, te mandaremos a casa.

«Dopey», obediente, se tendió. Pero a los pocos segundos se incorporaba de nuevo para lamerle las piernas a Annette. La chiquilla dio un chillido tan fuerte que su madre se presentó inmediatamente en la puerta de la casa.

—¡Annette, pequeña! ¿Qué es lo que ocurre?

Annette buscó los brazos de su madre.

—¡Es el perro, mamá! Se lanzó sobre mí. Me va a morder.

La madre de Annette echó un vistazo, severa, al perro, quien empezó a arrastrarse

hacia ella, humildemente.

—¿Es tuyo este perro? —preguntó a Pat—. Bueno, pues debes sacarlo de aquí. Prefiero no verlo correteando por este jardín.

—Yo quiero que siga aquí, con nosotros —repuso Bidy, con voz muy chillona.

—¡Bidy! Te llevaré a casa como vuelvas a hablar así —rugió Pat, asustando a todos.

Bidy guardó silencio. Pat se puso en pie. Evidentemente, seguía decidido a dar ejemplo de buena conducta.

—Voy a llevármelo —anunció, echando a andar.

Pat encerró a «Dopey» en el cuarto de las pilas. Nada más cerrar la puerta, el animal comenzó a aullar.

Cuando volvió Pat, los otros estaban jugando con el garaje y la casa de muñecas. Durante un buen rato, reinó allí una paz absoluta. Pero de repente se oyó un rumor y hacia el fondo del jardín apareció «Dopey», que parecía estar muy satisfecho de sí mismo. Alguien le había abierto la puerta del cuarto de las pilas, saltando luego por encima del muro. Allí estaba ya, encantado, por lo que se veía, de su gran astucia. «Dopey» se tendió en el suelo y movió las patas como si montara una bicicleta.

—Hace muy bien el ciclista —comentó John, que empezaba a sentirse interesado por aquel peculiar perro.

«Dopey» lamió de repente el brazo a John. El chico le acarició la cabeza. Margery miró a su hermano, sorprendida.

—No le dejes acercarse a mí —dijo—. A mí no me gusta «Dopey». No para de moverse y hace muchas tonterías.

—Voy a decirle a mamá lo que está pasando aquí —declaró Annette, poniéndose en pie—. ¡Qué perro tan asqueroso! Se lo diré a mamá, sí.

—No. A tu madre no le dirás nada —contestó Pat, reteniendo a la pequeña por el borde del vestido—. Siéntate, soplona. ¿Sabes lo que estás necesitando? Una buena tunda, unos cuantos palos que te hagan daño, que te duelan. Chillas por nada y lo que necesitas es tener un buen motivo para gritar. Si yo fuera John, te daría una bofetada cada vez que gritas o que vas con el cuento a alguien. Es lo que nosotros hacemos con Bidy.

Annette se quedó tan asombrada ante este inesperado discurso que ni siquiera acertó a gimotear.

—Fijaos en ella —dijo Pat a los otros—. Está con la boca abierta de nuevo, lista para empezar a gritar. Si sigues con la boca así de abierta se te va a llenar de moscas, soplona. ¡Cuidado! ¡Por ahí viene una abeja! ¡Y está buscando un agujero donde meterse!

Annette oyó el zumbido de la abeja y cerró la boca de pronto. «Dopey» se puso a cuatro patas y ella alargó una pierna. Consiguió asestar al animal una buena patada.

Pat se plantó a su lado en un periquete. Estaba rojo, encendido, a causa de la indignación que sentía.

—Si yo no fuese en este momento un invitado tuyo te daba una azotaina por lo que acabas de hacer y te aseguro que no la olvidarías fácilmente. ¿A qué espera John para enseñarte buenos modales? Eres una niña mimada, una niña consentida, eso es lo que tú eres. ¡Mira que darle una patada al perro! Cuando todo lo que busca es hacerse amigo tuyo. ¡Cobarde!

Annette, a quien nadie había hablado jamás en estos términos, se asustó de veras.

—No..., no lo haré más —repuso—. John: dile que no quería hacerle daño a «Dopey» realmente.

Pero a John también le había caído muy mal la reacción de su hermana.

—Sí que has querido hacerle daño, Annette. Siéntate y procura portarte bien. De lo contrario, vas a conseguir que nos sintamos avergonzados de ti.

Annette parecía ir a echarse a llorar de un momento a otro. Pero viendo que los otros no la perdían de vista, se contuvo, guardando silencio. John y Margery intercambiaron una expresiva mirada. Era la primera vez que Annette hacía algo que no era de su gusto. ¡Hurra!

—¿Volvéis a creer que es mejor que me lleve a «Dopey» a casa? —preguntó Pat, expresándose ya en su tono de voz habitual. Parecía no estar enojado ya—. ¡En marcha, «Dopey»! ¿Vas a hacer que me pase la tarde encerrándote, en?

Todos se echaron a reír, excepto Annette, que había adoptado una pose muy solemne.

«Dopey» lanzó un gañido y dejó descansar su cabeza sobre la rodilla de John.

John se sentía muy a gusto. Acarició la sedosa cabeza de «Dopey» nuevamente. «Dopey» le lamió las manos e hizo girar sus ojos de una manera muy cómica. Por supuesto, era un perro muy corriente, pero a John le gustaba mucho.

Y cuando la madre del chico se presentó en la puerta de la casa para ver qué tal marchaban las cosas en el jardín, pudo ver que «Dopey» se revolcaba por el suelo, jugueteando con los niños. Y, cosa extraordinaria, ella no dijo nada. En cuanto a «Dopey», miró a otro lado, fingiendo que no se había dado cuenta de su llegada. ¡Aquel perro no era todo lo estúpido que podía parecer a primera vista!

La hora del té

Las cosas marcharon bien hasta poco antes de que fuese servido el té. Los Taggerty se cansaron de estar inmóviles en aquel rincón del jardín y propusieron a sus amigos ponerse a jugar al escondite. A los pocos instantes, todos tenían las ropas manchadas de tierra y Bidy perdió su cinta de los cabellos haciéndose un roto en la falda.

Pat, que se había encaramado a lo alto de un árbol, se manchó los fondillos de sus pantalones de una sustancia oscura que no logró identificar. Maureen se había apostado detrás de un bidón de aceite, en el garaje, saliendo de allí con aceite en las manos y en la falda. John, acalorado con el juego, se puso perdido. Y Margery y Annette ya no aparecían tan pulcras, tan impecables como al principio.

«Dopey» estaba disparado con aquel juego. Corría de un lado para otro, dejando bien marcadas las huellas de sus pequeñas pezuñas en la blanda tierra de los rosales, bajo las ventanas del comedor. Finalmente, se arrimó a unas bocas de dragón para rascarse el lomo, haciendo pedazos las plantas.

—¿Habéis visto lo que hizo? —gritó Annette—. ¿Qué va a decir mamá? Este perro es insoportable.

—No ha querido hacer eso —manifestó Maureen—. La verdad es que nuestro perro se ha portado muy bien esta tarde. ¿Qué es ese timbre? ¿Ha llegado la hora del té? Tengo hambre.

Cuando la madre de John vio a éste y a los demás, se quedó poco menos que horrorizada.

—Pero ¿cómo habéis podido ponerlos así? ¡Oh, John! Iros al cuarto de baño para lavaros las manos. Tengo que remendarte la falda, Bidy. ¿Y qué es lo que te has hecho en el vestido, Maureen?

—¿De veras que tenemos que ir a lavarnos otra vez? —preguntó Pat completamente desalentado—. Ya nos lavamos antes esta tarde, para venir aquí. ¿No podríamos tomar el té en el jardín, señor Carlton? La ayudaré a sacar las cosas. Allí da lo mismo que estemos sucios o limpios...

—No —insistió la dueña de la casa, más seria que nunca—. El té será servido en el cuarto donde juegan habitualmente John y sus hermanas. Vamos, vamos. Daos prisa. ¡Al cuarto de baño todos!

Sin dejar de gruñir un solo momento, Pat obedeció al igual que los demás. «Dopey» se metió también en la casa, pero la señora Carlton se apresuró a obligarle a volver al jardín, cerrando la puerta que daba a éste. El animal se quedó quieto, sentado sobre sus cuartos traseros, aullando. Daba pena oírle. Era un sonido lastimero que ponía los nervios de punta. Los Taggerty se sintieron trastornados.

—«Dopey» tiene ahora las patas limpias, John. ¿Por qué no ha de entrar aquí? ¿Es que a tu madre no le agradan los perros? A tu padre, sí. Lo sabemos porque nos lo ha dicho.

«Dopey» tenía que seguir donde estaba todo el tiempo que durara el té.

Continuaba aullando sin cesar y la señora Carlton terminó por enfadarse. ¡Qué perro tan odioso!

Los Taggerty estaban hambrientos, debido a que aquel día habían comido muy temprano. Bridget habíase visto obligada a tomar el autobús de la una y media. Sus miradas se paseaban ansiosamente por los platos, colmados de dulces, de rebanadas de pan con mantequilla.

Las rebanadas eran muy finas. En casa de los Taggerty, éstas eran gruesas siempre. Pat calculó que para componer una de las que habitualmente se hacían en su casa necesitaba seis de las que tenía delante. La señora Carlton los consideraría glotones si consumían muchas.

Es lo que pensó ella realmente. La verdad era que no sabían estar en la mesa. Jamás se pasaban los platos. No esperaban a que les indicaran que comieran, de una cosa u otra. Alargaban, simplemente, las manos y cogían lo que les apetecía, sin preocuparse de los demás. No decían nunca «por favor» y mucho menos «gracias». Desde luego, los Taggerty daban el espectáculo como invitados.

Los bollos eran muy pequeños. Los trozos de pastel equivalían a la mitad de los que se servían en su casa. Los Taggerty, temiendo quedarse con hambre, comían rápidamente y en silencio. Afuera, «Dopey» continuaba con sus interminables aullidos.

«Estos niños son terribles —pensó la señora Carlton—. Pero ¿es que nadie se ha molestado en enseñarles buenas maneras? Es una pena, porque son guapos, muy guapos los tres».

Finalmente, les dijo:

—No, no, Biddy. No está bien que cojas ese último trozo de pastel del plato así. Antes de nada debes preguntar si alguien lo quiere.

—Lo quiero yo —dijo Annette, inmediatamente.

—Tú tenías que ser —contestó Pat—. Dáselo, Biddy.

—No —repuso Biddy, reteniendo la ración de pastel.

—¡Que se lo des! —ordenó Pat, con un rugido que hizo estremecerse a todos.

Biddy cedió el trozo a Annette. Pat miró los rostros de los presentes, uno por uno.

—Así es cómo hay que tratar a las crías cuando están demasiado mimadas —manifestó—. Así es como debieras tratar tú a Annette, John. Tienes que pegarle algún grito de vez en cuando. Ya verás en seguida que se torna más sensata. ¿Para qué sirven los hermanos o las hermanas mayores si no se molestan en enseñar a los más jóvenes buenos modales?

—A John le han enseñado que a la hermana más pequeña debe tratarla siempre cortésmente, con dulzura —repuso la madre con viveza.

Pat miró fijamente a la señora Carlton.

—Bueno, pues... —El chico se esforzó por dar con unas palabras que no ofendiesen a la dueña de la casa—, pues... ¡ya puede usted ver lo que ha ocurrido! Se pasa la vida dando chillidos y contando cuentos a todo el mundo.

Annette se echó a llorar.

—No seas tan brusco con ella —dijo la madre, echando un brazo por encima de los hombros de la pequeña—. No le hagas caso, hija. No sabe más.

Pat se agitó en su silla, muy nervioso.

—Lo siento. No hubiera debido decir eso. No sabía cómo decirlo sin ofenderla, señora Carlton. Lo siento muchísimo.

—Está bien. No te preocupes —contestó la madre de Annette—. Bueno, hijita, no llores más. No querrás ponerte fea, ¿verdad?

—¿Es que es guapa? —preguntó Bidy, mirando con toda atención a Annette—. Yo creo que no.

—Tampoco tú lo eres —replicó Pat, inmediatamente—. ¿Hemos terminado todos ya? ¿Podemos levantarnos de la mesa ahora, señora Carlton?

Pasaron todos al jardín.

La madre de John se asomó a una de las ventanas de la casa, contemplando a los Taggerty. El perro saltaba a su alrededor, presa de una gran alegría al verlos.

«La verdad es que jamás conocí unos niños como esos», pensó.

Los dejó jugar por espacio de media hora. Después, se dirigió a ellos para preguntarles:

—¿Qué os parece si jugáramos a las cartas?

Los Taggerty estaban de acuerdo en que la partida fuese al aire libre.

Maureen se avino a jugar dentro de la casa, siempre y cuando la señora Carlton permitiese al perro entrar, alegando que de otra manera, «Dopey» volvería a sus aullidos de momentos antes.

La dueña de la casa decidió ceder.

—Bueno, veréis... Sacaré las cartas y jugaremos sobre el césped. Así, «Dopey» seguirá estando con vosotros y tal vez opte por conducirse como es debido.

Comenzó la partida. Pero, como de costumbre, la madre de Annette dio a su hija las cartas mejores.

—A vosotros no os importa, ¿verdad? —dijo a Pat y Maureen—. Annette es muy pequeña todavía y se enfada cuando no gana alguna baza.

Nadie se opuso a eso. Pat miró a Bidy, pensando que ella también esperaría, quizá, un trato de favor.

La señora Carlton dio a Bidy unas cartas que la pequeña en realidad no había ganado.

—Son tuyas, señora Carlton. Es usted quien las ha ganado —declaró la niña, con firmeza.

—Es igual. Aprovéchalas tú.

—Es que esto no es jugar con limpieza —insistió Bidy—. Es lo que Pat me ha enseñado. Además, yo no soy una cría como Annette. Descuide usted, señora, que si no me da cartas buenas por eso no voy a llorar. Yo prefiero jugar a mi modo. Annette que juegue al suyo, si quiere.

Annette replicó de repente:

—¡Ni hablar! Yo no tengo nada de cría. Jugaré como dice Pat que hay que jugar.

Su madre se quedó sorprendidísima. Pat ganó la partida. Se desenvolvía con más viveza que John.

—¿Queréis que juguemos a otra cosa? —propuso la señora Carlton.

—Yo estoy cansado de tanta inmovilidad —declaró Pat—. ¿Por qué no corremos por ahí de nuevo? ¿Queréis que juguemos a los pieles rojas? «Dopey» hace el piel roja estupendamente, John. Sabe avanzar arrastrándose por el suelo, siguiéndonos a nosotros.

John, al ver los diferentes juegos que se planeaban, estaba verdaderamente animado.

—Dile que haga eso, entonces.

—Tenemos que hacerlo nosotros primero —indicó Pat—. ¡Eh, «Dopey»! ¡Piel roja a la vista! ¡Ssssss! ¡Hemos divisado al enemigo!

El chico se tiró al suelo, boca abajo, seguido de Maureen y Bidy. Ayudándose con los codos y las rodillas, empezaron a avanzar sobre la hierba. «Dopey» los imitaba magistralmente. John soltó una carcajada. Margery llegó a sonreír incluso.



—¡Os vais a poner perdidas las ropas! —dijo la señora Carlton, asustada ante tanta despreocupación—. No, John, no intentes tú hacer lo que ellos. ¿Qué va a decir tu madre cuando llegues o casa con el vestido completamente sucio, Maureen?

—Me dirá que debía haberme puesto otras ropas para jugar a esto, recomendándome que en otra ocasión obre con más sensatez —repuso Maureen—. Pero, claro, usted quería que nos presentásemos aquí correctamente vestidos... ¡Oh!

¡Aquí está tío Peter!

El señor Carlton entró en el jardín, muy sonriente. Había llegado a casa con cierta anticipación sobre el horario normal, para ver a los Taggerty antes de que regresasen a su hogar. Los chicos lo saludaron como si, efectivamente, hubiese sido un pariente suyo.

—¡Has llegado a tiempo de vernos, tío Peter! ¿Te has fijado en «Dopey»? ¡Te ha reconocido!

—Tío Peter: ¿quieres ver cómo me subo a lo alto de un árbol?

«Dopey» se abalanzó sobre el recién llegado para darle un lametón en la nariz. El señor Carlton lo acarició, hundiendo sus dedos en la frondosa pelambreira del animal, detrás de las orejas. «Dopey» se retorció, gozoso.

Muy pronto, el señor Carlton echó a correr por el jardín, seguido de Bidy, que no cesaba de chillar. Maureen se lanzó tras él, empuñando una ramita y haciendo como si quisiera azotarle. Pat se encaramó a lo alto de un árbol, diciéndole:

—¡Eh, tío Peter! ¡Aquí me tienes! ¿Has visto lo poco que he tardado en subir por este tronco?

«Dopey» galopaba alocadamente, sin mirar dónde ponía sus menudas patas. John, Margery y Annette contemplaban aquel espectáculo medio celosos. No les gustaba «compartir» su padre con los Taggerty. Y, desde luego, por lo que veían, a éstos les había caído bien.

—Bueno, ya es hora de que volváis a vuestra casa, pequeños —les dijo el señor Carlton, por fin—. Os acompañaré porque quiero echar una parrafada con vuestro padre...

—Pero... pero ¿es que vais a saltar por ahí? —inquirió la esposa, profundamente extrañada.

—Se han puesto demasiado sucios estos chiquillos para que pasen por la casa, ¿no te parece? —objetó el marido, razonable—. No tardaré en volver.

Los Taggerty y el señor Carlton se trasladaron por allí a la casa vecina. «Dopey» les siguió sin parar de ladrar.

—¡Hay que ver! ¡No nos han dado las gracias por la merienda! ¡Ni siquiera se han despedido! —exclamó la madre escandalizada—. ¡Qué niños tan mal educados!

—Yo no quiero verlos más por aquí —dijo Annette—. Pat no ha podido ser más descortés conmigo. Y Bidy no me es simpática. No la quiero por amiga.

—Hay que empezar a ponerlo todo en orden de nuevo —declaró su madre—. Seguidamente, Annette, tienes que acostarte. Normalmente, a esta hora nunca estás levantada.

Veinte minutos después, el padre estaba de vuelta. Pero a los Carlton les quedaba todavía por experimentar una enorme sorpresa. El señor Carlton había hecho acompañar de Pat, Maureen y Bidy, quienes seguían igual de sucios que momentos antes. Daban la impresión ahora de sentirse profundamente avergonzados de sí mismos.

—Perdone usted, señora Carlton —dijo Pat—: No nos acordamos de darle las gracias por habernos tenido aquí. Tampoco llegamos a despedirnos de usted. Por eso hemos vuelto: para excusarnos por nuestro mal comportamiento. Mamá nos ha dicho que teníamos que expresarle nuestro agradecimiento por sus atenciones. No sé cómo pudo olvidársenos esto. Supongo que fue por nuestra marcha, tan precipitada, por el muro del jardín, en compañía de su esposa.

—Muchísimas gracias por su invitación —manifestó Maureen, con la mejor de sus sonrisas.

—Ha sido un té magnífico —comentó Bidy.

—Queríamos pedirle también que dejara usted venir a nuestra casa mañana a John, Margery y Annette, para tomar el té con nosotros —indicó Pat.

—¡Estupendo, hombre! Sois muy amables, Pat —contestó el señor Carlton, muy cordial—. Desde luego que irán a tu casa, Pat. Ahora, chicos, emprended la vuelta... ¿Queréis saltar de nuevo por el muro?

La esposa, con voz apenas audible, murmuró:

—Adiós, adiós.

Los Taggerty componían realmente un plato muy fuerte para ella.

—¡Adiós! —gritó John, repentinamente complacido ante la perspectiva de ir a tomar el té con sus vecinos al día siguiente—. ¡Decidle a «Dopey» que volveremos a vernos mañana! ¡Adiós!

John caminó por el jardín, en dirección al muro, tras los chicos, que ya se iban.

Pat se volvió de pronto, acercándosele.

—Oye; tienes un padre muy simpático. Es un hombre estupendo. Yo quisiera que el mío fuese tan alegre como él... El nuestro es más callado, más tranquilo. Desde luego, tu padre me ha caído muy bien. Es magnífico.

John se sintió muy orgulloso entonces, mirando sonriente a Pat.

—Es muy bueno para nosotros —declaró—. Me alegro de que te agrade. Bueno, nos veremos de nuevo mañana. Dile a «Dopey» que se comporte como es debido entretanto.

Visitando a los Taggerty

A la mañana siguiente, Pat asomó la cabeza por encima del muro nada más oír las voces de John y Margery, que se encontraban jugando por las inmediaciones de aquél.

—Oye, John: mi madre me ha dicho que esta tarde os pongáis las ropas más corrientes que tengáis en casa, ya que de esta manera estaremos todos en condiciones de jugar a lo que más nos guste. Venid temprano. ¿No podríais estar aquí a las tres?

Los ojos de John centellearon. ¿En qué juegos habría estado pensando Pat? Seguramente, jugarían a los pieles rojas... Tendrían que arrastrarse por el suelo. Y «Dopey» les seguiría. Iban a divertirse de lo lindo, indudablemente.

—Bueno, nos pondremos nuestras ropas más usadas y nos presentaremos en vuestra casa a las tres —repuso el chico—. Es decir, si mi madre nos deja.

—Vamos a tomar el té debajo del sauce llorón —anunció Pat—. ¿Verdad que es un refugio muy bueno ese árbol, John? Es como una gran cueva, redonda y verde. Jugaremos a que es nuestra casa y nos sentiremos a salvo de todo peligro en ella.

—Eso es lo que Margery y yo hablamos la primera vez que entramos en vuestro jardín, antes de que vosotros os vinierais a vivir aquí —dijo John.

Annette y Margery no estaban tan animadas como John con respecto a la idea de ponerse unas ropas que no fuesen las nuevas que vestían habitualmente. A la primera le gustaba mucho ir bien arreglada. Le agradaba oír decir a la gente que era muy guapa y que vestía con elegancia. A Margery le asustaba la perspectiva de que fueran a practicar «juegos emocionantes». Le daba miedo ver de nuevo a «Dopey» corriendo alocadamente de un lado para otro, además.

Tampoco entusiasmó mucho a su madre aquello de que tuvieran que ponerse los vestidos más usados.

—Eso quiere decir que os vais a entregar a juegos bastante movidos.

—Merendaremos debajo de las ramas del gran sauce llorón —declaró John, muy contento.

—¿Y cómo sabes tú que en el jardín de los Taggerty hay un árbol de esos? —inquirió Annette, en seguida—. Nunca estuviste allí.

—¡Cállate de una vez! —ordenó John, en el mismo tono de voz que empleaba Pat para dirigirse a Maureen.

—¡John! —exclamó la madre, mirándole horrorizada—. ¿Cómo te atreves a hablar en ese tono a Annette? Por un momento, me has parecido Pat, siempre tan rudo con sus hermanas.

John se puso muy encarnado. La verdad era que también se sentía impresionado por aquella reacción suya. Claro que Annette se metía en todo, para ir luego con el cuento a su madre. No contestó diciendo que se arrepentía de aquello. La señora Carlton estaba muy afectada por lo que acababa de observar.

—Está ocurriendo lo que más me temía —señaló—. Ya pensé en un principio que

como fruto de vuestra relación con los Taggerty adquiriríais muy malos modales. ¡Lo que hubiera dado yo porque vuestro padre no hubiese llegado a encontrarse nunca con el señor Taggerty, su antiguo discípulo!

—«Dopey» nos hará compañía, participando en nuestros juegos —informó John, intentando cambiar de tema.

Como si hubiera acabado de oír su nombre, apareció «Dopey», moviendo enérgicamente su enorme cola, mirando a un lado y a otro, como si no hubiese estado seguro de que era acogido con simpatía. Había saltado por encima del muro, impulsado por el afán de ver a su nuevo amigo.

—¡Vaya! —exclamó la madre, irritada—. Yo sabía que si le dejábamos pasar una vez, este perro volvería en otras ocasiones. ¡Fuera de aquí! ¡Vamos, «Dopey»! Vete por donde has venido, chucho.

«Dopey» se tiró al suelo. Una vez boca arriba, agitó las patas, haciendo la bicicleta.

No parecía haber entendido las palabras de la señora Carlton.

—¡Oh, mamá! «Dopey» es muy inteligente. ¿No ves lo que hace? —Medió John—. «Dopey»: esta tarde vamos a tomar el té en casa de tus amos.

«Dopey» lanzó un ladrido que debía de ser de gozo, saltando a continuación a cuatro patas. Luego, aplicó el hocico a la espalda de John, empujándolo. El chico sonreía, complacido. Acarició al perro y le rascó lentamente la parte posterior de las orejas.

—John: ¡haz el favor de devolver este horroroso perro a sus dueños! —ordenó la madre—. Dentro de unos momentos, de lo contrario, nos destrozará todas las plantas que estén a su alcance.

—¡Mamá! Déjalo quedarse aquí unos minutos más —rogó John—. Si me lo llevo, de todos modos, volverá a saltar por el muro del jardín.

—Estoy empezando a creer que te gusta de veras este desagradable perro —declaró Margery.

—Sí que me gusta y además no tiene nada de desagradable. Tú y Annette sois dos crías. Jamás os ha hecho gracia ningún perro.

—Tampoco tú, hasta ahora, hiciste caso de ninguno —replicó Margery, irritada.

—Bueno, no quiero que riñáis, ¿eh? —dijo la madre—. Bueno, espero que no acabéis siendo como los Taggerty.

«Dopey» no estuvo allí mucho tiempo más. Se apresuró a regresar junto a sus queridos amos, los Taggerty. Pero en diferentes ocasiones, a lo largo de la mañana, saltó sobre el muro para visitar a John. Éste se sentía extraordinariamente halagado. Annette no quería ir al fondo del jardín por nada del mundo. Temía que el perro se tirara sobre ella. «Dopey», verdaderamente, saltaba con una agilidad extraordinaria, sin aparente esfuerzo.

—Parece un canguro —comentó John—. Es un perro muy inteligente. No debían haberle puesto «Dopey» de nombre.

A las dos y media, los tres hermanos se pusieron las ropas calificadas de «viejas» por la madre. En realidad, estaban muy bien todavía. Se veían limpias, bien planchadas. John gruñó.

—¿No podría ponerme esos pantalones que se me quedaron estrechos y el jersey que está un poco descolorido, mamá? —inquirió—. ¡Fíjate en Annette! Es posible que ese vestido sea del año pasado, pero está tan bien como si fuera nuevo. No podrá participar en nuestros juegos.

—Me da igual —repuso Annette, mostrándose como siempre, muy relamida.

—¡Oh! No tienes arreglo —declaró John, imitando el tono de voz de Pat.

A Annette le faltó poco para echarse a llorar.

John iba a llamarla «llorona» cuando se dio cuenta del gesto que hizo su madre. Se había enfadado, seguramente... John estaba convencido de que se disponía a recordarle de nuevo su semejanza con Pat Taggerty, así que optó por guardar silencio. Limitóse a mirar a su hermana desdeñosamente, alejándose de ella.

A las tres menos diez minutos salieron de la casa, rumbo a la de los Taggerty. La señora Carlton no quiso ni oírles hablar de saltar por el muro. Manifestó que no era la manera más correcta de llegar allí para tomar el té, como invitados.

—Ya sabéis que deseo que os conduzcáis en todo momento haciendo gala de vuestros mejores modales —dijo—. Nada de abalanzarse sobre los platos ni de engullir pastas y bollos porque ésa sea la costumbre de los Taggerty. Acordaos de dar las gracias a la dueña de la casa por haberos invitado a merendar. Me sentiría avergonzada si me obligaseis a haceros volver para cumplir con tal deber de cortesía. No quiero que os veáis en la misma situación que los Taggerty anoche. Tenéis que estar de regreso aquí a las seis, ¿comprendido?

En la puerta del jardín de sus vecinos nadie les esperaba. Entonces, decidieron avanzar por el sendero que conducía a la de la casa. Llamó John con los nudillos y les abrió la puerta Bridget, quien hizo un gesto de sorpresa al verlos.

—Pero ¿por qué habéis dado la vuelta? Vuestros amigos se encuentran en el jardín, esperando que saltéis por el muro.

Bridget se colocó al frente de ellos, cruzando la cosa de un extremo a otro. Vieron los recién llegados que reinaba allí bastante desorden. Por todas partes había prendas de vestir, libros, juguetes... Salieron al jardín por último, aproximándose al muro divisorio. Los Taggerty no se encontraban por aquel sitio.

—Esto es curioso —comentó John, mirando a su alrededor.

De repente, oyeron un amedrentador coro de gritos y aullidos, mezclados con algunos ladridos. Deslizándose por entre unos matorrales, aparecieron los tres Taggerty, que empuñaban unos cuchillos... Pat, Maureen y Bidy se arrojaron sobre sus sobresaltados huéspedes. Annette dio un impresionante chillido al ver que uno de los cuchillos se abatía sobre su pecho.

—¡Me están matando! ¡Sálvame, John!

Pero aquellos cuchillos eran de goma. Bastaba que fuesen apoyados por la punta

en cualquier parte para que se doblaran. Los Taggerty se rieron de buena gana al ver los atemorizados rostros de sus vecinos. Seguidamente, se tiraron al suelo, revolcándose. «Dopey» se revolcó con ellos.

—¡Me habéis asustado! ¡No debierais haber hecho eso! —gritó Margery, cuyo corazón latía con fuerza.

Annette se había echado a llorar, pero procuraba no hacer mucho ruido, por si Pat se volvía hacia ella y le decía algo.

A John le dio lástima Annette. Le pasó un brazo por los hombros.

—No llores, tonta —le dijo—. Lo han hecho sólo para divertirse un poco.

—Esperábamos que saltarais por el muro y nos escondimos para atacaros —informó Pat, sentándose—. ¿Por qué no entrasteis por ahí? ¡Oye!... ¿Y cómo es que habéis venido vestidos con ropas nuevas? Nosotros os advertimos que...

—Éstas son nuestras ropas viejas —comunicó John.

—Pues se encuentran en mejor estado que las nuestras más nuevas —declaró Maureen—. Bueno, ¿verdad que os hemos dado un susto tremendo?

—Dejadme echar un vistazo a vuestros cuchillos —dijo John—. Me gustaría mucho tener uno —añadió después de haber procedido a examinar aquellos—. ¡Son estupendos! —Se aplicó la punta del que había cogido a la rodilla, oprimiéndolo. Inmediatamente, el extremo se dobló a un lado—. Si mi madre me viese hacer esto se desmayaría del susto. Creería que me voy a causar una herida.

—Nos los envió nuestro tío —contestó Pat—. Si quieres, le escribo diciéndole que he perdido el mío. Entonces, me enviará otro y yo te lo regalaré a ti.

—Pero... ¡no debes decir una mentira como ésa, Pat! —exclamó Margery, escandalizada—. Eres terrible. No le das importancia a un embuste.

—Esto se lo diré a mamá —anunció Annette, apretando los labios.

Biddy se arrojó sobre ella inmediatamente, atacándola con sus menudos puños.

—¡Atrévete a decir algo de mi hermano Pat! ¡Eres una soplona! ¡Te odio! ¡Atrévete a contar lo que sea de mi hermano!

Annette se quedó desconcertada y le faltó poco para ir a parar al suelo. Pero reaccionó defendiéndose enérgicamente y alcanzando a Biddy en un hombro con uno de sus puños. Pat se reía a más no poder.

—¿Os habéis fijado cómo pelean? ¡Adelante, chiquillas! ¡Vamos, dale, Biddy! ¡Ataca, Annette! John separó a las dos pequeñas.

—Basta ya. Annette: recuerda que aquí eres una invitada. No puedes comportarte así —dijo el chico.

—¡Tampoco ella puede hacerme esto! —protestó Annette, jadeante—. ¡Oh! ¡Oh! ¡Dile a «Dopey» que se aparte de mí!

«Dopey» había intentado participar en la riña. Habíase empinado sobre sus patas traseras y parecía alarmantemente alto.

—¡Atrás, «Dopey»! —ordenó Pat—. Ya está bien de pelea, chiquillas.

Annette se esforzó por alcanzar a Biddy en una mejilla todavía. Inmediatamente,

encajó una bofetada de Pat.

—¿Es que no oíste lo que dije? —rugió el chico—. Dije que ya estaba bien... No quiero repetírtelo. Mientras te encuentres aquí harás lo que te mande.

Annette se le quedó mirando, sorprendida al verse abofeteada. John esperaba que se hubiese echado a llorar en este momento, para en seguida irse en busca de su madre. Pero no hizo nada de esto. Se ruborizó, apartándose de ellos. Les dio la espalda, sin pronunciar una sola palabra.

—Déjala en paz —recomendó Maureen a su hermano—. Está tan mimada que no sabe cómo comportarse en estos casos. Nadie la ha llamado nunca al orden, a diferencia de lo que le ha pasado a Bidy.

—¿A qué vamos a jugar? —preguntó Pat, en tono cordial. Al parecer, sus arrebatos de ira se esfumaban inmediatamente. Miró sonriente a John—. ¿Te gustaría que jugásemos a los pieles rojas? Así tendrías ocasión de ver de nuevo a «Dopey» arrastrándose.

—¡Oh, sí! —respondió John—. Pero lo que yo quisiera es que vistiéramos unas prendas adecuadas, realmente viejas. Nos vamos a poner perdidos.

—Yo creo que tu madre no os dirá nada. Ya os advertimos que íbamos a entregarnos a juegos bastante movidos —declaró Pat—. Bueno... Nos dividiremos en dos bandos. Tú, John, serás el jefe «Nariz Grande» y yo seré el gran jefe «Pluma de Ave». Maureen: acércate a la casa y tráete todas las cosas del juego de los indios que puedas encontrar. Date prisa.

Maureen salió disparada hacia la casa.

—¡Oh! ¿Nos vamos a poner adornos como los que usaban los pieles rojas? —preguntó John, encantado.

—Desde luego —contestó Pat—. Hasta teníamos una tienda india, que hemos perdido con la mudanza. Aparecerá, quizá por algún lado cuando menos nos lo esperemos. Bueno, Annette será una de las mujeres de mi tribu. Ven aquí, Annette. Pelea tan bien que va a resultarme muy útil.

Annette se quedó perpleja al oír a Pat expresarse en esos términos. Volvió a medias la cabeza, mirando atónita al chico. Éste le tendió la mano.

—Acércate, pequeña. Tú figurarás en mi bando. Tremendamente sorprendido, John vio que su hermana se aproximaba a Pat, y que además parecía sentirse muy halagada. Así era, en efecto. Pat era un chico fuerte, áspero, feroz, a sus ojos. A Annette, ser escogida por él después de haberle propinado una bofetada le producía una gran sorpresa y una satisfacción no pequeña al mismo tiempo.

—Entonces, yo me quedaré con Bidy —propuso John—. Y con Margery. Tú tienes a Maureen. ¿Qué hacemos? ¿Espíarnos unos a los otros? ¿Con quién se quedará «Dopey»?

—«Dopey» no será de nadie —repuso Pat—. Figurará en el bando que prefiera él. Dentro de unos momentos se volverá como loco, nada más empecemos el juego y se retorcerá y saltará a su antojo, inventando para él una danza guerrera. ¡Aquí llega

Maureen!

La chica traía muchas cosas: seis gorros de plumas, entre otras cosas. En dos de los gorros, las plumas llegaban hasta el suelo.

—Las plumas de los jefes —declaró Pat, entregando uno de los gorros más adornados a John—. Aquí hay otro pequeño para ti, Annette.

Annette se lo puso en seguida. Le gustaba echarse encima lo que fuese.

—¿Me cae bien? —preguntó, ordenándose los rizos de sus cabellos bajo las plumas.

—No. Te cae malísimamente mal —repuso Pat en el acto. Al chico le disgustaban las exhibiciones—. Estás muy fea con esto. El gorro es horroroso. Será mejor que te lo quites.

Pero Annette no era de la misma opinión. Echó a correr, sintiéndose contenta. «Dopey» la persiguió. Por vez primera, la pequeña no se inmutó.

Todos estuvieron caracterizados debidamente a los pocos momentos.

—Es una lástima que «Dopey» no pueda ir adornado con plumas también —manifestó Bidy, estudiando atentamente al perro—. Haría un estupendo perro piel roja.

—¡Qué va! Arma demasiado ruido —objetó Pat—. Bueno, John, ahora tú puedes encaminarte a la cueva del árbol, con tu tribu. Entretanto, yo me iré al muro. Después, tenemos que rastrearnos uno al otro y atacarnos. Hay que hacer prisioneros. Éstos serán atados ¡y los despojaremos de sus cabelleras!

Todos se pusieron en marcha. Margery no hacía más que temblar. Pensaba que aquel juego era demasiado emocionante. ¡Oh! «Dopey» los acompañaba. El animal tenía la costumbre de lamer todo lo que quedaba a su alcance...

Margery quiere volver a casa

El juego a que se entregaron los chicos resultó verdaderamente emocionante. Se rastrearon supuestas huellas, tuvieron que tirarse al suelo y avanzar valiéndose de los codos y las rodillas, y al final, los Taggerty y los Carlton quedaron como uniformados... desde el punto de vista de la suciedad que habían acumulado en sus prendas de vestir. Sobre esta cuestión, los más indiferentes eran los Taggerty, ya desde un principio vestidos con ropas nada limpias ni nuevas.

Los Carlton eran de otra manera de ser. A Annette no le había gustado lo que hicieron, pero no se atrevió a decir una sola palabra por el hecho de figurar en el grupo de Pat. En cuanto a Margery, hay que decir que se hallaba completamente horrorizada. John era el más sereno de los tres hermanos. Le daba igual una cosa que otra. Era un auténtico jefe indio y no podía pensar en otras cosas.

Hubo gritos, danzas rituales, forcejeos entre los miembros de los dos bandos, luchas cuchillos en mano y fuertes batacazos. Nadie sabía cómo se las arreglaba «Dopey», pero el caso era que siempre andaba metido en todos los líos. Se arrastró maravillosamente bien, pero como no paraba de ladrar todos convinieron que de perro indio bueno tenía muy poco.

Al final, John, Bidy y Margery fueron capturados por sus enemigos. Pat ordenó que Margery y Bidy fuesen atadas a los árboles. John tenía que tenderse en el suelo, fingiéndose el muerto. Pero esto era bastante difícil, ya que «Dopey», no pudiendo comprender lo acordado entre ellos, no se separaba del chico, lamiendo su cara a cada instante.

Bidy estaba acostumbrada a verse atada a los árboles. Soportó aquel castigo con valentía. Pero Margery, en cambio, se hallaba asustada. Pat habíase tiznado la cara y ofrecía un aspecto imponente, amenazador. Empezó a dar gritos a la chiquilla, casi pegado a sus oídos, levantando siniestramente su puñal de goma sobre la cabeza de la prisionera.

—¡Eres mi prisionera! ¡Voy a arrancarte ahora los cabellos!

—Grrrrr —gruñó «Dopey», entrando en el juego y avanzando hacia la pobre Margery a saltos, para luego retroceder.

—No me gusta este juego —dijo la chiquilla, angustiada—. Quiero irme a casa. ¡Desátame! ¡Suéltame ya!

Pat creyó que esto era fingido. Entonces, se mostró más fiero. Margery lanzó un grito escalofriante. Medió entonces John, que se incorporó en el acto.

—¡Pat! ¡Déjala ya! Está asustada, verdaderamente.

—Conforme —repuso Pat—. Es que debe sentirse así. Es mi prisionera.

Apareció alguien entre los árboles... Era la señora Taggerty. Ella había oído* los gritos de Margery, notando que la chiquilla tenía realmente miedo.

—¡Pat! Suelta inmediatamente Margery —ordenó a su hijo—. Te dije que no practicarais estos juegos con los Cari ton. Ellos no son tan locos como vosotros.

—¡Quiero irme a casa! —exclamó Margery—. Este juego es odioso. Odio a Pat, a «Dopey». Quiero irme a casa.

La señora Taggerty procedió a desatarla.

—Vas a venir conmigo ahora. Te enseñaré a mi bebé —dijo aquélla a la chica, para consolarla.

—Quiero irme a casa —insistió Margery, temblando de miedo.

La señora Taggerty le pasó un brazo por los hombros cariñosa.

—Olvídate de Pat, que es un chiquillo muy bruto, pequeña. Le diré a su padre lo que ha hecho contigo y será castigado debidamente, no te preocupes. Puedes irte a tu casa, si ése es tu deseo. Pero antes conocerás a mi bebé.

Los otros la vieron irse en compañía de la señora Taggerty.

—Mi hermana es una llorona —comentó Annette, complacida al ver que había hecho mejor papel que Margery.

—Nada de eso —replicó John, fiel—. A ver lo que hubieras hecho tú, de haberte visto atada a un árbol y con Pat danzando a tu alrededor. Sencillamente: no está acostumbrada a estos juegos tan bruscos.

—Margery es muy cobarde —sentenció Pat.

—No, señor —repuso John—. Margery es una chica y tú la has tratado como si hubiese sido un muchacho. Es demasiado sensible para esta clase de juegos. Yo hubiera debido haberme dado cuenta antes de eso.

Pat obsequió a John con una desdeñosa mirada.

—¿Así tratas tú a tus hermanas? —inquirió—. De esta manera siempre serán muy blandas. ¡Puaf!

John se enfadó.

—Oye, Pat: ¿es que no te ha enseñado tu padre cómo debes tratar a las chicas? Ellas no son nunca tan fuertes, rudas y valientes como los chicos y nosotros hemos de tener eso bien presente en todo momento, protegiéndolas. Y de pegarles, nada.

—Bueno, pues a mí me habría gustado darle a Margery unos cachetes en regla, ahora que se me ha presentado la ocasión —dijo Pat, ceñudo—. De esto no voy a sacar más que una reprimenda de papá. ¿Cómo iba a figurarme que fuese tan tonta? ¿Siempre se porta así?

—Le da miedo cualquier cosa, se asusta con nada —explicó John—. Le dan miedo los perros, los ratones, los murciélagos, las tormentas... Ella es así. ¿Qué le vamos a hacer?

—Espero que no vuelva nunca más por aquí —dijo Pat—. No creo que quiera venir más por esta casa, de todos modos. ¿A qué jugaremos ahora?

—¿Por qué no nos metemos en el estanque de los peces de colores? —propuso Bidy—. Hace mucho calor. Debe dar gusto tener los pies frescos, en remojo.

—¡Oh! —exclamó Annette, sorprendida—. ¿Te dejan hacer eso?

—¡Claro que sí! —contestó Bidy, despreciativa.

La chiquilla empezó a descalzarse. Maureen y Pat hicieron lo mismo. John y

Annette no sabían qué decisión tomar. ¡Meterse en el estanque! ¿Qué diría su madre cuando se enterara de eso?

Pero la tentación era muy fuerte. John se quitó los zapatos y a continuación los calcetines. Annette imitó a su hermano.

—¡Ten cuidado, Annette! ¡A lo mejor, los peces te muerden en los dedos! — indicó Pat, ya dentro del estanque.

Annette vaciló. La perspectiva de que los peces la mordieran los dedos no le sedujo lo más mínimo.

—¡Adelante! —dijo Maureen, animándola—. Pat bromea —dio a la pequeña un cariñoso empujón—. ¿Es que nadie te ha gastado bromas nunca? Eres una tonta. Tendrás que acostumbrarte a esto y a otros muchas cosas si deseas seguir jugando con nosotros.

Muy pronto, los cinco chapoteaban, felices, en la fresca agua del estanque. Se sentaron luego en uno de los bordes del mismo, con sus pies todavía dentro.

—¿Qué habrá sido de Margery? —preguntó John, de pronto—. Espero que no haya vuelto a casa. Mamá se disgustaría de enterarse de lo que ha pasado aquí.

—Hay que ver la serie de cosas que producen disgusto a tu madre —comentó Pat, moviendo mucho los dedos bajo el agua—. Estate quieto de una vez, «Dopey». Fijaos en las olas que está haciendo... Tu madre debe de resultar muy aburrida, muy cansada a veces.

—No quiero volver a oírte decir palabras como ésas de mi madre —replicó John, muy serio—. No debes decir cosas que vayan contra tus padres a nadie. Es un proceder muy censurable.

—Está bien, está bien —contestó Pat—. Mira: aquí viene Margery, acompañada de mamá. Nada, no se fue a su casa.

Margery, en un principio, había estado decidida a abandonar el hogar de los Taggerty, sin más demora. Pero la señora Taggerty la llevó hasta la cuna de su pequeñín, enseñándoselo.

Michael, el bebé, estaba tendido en aquélla. Sus ojos, azules, muy brillantes, estaban abiertos. Tenía la cabeza cubierta de ensortijados cabellos, muy oscuros. Sus labios eran muy rojos y su piel morena.

Miró a Margery, perplejo, al parecer. Aquel rostro era nuevo para él. Margery observó con atención al pequeñín. La chiquilla tenía todavía las mejillas humedecidas a causa de las lágrimas recientes.

Inesperadamente, los labios del bebé se distendieron en una sonrisa, lanzando una especie de gorjeo. Luego, alargó su mano pequeña y gordezuela, tanto que se veían unas arrugas en su muñeca. La niña le ofreció un dedo, que el pequeñín retuvo con fuerza. De su boquita salieron unos sonidos que parecían de complacencia.

—¡Oh! —exclamó Margery, encantada—. Me ha cogido el dedo y no está dispuesto a soltarlo, por lo que veo, señora Taggerty. Mire usted cómo me sonrío. ¡Oh! Este bebé es una delicia... Es igual que una de mis muñecas que estuviese viva.

—Es un bebé precioso, ¿verdad? —preguntó la señora Taggerty—. Esos bribonzuelos que están ahora en el jardín han sido todos así, realmente. Éste, ahora, lo vemos muy quietecito y tranquilo en su cuna, pero dentro de poco tiempo correrá por toda la casa con sus hermanos, escandalizando y haciendo travesuras, no dejando parar a nadie. Le eres simpática, Margery. ¿No oyes lo que hace con los labios?

De repente, el pequeñín trató de incorporarse. Era fuerte y enérgico. Continuaba reteniendo el dedo de Margery.

—¿No podría tomarlo en brazos unos momentos? —inquirió la niña, ansiosamente. Siempre quise hacerlo, señora Taggerty, pero hasta ahora no he podido...

—Naturalmente que sí —repuso la señora Taggerty—. Y créeme que me choca mucho tu buena disposición en este sentido. Los otros no le hacen mucho caso porque no está en condiciones de jugar con ellos y porque se echa a llorar rápidamente si le asustan. Tiene tres hermanitos que son de armas tomar. Bueno... Pon los brazos, chiquilla... Ahí lo tienes.

El bebé, que olía deliciosamente, a polvos y colonia, quedó acomodado entre los pequeños brazos de Margery. Ésta suspiró, encantada. El pequeñín era un montoncito de carne tibia y sonrosada... Jamás había tenido en sus manos un muñeco como aquél.

—Es muy guapo —dijo—. Y ya empiezo a quererle. ¿No podría quedarme con él un rato, sentándome en cualquier sitio?

—Mira: te voy a poner una alfombra ahí, al sol, si te parece —contestó la señora Taggerty—. Pero, bueno, creo recordar que querías irte a tu casa. Puedes irte, si ése es tu deseo. No pretendo retenerte aquí, contra tu voluntad.

Margery, que no apartaba los ojos del sonriente bebé repuso:

—Bien... Voy a quedarme unos minutos más, si usted me permite estar con Michael. Estoy encariñándome con él.

Margery se sentó al sol. Desde su sitio vio a los otros jugando en el estanque. Pero no hizo caso de ellos. Se sentía más a gusto con Michael.

—Si le parece, señora Taggerty, algunos días podría darle un paseo por el jardín en su cochecito, ¿no?

La madre del bebé había instalado Junto a ella, haciendo labor de aguja. Tenía entre manos un menudo jersey azul para su hijo.

—Eres muy amable, Margery —contestó—. Fíjate en lo que pasa aquí: yo siempre ando muy ocupada, y lo mismo le ocurre a Bridget. Pat, Maureen y Bidy no quieren saber nada de su hermanito. Para colmo de males, hacen siempre mucho ruido, despertándole cuando he acabado de dormirlo. Para mí sería un gran alivio que le dieras de vez en cuando un paseíto a lo largo de la acera de esta calle o por el jardín.

Margery se sentía muy feliz en aquellos instantes. Eran muy de su gusto, de siempre, las criaturas pequeñas, como los bebés y los gatitos. Otros seres más

menudos, como los murciélagos y los ratones, por ejemplo, le daban miedo, en cambio.

—Los días de fiesta vendré a ver a Michael y lo sacaré para pasearlo —prometió.

De pronto, apareció Bridget, que era portadora de una enorme bandeja. Veíanse sobre ella varios vasos y una gran jarra de cristal con limonada. Los trozos de los limones flotaban todavía sobre el líquido. Había platos también, colmados de rebanadas gruesas de pan y mantequilla, y una jarrita de dorada miel. Los bollos estaban cortados por el centro. Acababan de llenar la bandeja varios platitos de manteca y lonchas de jamón, presididos por un enorme pastel de elaboración casera.

—¡El té! —chilló Pat—. ¡Hurra! ¡Creíamos que te habías olvidado de nosotros, Bridget! ¡Merendaremos debajo de las ramas del sauce llorón!

John echó a correr para ayudar a Bridget. Pero Pat no hizo el menor movimiento. Bridget miró sonriente al primero.

—¡Magnífico! Ya tenía ganas de conocer a un chico de buenos modales, que fuese servicial. Mire usted, señora Taggerty... Ahí tiene un jovencito deseoso de aliviar de peso a mis viejos y cansados brazos. ¡A ver si aprendes, Pat!

A los pocos minutos se habían acomodado todos en la cueva del árbol. Todo allí aparecía iluminado por una verde y grata luz.

—¡Al ataque, chicos! —chilló Pat—. Palabra de honor de que estoy muerto de hambre.

Después del té

La señora Taggerty cogió su bebé, de brazos de Margery.

—¿Quieres volver a tu casa ahora? —preguntó a la niña—. Tengo que cambiarle la ropa al pequeño. Puedes irte, si tal es tu gusto. Y de Pat me encargaré yo en su momento. Su padre le dará una azotaina por haberse dedicado a asustarte. No es correcto tratar así a una persona invitada y él lo sabe perfectamente.

—No, por favor, que no le peguen —repuso Margery—. Me siento mejor ahora y no quiero volver a mi casa. Me gustaría merendar con los demás. Allí, debajo del sauce llorón, se estará bien...

—De acuerdo. Ya que tú así lo deseas, Pat no será castigado. Me satisface mucho comprobar que no eres rencorosa. Pat es bueno, pero resulta a veces muy terco y, por otra parte, de modales anda muy mal. Espero que vosotros le enseñéis algunos.

—Margery se puso en pie, encaminándose a la cueva del árbol, entrando en la misma.

—¡Hola, Margery! —los saludó Maureen—. ¿Ya no piensas irte a tu casa?

—No —replicó la chica—. ¡Ah! Pat: nadie va a castigarte esta noche. Le pedí a tu madre que olvidara lo ocurrido. Me porté tontamente, lo reconozco; no sé por qué me asusté tanto.

Pat correspondió a estas palabras de Margery con una amplia sonrisa.

—¡Gracias, Margery! —respondió—. Lamento haberte asustado antes. Fue una broma, realmente. ¿Quieres una buena rebanada de pan con mantequilla?

Los seis chicos comieron con excelente apetito. Los Taggerty siempre tomaban su té bastante tarde. Las rebanadas de pan iban desapareciendo rápidamente. John descubrió que le gustaban más las gruesas que las finas que su madre les servía. Con las rebanadas gruesas se le llenaba a uno la boca...

Los Taggerty no sabían una palabra de buenas maneras en la mesa. El único rasgo delicado que hubo allí fue el de Pat, por excepción, al ofrecer a Margery su rebanada de pan. Maureen y Bidy se servían a su antojo, sin ocuparse para nada de los Carlton, sus invitados. Al principio, John y Annette permanecieron quietos y en silencio, frente a sus platos vacíos, esperando a que alguien les preguntara qué les apetecía más. Finalmente, Annette se enfadó al ver que Bidy, tranquilamente, untaba de miel su quinta tostada de pan, habiéndose despreocupado por completo de ella.

—Eres una fresca —dijo a Bidy—, llevo aquí sentada un buen rato, con el plato vacío. ¿Cómo es que no me ofreces nada? ¿Es que no te han enseñado que debes atender a tus huéspedes?

—¿Es que no sabes tú servirte, tonta? ¿Necesitas acaso que te ayude? Haz lo que yo: coge lo que más te guste. Si no procedes así te quedarás sin nada.

Sonó la voz de la señora Taggerty en el jardín.

—¿Estáis bien, chicos? Pat: ¿ya te acuerdas de atender debidamente a tus invitados? Ofréceles lo que tengas a mano cuando veas sus platos vacíos. Procura que

no pasen falta de nada.

—Estate tranquila, mamá. Los estamos atendiendo muy bien —replicó Pat, inmediatamente.

—¡Mira que eres embustero! —comentó John al tiempo de servirse un bollo con jamón—. ¿Por qué no dices la verdad, es decir, que no te ocupas de nadie? Claro que es igual. He tenido que decidirme a imitarte porque de lo contrario, si esperara a que me pasases algún plato seguro que me quedaría sin merendar. Hay que ver qué maña te das para engullir todo lo que pillas a tu alcance.

Todos se echaron a reír. Lo cierto es que entonces Margery aceptó un bollo que le fue ofrecido cortésmente por Maureen. Aquellos bollos estaban muy ricos. Y el pastel casero era exquisito. Pat lo dividió en unos cuantos trozos de gran tamaño. Margery, inevitablemente, los comparó con los que habitualmente eran servidos en su casa. Teniendo hambre, no cabía duda de que resultaba mejor disponer de uno grande.

La limonada era deliciosa también. Los Carlton siempre tomaban leche con el té y aquella variación les agradó muchísimo. Lo pasaron muy bien. «Dopey» no salió malparado. Los Taggerty, por turno, le obsequiaban con trocitos de sus raciones. «Socks», el gato negro, se incorporó al grupo haciendo los honores, con toda limpieza, a los pedazos de pan con mantequilla que le eran arrojados por los chicos.

—Es chocante este gato —comentó Pat—. Aunque sabe que si no se da prisa «Dopey» engullirá su parte, nunca se apresura comiendo. Me recuerda a Margery. Tú, Margery, no haces más que dar mordisquitos.

—¿Araña este gato? —preguntó Margery, bastante asustada al ver que el animal de los grandes ojos verdes se estiraba, mostrando las menudas garras de sus patas delanteras.

—Da unos buenos arañazos —repuso Pat—. Ten cuidado, Margery. Podría ser que te dejara una señal en la pierna.

—Pat bromea, como siempre —aclaró Maureen, viendo que Margery se sentía alarmada—. No hace nada. «Socks» se tira a arañar solamente cuando alguien le acosa o le tiran de la cola. ¿Te gustaría ver mis ratones? Tengo tres: «Woffles», «Wiffles» y «Wonky».

—¡Oh, no! —gritó Margery, horrorizada.

—Ponle uno de tus ratoncitos en el cuello —sugirió Bidy.

Margery lanzó un chillido.

—Cállate, Bidy —ordenó John—. ¿No ves que la asustas?

Después del té, Pat sugirió que treparan todos a lo alto de uno de los árboles del jardín.

—Por allí —dijo el chico—, no lejos del muro, hay un castaño muy hermoso. Trepemos por él. Vamos, chicas. Haremos como si el árbol fuese un buque pirata, nuestro buque, y que zarpamos hacia unas remotas tierras.

—Bueno, ¿y qué hacemos con los vasos, las jarras y todo lo demás? —preguntó John—, ¿no os parece que debiéramos llevar estas cosas a la cocina?

—¡Oh! Ya se encargará de eso Bridget, John —replicó Pat, con un gesto de impaciencia.

Seguidamente echó a correr por el jardín. Bridget salió de la casa en aquel momento. John y Margery le ayudaron en la tarea de recoger la bandeja con los utensilios empleados para la merienda. Annette se había perdido con los otros.

—¿Qué? ¿No se lo dije? Estos chicos están muy bien educados, señora Taggerty —manifestó Bridget, dirigiéndose a la dueña de la casa, que estaba en aquellos instantes acunando a su hijo—. Han recogido todas las cosas, ordenándolas sobre la bandeja.

Después, John y Margery se fueron en busca de los otros. Margery tocó en un brazo a su hermano de modo persuasivo.

—No te subas a lo alto de ningún árbol. Yo, por mi parte, sé que no soy capaz... Y a mamá no le gustaría...

—Llevamos ropas apropiadas para el juego —señaló John, pensando de pronto que no podía negarse a encaramarse a lo alto de cualquier árbol ante Pat, quien, seguramente, se reiría de él—. Tú quédate abajo, si quieres. Yo tengo que trepar de todos modos...

—Tú no te has subido nunca a lo alto de un árbol —le recordó Margery—. Nunca. Acabarás cayéndote, dándote un buen porrazo, ya lo verás.

Pat se había plantado ya en la parte media del castaño cuando ellos llegaron al pie del mismo. El chico se apresuró a llamarlos.

—Subid. Se está bien aquí arriba. Sopla un poco de viento y el árbol se mueve como una embarcación en la mar.

Maureen se había situado casi a la misma altura que su hermano.

Biddy ascendía con mucho trabajo, llamando a Pat y a Maureen para que la ayudaran.

—¡Eh, John! ¡Sube rápidamente! —gritó Pat—. Estamos viendo unas velas en el horizonte. ¡Arriba en seguida!

Valientemente, John emprendió el ascenso. No estaba habituado a aquel ejercicio y sentía algún miedo, ciertamente. Se arrepentía de haberse dejado arrastrar por los Taggerty. Lamentó haber dado aquel paso especialmente cuando su camisa se quedó enganchada en una rama, notándose retenido. Dio un tirón y el tejido se desgarró. Su situación distaba mucho de ser airosa.

—¡John no puede subir más! —chilló Maureen, mirando abajo—. ¡Vamos, arriba, John! ¿Dónde está Margery? Supongo que Annette es demasiado pequeña para poder imitarnos...

—Es una cría —declaró Biddy desde su rama—. No podrá subir, ¿verdad, Pat? A mí, en cambio, esto se me da bien. Tú has dicho siempre que sé trepar.

Margery, profundamente sorprendida, vio que Annette, de repente, acertaba a asirse a la primera rama.

—¡Para arriba voy yo también! —anunció la pequeña—. ¿Veis cómo puedo

hacerlo? Aquí es Margery la única que se quedará abajo.



Annette consiguió empinarse sobre otra rama, a una altura aceptable del suelo. Sintióse muy orgullosa al escuchar las palabras de elogio de Pat.

—¡Muy bien, Annette! No pensaba que pudieras hacer lo que nosotros. ¡Arriba! ¡Más arriba! Ya está aquí John.

Pero Annette se daba por satisfecha con lo que había logrado. Empezaba a sentir

miedo. Pero no dijo nada. Se quedó sentada por debajo de Bidy, asomándose por entre las ramas, asiéndose con fuerza a ellas.

Aquel ejercicio resultaba emocionante. John tenía un alto concepto ahora de sí mismo. Consideraba que acababa de llevar a cabo una proeza. Notó cómo el árbol oscilaba levemente a impulsos del viento. Paseó la mirada por su jardín, que se le antojó muy lejano, a sus pies. Estaba nervioso, pero contento. ¿Por qué había esperado tanto tiempo a trepar a lo alto de un árbol?

Los chicos habían perdido la noción del tiempo. Hacía tiempo que habían dado las seis. Eran ya las siete menos cuarto. El señor Carlton había regresado a su casa. Él y su esposa se acercaron al fondo del jardín para comprobar si andaban por aquel lugar los niños.

—Les dije que estuviesen de vuelta a las seis —manifestó la madre de los Carlton, enojada—. ¿Qué estarán haciendo? Esta tarde han armado ahí un buen alboroto. No me explico cómo logra conciliar el sueño Michael, el bebé de nuestros vecinos.

Se aproximaron al muro. El señor y la señora Carlton eran suficientemente altos para poder asomarse por encima de aquél. Pero no lograron descubrir el menor rastro de los chicos.

Los cinco niños se encontraban a no mucha distancia de ellos, en lo alto del castaño. Margery continuaba al pie del árbol, sola. De pronto, Pat descubrió al señor y la señora Carlton, dando un penetrante grito.

—¡Eh! ¡Tío Peter! ¡Señora Carlton! ¡Estamos aquí! ¡En lo alto del árbol! Annette se encuentra también con nosotros. ¡Eh!

La madre de los Carlton se llevó uno de los sustos más grandes de su vida. Levantó la cabeza, espantada.

—¡Bajad de ahí en seguida! —dijo—. ¡Bajad de ahí en seguida!

Los cinco chicos fijaron sus ojos en ella.

—¡Hola, papá! —gritó John—. ¡Mira hasta dónde he subido!

El señor Carlton sonrió al ver tantos rostros infantiles entre las ramas de aquel árbol.

—¡Estupendo, John! —exclamó—. Pero ¿es realmente Annette la niña que estoy viendo desde aquí? ¿Dónde para Margery?

—Le ha dado miedo subir —repuso Annette, dándose aires de persona importante—. A mí, en cambio no me dio miedo. Margery quería volver a casa antes de la merienda, papá.

—¡Cállate! —Ordenaron a la chiquilla Pat, John y Maureen a un tiempo.

Annette cerró el pico. Pat intentó alcanzarla con un pie.

—¡Soplona! —le dijo en voz baja.

La mirada de la señora Carlton era todavía de sobresalto.

—¡John! Tú sabes muy bien que no me gusta que te subas a los árboles... Me cuesta trabajo creer que Annette pueda estar ahí, contigo. Podría caerse y romperse

una pierna. Peter: hazla bajar antes de que se caiga.

El señor Taggerty apareció en aquel momento en el jardín y sus hijos empezaron a llamarle.

—¡Papá! ¡Estamos en lo alto del castaño! Y al otro lado del muro se encuentra tío Peter...

John, viendo la cara de susto de su madre, inició el descenso. El señor Taggerty ayudó a bajar a Annette.

—¡Vaya con la niña! Eres una monita, como Bidy, que se pasa la vida encaramándose a las ramas de los árboles.

La señora Carlton se quedó muy desconsolada al ver a sus tres hijos. Sus ropas estaban sucias, desordenadas, desgarradas, incluso. ¡Y también mojadas! ¿Qué podían haber estado haciendo con sus terribles amigos, los Taggerty?

El señor Carlton los pasó por encima del muro. La esposa observaba a sus hijos en silencio. Éstos inspeccionaban sus ropas, sintiéndose culpables.

—Bueno, mamá, nosotros te dijimos que nos pusieras nuestros prendas de vestir más viejas —dijo John—. Sólo así puede uno pasar la tarde jugando en ese jardín con los Taggerty.

—Vámonos a la casa —contestó la madre, fríamente—. Os habéis retrasado. Dije que estuvierais aquí a las seis y son ya casi las siete.

Los chicos la siguieron, sintiéndose aplanados después de las agitadas horas que acababan de vivir.

—Mamá: he tenido al pequeñín de los. Taggerty en los brazos —informó Margery—. Es muy guapo.

La madre guardaba silencio. Luego, el señor Carlton se dirigió a su hijo.

—Supongo que habréis dado las gracias a la señora Taggerty por haberos invitados a merendar, ¿no? —inquirió.

Los tres chicos se pararon en seco.

—¡Dios mío! ¡No! Pero de esto no tenemos la culpa nosotros, papá. Mamá nos hizo volver tan rápidamente que no tuvimos tiempo...

—Pues nada, vais a ir a verla ahora mismo para agradecerle sus atenciones —ordenó el padre.

—Los niños hicieron lo que se les había indicado.

El señor Carlton se dirigió ahora a su esposa.

—Me sorprende, querida, que tú no cayeras en la cuenta de eso. Es elemental.

—Me asusté mucho al ver a John y a Annette encaramados a lo alto del árbol —contestó ella—. ¡Oh! Nuestros hijos parecen unos golfillos, tal como van estos momentos.

—Es igual. Por una vez, he visto a John como un auténtico chiquillo, como lo que debe ser... Y creo que Annette ha empezado a dejar de ser la niña consentida y blandengue de siempre —comentó el padre—. ¡Lo que hubiera dado yo por ver encaramada a lo alto del árbol a Margery también!

Una riña

Aquello supuso el comienzo de la amistad entre los hijos de los matrimonios Taggerty y Carlton. Aunque la madre de John se enfadó mucho al ver aparecer a sus hijos sucios y con las ropas desgarradas tras la merienda en el jardín de los Taggerty, accedió a que se pusieran sus prendas más usadas en la visita siguiente. Y los Taggerty se presentaban debidamente preparados en este aspecto cuando iban a la casa de los Carlton.

John se destacó pronto en la práctica de los juegos emocionantes a que se entregaban normalmente sus vecinos. Con ellos jugaba a los pieles rojas, a policías y ladrones, a los piratas y otros entretenimientos por el estilo. Se tornó un «auténtico chiquillo», como había dicho su padre. Éste tuvo la satisfacción de verse acompañado por John durante varios de los largos paseos que daba por el campo.

Annette había dejado de odiar a Pat por su forma de expresarse y por los cachetes que habíale dado, admirándole en realidad mucho. Dejó de ser una «soplona». Ya no lloraba así porque sí. Incluso se tornó más humilde y menos presumida. Al lado de Pat, por lo visto, se estaba corrigiendo de todos sus defectos.

Margery, sin embargo, continuaba negándose a participar en los juegos que ahora eran tan del agrado de todos.

—Bueno, pues no nos acompañes —le diría más de uno vez John, impaciente—. ¡Quédate en casa con tus muñecas!

Pero había una cosa que tiraba de Margery, que la atraía más y más hacia la casa de los Taggerty; Michael, el bebé. Se había encariñado mucho con él. Todos los Taggerty lo querían, pero sólo a Margery se le ocurría tomarlo en brazos, o acunarlo, o pasarse las horas con él, acariciándolo, haciéndole reír. Michael parecía haberse aficionado mucho a la niña también.

Todo daba a entender que los Taggerty no iban nunca a la iglesia, ni a la escuela dominical. Los domingos vestían las mismas ropas que durante los otros días de la semana. Y desde luego, hacían el mismo ruido de siempre.

—¿Cómo es que os metéis en la escuela dominical los días de fiesta, haciendo como hace a veces un tiempo delicioso, un sol estupendo? —preguntó Pat a John cierto domingo en que a él le apetecía chapotear un poco en el estanque en compañía de su amigo—. Hace calor. El agua está fresca. Y hoy, después del té, vamos a jugar a las tiendas en el cenador. Tenemos dinero de verdad. Supongo que no faltaréis.

—Nosotros vamos siempre a la escuela dominical —respondió John—. Y además nos gusta. ¿Por qué no venís vosotros? ¿Es que os lo ha prohibido vuestra madre?

—Nada de eso. Ahora, ella dice que tendría que tomarse el trabajo de arreglarnos y como está tan ocupada... —manifestó Maureen.

—¿No rezáis nunca por la noche tampoco? —quiso saber Annette, quien recitaba siempre sus plegarias con gran fervor, acordándose puntualmente de pedir al Señor que bendijera a la más pequeña de sus muñecas.

—Algunas veces, yo rezo —declaró Maureen—. Otras es que no me acuerdo. Bueno, esto da igual.

—No, igual no da —repuso Margery, impresionada—. Vosotros os compartáis como paganos, más que como cristianos. Si fueseis a la iglesia, si escucharais las explicaciones que se dan en la escuela dominical, aprenderíais muchas cosas que ahora ignoráis, al parecer... Sabríais, por ejemplo, por qué está mal decir todas las mentiras que decís a cada paso, por qué hay que ser amables con los demás, y por qué...

—Yo no quiero saber nada de todo eso —manifestó Pat—. Es un fastidio. Sois unos beatos... ¡Bah! ¿Quién piensa en ir a la escuela dominical con lo bien que se está en nuestro estanque, jugando? ¡Y eso que no hemos llegado a bañarnos en él, ya que mamá anda siempre cerca de nosotros! Bueno, acompañadnos. Os venís con nosotros y luego contáis a vuestros padres que habéis estado en la escuela. A lo mejor, ni siquiera llegan a haceros ninguna pregunta.

Los tres Carlton se sobresaltaron al escuchar las palabras de Pat.

—No tienes arreglo, Pat —dijo John, por fin—. A veces, pienso que eres malo, realmente. Me figuro que el día menos pensado sufrirás un serio castigo. Tú puedes decir todas las mentiras que quieras y conducirte como deseas... ¡pero debieras abstenerte de hacer tales cosas! A nosotros nos gustaría jugar en el estanque, bañarnos..., pero no sí para hacer eso hemos de decir mentiras, engañando a nuestra madre. Esto no es ser beato. Esto es, sencillamente, ser sincero y obrar con rectitud.

—Si engañas a tu madre, señal de que no la quieres —remachó Margery.

—Sí que la quiero —repuso Pat con una feroz mirada—. Es la mejor madre del mundo. Y la vuestra me parece insoportable.

Aquello era en verdad la gota de agua que hacía rebasar el vaso. John se puso muy encarnado, propinando a Pat una bofetada.

—¡No pienso volver a hablarte en mi vida! —Declara.

—¿Quieres pelear? —inquirió Pat. Una de sus mejillas se había coloreado—. ¡Adelante, vamos! ¡Estoy preparado!

—¡Recuerda que hoy es domingo, John! ¡Oh, John! ¡No te pelees con él! ¡Es la hora ya de la escuela dominical! —dijo Margery, a punto de llorar.

Annette observaba en silencio aquella escena, atemorizada.

—Está bien —contestó John. Inmediatamente se volvió hacia Pat—. Pelearemos mañana. Hoy, no. Y si se atreves a decir de nuevo que mi madre es insoportable, la próxima bofetada te dolerá más.

—Te da miedo pelear —dijo Pat, desdeñosamente—. ¡Cobarde! ¡Tienes miedo! Prefieres ir a la escuela dominical en vez de luchar conmigo. ¡Bah! Eres tan delicado como un bebé. Vámonos... No peharemos hoy porque tú no quieres, ni tampoco mañana, estúpido. Nosotros, los Taggerty, no queremos ya nada con vosotros. Adiós para siempre.

Pat desapareció. Los tres Carlton oyeron rumores de pasos por el jardín arriba.

Estaban disgustados.

—No hubiera debido abofetearle —manifestó John—. Pero, claro, no podía consentir que hablara de ese modo de nuestra madre. Sería un hijo desleal si no reaccionara como es debido.

—Es malo, pero yo quisiera seguir jugando con él —gimió Annette.

Margery se había puesto muy pálida. Cogió a su hermana de la mano.

—Vámonos. Ya es hora... —dijo—. ¡Oh, John! ¿Tú crees que Pat hará lo que ha dicho? Si no vamos ya nunca más a la casa de los Taggerty, no podré volver a ver a Michael.

—¿Y qué? —inquirió John—. Estás loca con ese crío. Una cosa voy a decirte... Y escúchame tú también, Annette... No volveremos a poner los pies en casa de los Taggerty.

Los tres se encaminaron a la escuela dominical. La pobre Margery rezó con fervor. Pidió al Señor que le permitiera seguir viendo a Michael pese a su intención de secundar la decisión de su hermano.

Aquella tarde, los Taggerty, en su jardín, se mostraron más alborotadores y ruidosos que nunca.

—No puede ser que estén jugando a las tiendas —comentó Margery—. No harían tanto ruido... Han escogido algún juego especial para que nosotros no dejemos de oírlos.

—¿No creéis que debiéramos contar a mamá lo que ha ocurrido? —preguntó Annette, que aún no sabía resistirse a la tentación de contárselo todo a su madre, con gran enojo por parte de sus hermanos.

—Desde luego que no —repuso John—. Obraríamos como unos soplones, y tú, Annette, no querrás volver a las andadas después de todos los esfuerzos que hemos hecho para que perdieras ese feo vicio, ¿verdad?

—No, no —contestó la pequeña, intimidada—. ¡Dios mío! ¡Qué ruido arman esos! Seguro que acabarán quejándose todos los vecinos.

Los vecinos, efectivamente, se quejaron. Por fin, se hizo el silencio en el jardín de los Taggerty. Margery dijo que creía haber oído llorar a alguien.

—Tal vez fuese Pat, al que quizá habrán dado una buena azotaina —sugirió Annette.

—¡Ca! Tú sabes que no chillaría tanto —opinó John—. Yo creo que se tragaría las lágrimas. Sin embargo, no le he visto llorar nunca.

—Tú estuviste a punto de echarte a llorar ayer —manifestó Annette—, cuando te torciste un tobillo saltando. Vi unas lágrimas en tus ojos, aunque fingiste que te estabas riendo.

—¡Cállate de una vez, mocosa! —replicó John, fieramente, en el mismo tono de voz que habría empleado Pat.

Annette guardó silencio. Sonó un timbre. La llamaban para acostarla y la pequeña se fue.

Al día siguiente, los Carlton, mientras jugaban en su jardín, oyeron las voces de sus vecinos, jugando al otro lado del muro divisorio. Sin embargo, los Taggerty no se mostraban tan ruidosos como de costumbre. Después del té, John, Margery y Annette se pusieron a jugar al escondite. Llegó un momento en que le tocó a Margery buscar a sus hermanos. Se apostó junto al muro y estaba contando hasta cien cuando oyó un susurro.

Entonces levantó la cabeza. Maureen había asomado la suya por encima de la pared para decirle:

—¡Margery! Michael se ha caído de su cochecito y se ha hecho daño...

El corazón de Margery pareció paralizarse. En un momento, olvidó todo lo concerniente a la riña con los Taggerty.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—En su cuna —respondió Maureen—. No para de llorar. Mamá ha dicho que le hubiera gustado que estuvieses en casa porque el bebé siempre se tranquiliza cuando tú estás con él.

—Voy para allá —dijo Margery inmediatamente.

—Es que Pat ha dicho que no quiere nada con ninguno de vosotros —manifestó Maureen, abatida.

—Me da igual —repuso Margery—. Yo voy a ver a Michael. ¡Pobre pequeñín! ¡Oh! Espero que no sea nada, que se ponga bien en seguida. ¿Se ha hecho daño en la cabeza al caer?

En un periquete, la niña se plantó en lo alto del muro. Annette, al acecho desde su escondite, se quedó boquiabierta al verla saltar al otro jardín. Entonces llamó a John.

—Margery se ha ido a la casa de los Taggerty —informó—. ¡Acabo de verla saltar por el muro!

—Pues es una imbécil, una idiota, una traidora... —declaró John, intentando recordar todas las palabras desagradables que conocía—. Dije que no quería nada ya con ellos... ¡Espera, espera a que vuelva!

Echó a andar hacia la casa, muy irritado. Primero le diría a su hermana todo lo que pensaba de ella y después se pasaría varios días sin dirigirle la palabra.

Annette se quedó sola en el fondo del jardín. Se subió al rodillo para asomarse por encima del muro, tratando de descubrir a Margery. Margery, sin embargo, no andaba por allí.

Biddy se encaminaba al muro en aquellos instantes. Levantó la cabeza y vio a Annette. Ésta se disponía a obsequiarla con una mirada de desdén antes de retirarse cuando Biddy la llamó con un insistente siseo.

—¡Annette! ¡Annette! ¡Escúchame! ¡Tengo que darte una noticia!

—¿Qué es? —inquirió la pequeña de los Carlton, curiosa.

—¡Tenemos cuatro gatitos! —exclamó Biddy, orgullosa—. Uno es negro por completo, el segundo es atigrado, el tercero, blanco y negro, y el cuarto, ¡es exactamente igual que «Socks»!

—¿Son de «Socks»? —preguntó Annette, emocionada.

—Sí. La gata los tuvo esta noche —explicó Bidy—. Los ha limpiado cuidadosamente con la lengua y están preciosos. Ven a verlos.

—Es que John ha dicho...

—Ya me figuro lo que habrá dicho. Lo mismo que Pat, seguramente. Pero bueno, tú lo que tienes que hacer es venir a ver a mis gatitos. «Socks» está muy orgulloso de ellos. Están dentro de un cesto, en la cocina. Ven, tonta. Ya sé que ha habido una riña, pero ignorábamos que «Socks» fuese a tener gatitos... Tienes que verlos ahora.

Annette se apresuró a pasar al otro jardín. A los pocos segundos contemplaba extasiada, en compañía de Bidy, los gatitos que «Socks» tenía al lado. «Socks» ronroneaba satisfecha y continuaba limpiándolos con la lengua, uno por uno.

—¡Oh! ¡Lo que me gustaría tener ese que es exactamente igual que «Socks»! —exclamó Annette—. En casa no hemos tenido nunca ningún animal, ni siquiera un gato para acabar con los ratones. Yo desearía tener un gatito.

—Te regalaré el que se parece a «Socks», si quieres, si mamá no se opone a ello —manifestó Bidy—. Pero estoy segura de que no te lo negará. Te lo llevarás cuando esté algo más crecido... Te gustará más que ninguna de tus muñecas.

—¡Oh, Bidy! Dile eso a tu madre. Yo hablaré con la mía. Pero no sé si podré convencerla. A mi madre no le agradan los animales.

—Pues habla con tu padre entonces —le propuso Bidy—. Él, en cambio, los adora, ¿no es así? Hasta nuestros ratoncitos le hacen gracia. Hará que tu madre te diga que sí... Habla con él.

La idea de Bidy no era desacertada. Annette acarició a «Socks» y empezó a planear muchas cosas para su gatito: una cinta azul, un cesto bonito, una pequeña pelota...

John, entretanto, no podía dar con Annette. Echó una mirada al muro. ¿Y si Annette se había trasladado al jardín vecino? ¿En qué estaban pensando aquellas chiquillas? Sentíase profundamente irritado.

«¡Allá voy yo también! —se dijo—. Buscaré a Pat y le obligaré a que retire sus palabras. Yo no soy ningún cobarde... Y si se niega nos liaremos a puñetazos».

En el que todo queda arreglado

Saltó por le muro, dejándose caer en el jardín de los Taggerty. No vio a Annette, ni a Biddy, ni a Maureen, ni a Margery... ¡Ni siquiera a «Dopey»! ¡Qué cosa tan extraña!

De repente, oyó unos gañidos muy débiles. Era hacia el cuarto de las pilas. Eran unos gañidos sumamente lastimeros. «Dopey» había sido encerrado allí. ¿Por qué?

Acercóse cautelosamente a la puerta del cuarto, asomándose al interior por una de las ventanas. Pat estaba sentado, abrazado a «Dopey». John observó, enormemente sorprendido, que Pat estaba llorando. Sí, acababa de ver rodar una lágrima por una de sus mejillas. ¿Qué había sucedido?

Abrió la puerta del cuarto y entró. Pat le recibió con una mirada iracunda, limpiándose aquella lágrima del rostro con un gesto lleno de fiereza.

—¡Fuera de aquí! —chilló.

—¿Qué ha pasado?

—«Dopey» se volvió loco esta tarde, mientras jugábamos y en uno de sus saltos cayó sobre el cochecito de Michael, volcándolo. Mi hermanito cayó fuera y se hizo daño —explicó Pat—. Bridget cogió un palo y empezó a azotar a «Dopey» hasta que éste comenzó a llorar. Todavía está llorando. No puedo soportarlo... «Dopey» no quiso tirar el cochecito.

«Dopey» continuaba profiriendo gañidos. No comprendía por qué lo habían azotado. El animal buscaba el calor de los brazos de Pat.

John olvidó en seguida el motivo de su presencia allí. Lo del perro le había producido una gran impresión también.

—¿Es que no se hizo cargo Bridget de que él hizo eso sin querer? —preguntó indignado, sentándose junto al perro. Éste dio una especie de profundo suspiro, lamiéndole a John la nariz—. Me parece que Bridget se ha pasado de la raya. ¿Cuánto tiempo ha de estar encerrado «Dopey» aquí?

—Hasta que se lo lleven —respondió Pat, desconsolado.

—¿Cómo? ¿Es que van a llevarse a «Dopey» de aquí? —inquirió, horrorizado.

—Es lo que he oído decir —manifestó Pat—. Y yo no puedo vivir sin él. Nadie me cree cuando lo digo, pero ésa es la verdad.

John sí le creía. Estaba seguro de que su actitud habría sido la de Pat de haberle pertenecido el perro. «Dopey» era un animal muy cariñoso, agradable, encantador. John se sintió también terriblemente abatido cuando pensó que «Dopey», efectivamente, podía desaparecer de allí para no volver jamás.

—Pat —dijo en voz baja—: haremos lo que sea para que no puedan llevárselo de aquí. Si no hiciese mucho ruido, podría esconderlo en mi cobertizo.

Pat miró a John, esperanzado por un momento. Luego, denegó con un movimiento de cabeza.

—Hará ruido. Tú sabes que lo hará... Sin embargo, gracias por tu ofrecimiento, John.

Hubo una pausa. «Dopey» gimió y los dos chicos lo acariciaron.

—¿Por qué viniste? —quiso saber Pat al cabo de unos instantes—. ¿Querías algo?

—Pues verás... —respondió John, algo nervioso—. En realidad, vine a pelearme contigo. Sabes que me enfadé mucho...

—También yo me enfadé —dijo Pat—. Será mejor que no vuelva a ocurrírsete darme una bofetada.

—Créeme que lo siento —manifestó John—, sobre todo ahora que sé lo de «Dopey».

—Volveremos a ser amigos, ¿no te parece? —propuso Pat—. Retiro todo lo que te dije y te ruego que me disculpes, John.

Éste se sintió mejor ya.

—Lo mismo te digo.

No sentía ya el menor rencor.

Margery estaba con el bebé. La señora Taggerty daba la impresión de hallarse preocupada. Michael, desde la llegada de Margery, parecía estar más tranquilo. Ya no lloraba y se había aferrado con una manecita al dedo que en seguida le ofreciera la niña. De repente, sus menudos labios esbozaron una sonrisa.

—¿Te has fijado? —inquirió la señora Taggerty, aliviada—. Nunca sonrío así si no se encuentra a gusto por completo. Se está reponiendo del susto. Pronto estará bien del todo. Ese chichón le durará un poco todavía, pero...

—Voy a irme a casa ahora —anunció Margery, levantándose—. Mi madre no sabe que estoy aquí y puede estar buscándome. Me alegro mucho de que Michael se encuentre mejor, señora Taggerty. Mañana volveré para cuidar del pequeñín, si usted me deja.

—¿Cómo no voy a dejarte, Margery? —preguntó la señora Taggerty—. El niño se siente en la gloria estando tú a su lado... ¡Vaya! Aquí tenemos a la pequeña Annette.

Annette y Bidy habían entrado en la habitación caminando de puntillas. Margery miró a su hermana, muy sorprendida. ¿También había trepado por el muro? ¿También ella había desobedecido a John?

—Señora Taggerty —comenzó a decir Annette, ansiosamente, en un susurro—: ¿podría quedarme con uno de los gatitos de «Socks» cuando haya crecido un poco más, si mi madre me lo permite? Lo cuidaré mucho. Se me ha ocurrido ya un nombre para él: «Blancospiés».

—Sí, claro, desde luego —contestó la señora Taggerty, sonriendo—. Tú pides permiso a tu madre para hacerte cargo del gatito y yo te doy en seguida a tu «Blancospiés». Es un nombre muy bonito, ¿eh?

Annette estaba rebotante de gozo. Iba a dar las gracias a la señora Taggerty por su atención cuando entró alguien, andando de puntillas, en la habitación. Era John. Al parecer, se sintió muy sorprendido al encontrar allí a Margery y a Annette. Las dos se pusieron muy serias.

—Señora Taggerty... —comenzó a decir John—: Pat está muy disgustado porque

cree que van a llevarse a «Dopey» de aquí... ¿No podría seguir en la casa? Seguro que el perro no quiso volcar el cochecito de Michael. Estoy convencido, por otro lado, de que no volverá a hacer una cosa semejante. Pat está desconsolado, señora Taggerty.

Margery y Annette miraron a John, profundamente extrañadas. ¿No había dicho John después de reñir con Pat que no volvería a relacionarse para nada en el futuro con los Taggerty?

—Señora Taggerty; le ruego que no permita que se lleven al pobre «Dopey». ¡Pat no podrá continuar viviendo sin su perro! Y a usted no le gustaría que a su hijo le pasase algo malo.

—Desde luego que no —repuso la señora Taggerty con un leve centelleo en los ojos—. Bueno, ya veremos. Tal vez, si Pat se esfuerza por no hacer mucho ruido cuando Michael está durmiendo y logra que «Dopey» esté igualmente quieto, tal vez me decida entonces a acceder a sus deseos.

—¡Oh! ¡Gracias, señora Taggerty! —dijo John, entusiasmado—. ¿Cómo está el pequeñín?

Pero, sin esperar la respuesta a su pregunta, John salió disparado en busca de Pat, para darle la buena nueva de que «Dopey» no sería llevado a ninguna parte. Las chicas le siguieron. A los pocos segundos se encontraban todos en el cuarto de pilas, consolando a «Dopey», quien se mostraba muy contento por el hecho de que todas las atenciones se concentraran en él. Hasta Margery estaba satisfecha de que el perro no saliera de la casa. Sabía que lo del vuelco del cochecito de Michael había sido accidental.

—Bueno, se acabó nuestra riña —declaró Pat, mirando a su alrededor y esbozando su sonrisa de costumbre—. Es curioso. Yo estaba completamente decidido a no volver a cruzar una palabra con ninguno de vosotros... Y sin embargo, aquí estamos todos ahora, como los mejores amigos del mundo. Tú te has portado mejor que yo, John.

A partir de aquel momento las cosas marcharon como habían marchado antes. «Dopey», por supuesto, siguió en la casa. Michael se recobró rápidamente del susto sufrido al volcar su cochecito. En realidad, no se había hecho mucho daño, afortunadamente. El gatito de Annette crecía con bastante rapidez. La niña se asomaba todos los días al cesto de «Socks» preguntándose cuándo se atrevería a pedirle a su padre que le permitiese llevárselo a su casa.

Había decidido no decirle nada a su madre. Pensaba que ella le contestaría inmediatamente con una rotunda negativa. Pero a su padre le agradaban los animales. Lo único que podía disgustarle a él era que hubiese prescindido de su madre, solicitando su permiso directamente.

Por fortuna, se aproximaba el día de su cumpleaños. En una fecha tan señalada, los demás le preguntaban siempre qué era lo que deseaba para complacerla. Su padre le haría la pregunta de costumbre, desde luego. Y entonces, ella le hablaría de su

gatito.

Cierta mañana, el señor Carlton abordó a su pequeña, diciéndole:

—Bueno, Annette... Pronto cumplirás los seis años. ¿Qué quieres que te regale papá para el día de tu cumpleaños?

—Hay algo que deseo tener muy especialmente —repuso Annette.

Su padre sonrió.

—¿De qué se trata? ¿De una nueva muñeca?

—No. Es algo mucho, mucho más bonito —replicó Annette—. Además, papá, no va a costarte ningún dinero. Es una «cosa» que de verdad quiero tener...

—¡Habla ya de una vez! ¿Qué es? —preguntó el padre, picado ya por la curiosidad.

La madre de Annette sonreía también, preguntándose por qué motivo solicitaba aquello la chiquilla con tanta seriedad.

—Quiero un gatito —manifestó Annette, muy grave—. Uno de los hijos de «Socks», el que es exactamente igual que su madre. Bidy me ha dicho que puedo llevármelo cuando lo desee y la señora Taggerty no se opone a que ella me lo regale. ¿Puedo traérmelo, papá?

—No sé por qué no has de traértelo —contestó el señor Carlton.

Los tres hermanos lanzaron unos gritos de júbilo. Annette se arrojó a los brazos de su padre.

—¡Papá! ¡Oh! ¡Te quiero mucho! El gatito se llamará «Piesblancos». Prepararé un cestito para él.

La madre de Annette no dijo nada. No quería ver ningún gato por la casa, pero ¿cómo iba a provocar el enojo de su pequeña Annette después de haber dado su padre el debido consentimiento? ¡Ay! Aquellos Taggerty estaban en el fondo de todo problema últimamente.



Annette salió disparada en busca de Bidy. Las dos niñas le hablaron a «Socks» y la gata las escuchó atentamente, al parecer.

—Cuidaré bien de tu gatito, «Socks» —le dijo Annette—. Puedes confiar en mí. Querré mucho a tu hijito y no le faltará nada. Lo cuidaré tan bien como pudieras cuidarlo tú.

Tras aquel episodio ya no hubo más riñas. Los miembros de las dos familias se

respetaban mutuamente. Había cierto afán de imitación mutua, asimismo. El señor Carlton comprobó, satisfecho, que John era un chico más normal. Margery no se asustaba ya al ver a «Dopey» e incluso accedió a echar un vistazo a los ratoncitos. Annette respetaba y admiraba a Pat, quien había sabido reprenderla a tiempo y corregir algunos de sus defectos, como hiciera con Bidy en su día.

Annette no podía ser tachada ya de soplona y solamente lloraba cuando los otros no estaban presentes. No presumía de nada delante de los Taggerty, tornándose en verdad una niña muy agradable.

Los Taggerty copiaron muchas de las cosas de los Carlton. Sus modales eran mejores; ya no pensaban que decir embustes fuese un recurso recomendable, si bien se les escapaba alguna mentira que otra de vez en cuando. Pat se mostraba más afable con Bidy y Maureen, pensando en la manera de conducirse de John con sus hermanas. El señor Taggerty y el señor Carlton observaban satisfechos los beneficiosos efectos que proporcionaban a sus hijos, aquellas influencias mutuas.

—¡Son tan diferentes estos chicos! —exclamó el señor Taggerty—. Tus hijos tienen unas maneras muy suaves comparadas con las de los míos. Los tienes muy bien educados, Peter, y veo en ellos unos chiquillos de ideas equilibradas. Los míos son una partida de bribonzuelos... ¡Oh! Lo sé muy bien. Su madre, siempre muy ocupada, no ha podido ocuparse de ellos debidamente. Ha estado muchas veces enferma... Ahora mismo, pese a su aspecto, no se encuentra muy fuerte.

—Tienes unos hijos preciosos, amigo mío —repuso el señor Carlton, muy cordial—. A los míos les ha hecho mucho bien tratarlos. John, especialmente, me tenía preocupado... Vivía, no sé..., demasiado apegado a las faldas de su madre. Ahora es distinto; hábale tan sólo de encaramarse a lo alto de los árboles, de dar largos paseos, de correr con los tuyos... Sí. Mi chico ha cambiado una enormidad, para bien suyo y de todos.

Los dos padres se reunían a menudo para tomar el té juntos y charlar de los años de juventud, de cuando eran condiscípulos. La señora Taggerty y la señora Carlton, por su parte, se hicieron buenas amigas.

A la señora Carlton le gustaba cada vez más la señora Taggerty, mujer muy sencilla, de natural afectuoso, muy viva. Sus hijos demostraban quererla de veras, aunque en ocasiones tenían sus fallos, desobedeciéndola.

La señora Taggerty admiraba, por su parte, a la señora Carlton, siempre muy limpia y aseada, siempre bien vestida. Suspiraba al considerar lo bien que había podido educar a sus hijos y reconocía que sus chicos tenían que mejorar mucho para que pudiesen compararse con los Carlton.

—Supongo que soy yo la culpable de tal estado de cosas —dijo a la señora Carlton—. La verdad es que ha sido inevitable, pues yo he estado enferma con cierta frecuencia y los chicos cuando disfrutaban de una libertad excesiva se vuelven unos golfillos. Los míos no distinguen entre el domingo y el lunes...

—Bueno, eso tiene arreglo nada difícil —contestó la señora Carlton—. Los

domingos nos acompañarán a nosotros en nuestra visita a la iglesia. Además, asistirán a la escuela dominical, por la tarde. Ya verá cómo acaba gustándoles...

—Mis hijos no harían eso si yo se lo ordenara —se lamentó la señora Taggerty—. Tendrán que aprender a rezar, y otras cosas que debieran saber ya... creo que son unos pequeños paganos.

Era esto lo que pensaba precisamente la señora Carlton. ¡Una pena, realmente! Bueno, había que reconocer que en ciertos aspectos el ejemplo de sus hijos no había calado mucho en los vecinos.

—Ya verá usted, señora Taggerty, como dispone, de aquí en adelante más tiempo. ¡Así podrá ocuparse de Michael! —dijo la madre de John, levantándose—. Margery les echará una mano. Quiere mucho al pequeñín. Adiós, señora Taggerty. He pasado un rato muy agradable tomando el té con usted.

Un reto

La cueva del árbol, el estanque y el cenador eran sitios ideales para jugar. La primera podía ser una gran tienda india, una cueva normal situada en una verde montaña, una casa y muchas otras cosas más. El estanque podía ser el mar, o un gran lago. En realidad, jamás era un estanque a los ojos de los chicos. El cenador podía ser tomado por una vivienda, tienda, escuela, castillo y medio centenar de cosas más.

Para los Carlton, el jardín de los Taggerty era un lugar perfecto, donde se podía jugar a lo que se presentara. La madre de aquellos jamás comprendería por qué lo preferían al propio.

—Nuestro jardín es mucho más bonito —decía—. Está lleno de flores, cuidadosamente ordenadas, los senderos están bien trazados, el césped está siempre bien cortado. ¿Por qué os empeñáis en pasaros la vida en el de los Taggerty?

—¡Oh! —Exclamaba John—. El suyo es mucho más interesante. Sin embargo, mamá, ahora vamos a ayudar al señor Taggerty en la tarea de arreglar la parte más cercana a la casa. Ha solicitado nuestra colaboración. Pat y sus hermanas podrían echarle una mano, pero no están dispuestos a hacerlo.

Aquello resultaba curioso. Pat, por ejemplo, no tenía inconveniente en jugar a los pieles rojas hasta quedar rendido, ni en perseguir a sus compañeros de juego por el jardín hasta el agotamiento. En cambio, estaba siempre fatigado cuando se trataba de poner un poco de orden allí, o de llevarle algo a Bridget, o de ayudar en cualquier trabajo a su madre.

No le importaba dar en compañía de «Dopey» interminables paseos, pero sentía una invencible pereza a la hora de llevar al correo unas cartas. Estaba en todo momento dispuesto a encaramarse a los árboles del jardín, uno tras otro, pero era incapaz de llevar al cochecito de Michael a la acera de la calle y volver, en un cortísimo paseo.

Claro que esto último era lo de menos, ya que Margery se encontraba constantemente a mano a tales efectos. Por Michael se hallaba dispuesta a hacer lo que fuese. La señora Taggerty decía a menudo que hubiera dado cualquier cosa por que fuese su hija. Su ayuda le era de extraordinaria utilidad.

—¿Es que no quieres a Michael? —preguntó Margery a Maureen—. Nunca haces nada por el bebé.

—¡Oh, sí! Lo quiero mucho —repuso Maureen—. Pero es que me aburro con él. Mientras duerme, una tiene que estarse quieta a su lado. Y luego, eso de empujar su coche e ir para arriba o para abajo...

—Si no estás dispuesta a no hacer nada por tu hermano es que no le quieres —declaró Margery—. Yo creo que eres más bien egoísta. Pero, bueno, eso no importa, ya que gracias a tu actitud puedo pasar muy agradables instantes con el bebé.

«Dopey» llegó corriendo en aquel momento. Era, probablemente, algo estúpido el perro, pero, estúpido o no, parecía haber comprendido a la perfección que resultaba

una imprudencia peligrosa dar saltos en las proximidades del cochecito de Michael. Solía quedarse quieto nada más acercarse a él, abatiendo su enorme rabo. Habíase interesado mucho por los gatitos de «Socks», llevando varios arañazos en el hocico, que le hiciera «Socks», escamada por tanta curiosidad.

Annette mostrábase impaciente porque su gatito no crecía con la rapidez que ella deseaba. Tuvieron que pasar doce días para que el menudo animal abriera los ojos.

—¡Doce días, nada menos! —exclamó la niña—. Yo creí que se iba a quedar ciego para toda la vida. «Piesblancos» tiene los ojos azules, como todos los miembros de la familia Taggerty.

Estaba ansiando hacerse cargo del gatito. Su madre habíale dicho que el animal tenía que habituarse a ciertas cosas antes de pasar a sus manos y que si le ensuciaba la casa al final no le permitiría retenerlo allí. Annette era pues, la primera interesada en que «Piesblancos» se condujera en todo, de forma debida.

—Espero que sea un gato con buenos modales —le dijo a Margery—. Claro que no podrá aprender éstos de los Taggerty. Pat y sus hermanas me gustan, pero sigo pensando que son muy sucios, muy desordenados... Me desagradan, además, las jugarretas que le hacen a la pobre Bridget.

—Es posible que «Socks» enseñe a tu gatito lo que ha de hacer para mantenerse en todo momento limpio —sugirió Margery—. «Socks» ha sido siempre una gata muy curiosa. A mí me gustaría, Annette, que nosotros pudiéramos comprar un bebé también, un bebé muy pequeño, que tardara mucho tiempo en crecer. Si Michael continúa engordando como hasta ahora, dentro de poco no me será posible tenerlo en brazos.

John no podía ponerse a la altura de Pot. Le agradaba trepar a lo alto de los árboles y cruzar el río, pero no secundaba a su camarada de juegos en sus empresas más atrevidas.

—Tú eres más corpulento que yo —le dijo a Pat un día—. Y más fuerte también. Si intento imitarte en todo acabaré quebrándome una pierna, por ejemplo. ¿Qué gano con eso?

Cierta tarde, Pat invitó a John a ponerse de un salto en la orilla opuesta de una corriente de agua que cruzaba el prado, a poca distancia de sus casas. John estudió el cauce. Tenía bastante profundidad y anchura por el punto en que se encontraban, llevando además abundante agua.

—Tú tampoco podrías dar ese salto —dijo John a Pat—. Atrévete tú primero y luego me desafías, si quieres.

—Para mí no hay nada más fácil. ¡Fíjate!

Pat retrocedió unos pasos, apreciando de un vistazo la anchura del cauce. Luego, echó a correr y saltó, logrando plantarse en la otra orilla sin novedad.

—¡Un salto perfecto! —comentó John.

—Ya habrás visto que yo soy capaz de hacerlo —gritó Pat, con aire triunfal—. ¡Oh! Aquí viene «Dopey». También él lo hará... ¡Muy bien, «Dopey»! Eres más

valiente que John. Él no se atreve a intentarlo.

—No es eso —protestó John—. Es que yo estoy convencido de que no puedo hacerlo. Me imagino que acabaré cayendo al agua, poniéndome como una sopa. Me ganaré una buena reprimenda de mis padres y no me permitirán que salga más contigo. No es que yo no me atreva. Si tanto interés tienes en que salte por encima de la corriente de agua, vámonos a un sitio de menor anchura.

Pero Pat siempre había sido un chico obstinado.

—No. Tienes que saltar desde aquí. Dices todo eso porque tienes miedo. Siempre pensamos que eras un poco melindroso, pero ahora creo que te pasas de la raya... ¡Bah!

John se ruborizó intensamente. Estudió de nuevo el cauce... No. Era inútil. No podría dar aquel salto. Bueno, le daba igual. Pat podía pensar lo que se le antojara. Dio media vuelta y se encaminó a su casa, muy serio.

Pat se echó a reír.

—¡Vaya cara que llevas! Si te presentas en tu casa así se os cortará la leche y se os volverá la mantequilla rancia.

—¿Quieres dejar de decirme si me atrevo a hacer esto o si me atrevo a hacer lo otro? —replicó John, furioso—. Tú no tienes idea de la diferencia que hay entre ser temerario y ser sensato. Es lo que te pasa a ti... ¿Por qué he de darme un baño forzosamente? ¿Sólo para que tú lo pases bien? Esto no tiene nada que ver con mi valentía o mi falta de valor. Tú sabes que podría mostrarme valeroso si se presentara tal necesidad. Me imagino que tú te juzgarás valiente ante lo que se te ponga por delante, sea lo que sea, y que crees no tener miedo a nada.

—A mí no me da miedo nada, efectivamente —proclamó Pat, orgulloso.

Los chicos emprendieron juntos el regreso, John dijo pocas cosas por el camino. Intentaba poner mejor cara, no aparecer enfadado, pero le costaba trabajo salirse con la suya. Pat hablaba interminablemente, gastaba bromas. Los dos amigos se separaron frente a la puerta de los Taggerty. John se dirigió a su casa.

Después del té, él y Margery bajaron al jardín para jugar en el un rato. Annette se unió a sus hermanos.

—¿Queréis que nos pasemos al otro jardín? —preguntó la pequeña.

John hizo un movimiento de cabeza denegatorio.

—No. Hoy jugaremos aquí para variar.

Al otro lado del muro, los Taggerty andaban metidos en algo muy movido, utilizando una bola de cricket. Proferían gritos y risas... Finalmente, se oyó un golpe seco...

—¡Uf! —exclamó John—. Su pelota ha ido a para al invernadero de los Johnson.

Los tres hermanos prestaron atención... En el jardín de los Taggerty se había hecho un profundo silencio. No se oía una sola palabra, una sola risa.

—Han huido todos al interior de la casa —declaró John—. Seguro que la señorita Johnson se pondrá hecha una furia. Siempre se está quejando de los Taggerty.

Los chicos oyeron rumores de pasos en el jardín de los Johnson y a continuación una exclamación irritada. La señorita Johnson se inclinó sobre un cristal roto, cogiendo la bola de cricket, que estaba entre sus pepinos.

Habiendo divisado a los Carlton, les preguntó:

—¿Es vuestra esta bola? ¿Fuisteis vosotros quiénes rompieron un cristal de mi invernadero?

—No, señorita Johnson —respondió John, inmediatamente—. No fuimos nosotros.

—¿Quién fue entonces? —chilló la mujer—. En el jardín de los Taggerty no hay nadie, al parecer. ¿Visteis vosotros a esos chiquillos arrojando esta bola a mi jardín?

—No, señorita Johnson —replicó John.

Sentíase algo inquieto. No podía delatar a sus vecinos. Pensó que hubieran debido dar la cara en aquellos instantes.

Inesperadamente, se presentó por allí Pat. Caminaba por el jardín, silbando tranquilamente, con las manos en los bolsillos. La señorita Johnson se dirigió ahora a él.

—¡Pat! ¿Es tuya esta bola?

Pat se detuvo, mirando a la mujer sorprendido.

—¡Oh, no! No es nuestra, señorita Johnson. ¿Dónde la encontró?

—En mi invernadero —manifestó ella, con expresión sombría—. Alguien la arrojó por encima del muro, rompiendo uno de los cristales. ¿Seguro que no fuiste tú?

—Completamente seguro, señorita Johnson —manifestó Pat, adoptando un aire de completa inocencia—. Siento que le haya pasado eso. ¿Quién ha podido tirarla?

La señorita Johnson dio un resoplido, entrando en su casa llevándose la bola. Pat miró por encima del muro, sonriendo.

—¡Vaya! Menos mal que echamos a correr a tiempo —dijo.

John se le quedó mirando fijamente.

—Voy a retarte a hacer una cosa —dijo, frío y desdeñoso a un tiempo—. Te reíste de mí porque no quise saltar de una orilla a otra de aquella corriente de agua. Lo cierto era que yo no podía hacer eso. Ahora te desafío a hacer algo que sí está en tu mano llevar a cabo... Pienso que te dará miedo y entonces me reiré de ti. Mejor dicho: nos reiremos todos de ti.

—Acepto el reto —contestó Pat, inmediatamente.

—Muy bien. ¿A que no vas en busca de la señorita Johnson para decirle que fuiste tú quien rompió el cristal de su invernadero? —dijo John—. ¡Adelante! ¡Atrévete a hacer eso!

Pat se quedó muy perplejo.

—Ése es un desafío tonto —manifestó.

John no le dejó seguir hablando.

—Nada tiene de tonto, verdaderamente. Quiero hacerte ver lo cobarde que eres. No te atreves a dar la cara después de haber cometido una mala acción. Eso revela

más cobardía que cuando uno no se atreve a saltar por encima del cauce de una corriente de agua que se sabe excesivamente ancho. Tú no tienes nada de valiente, Pat. Eres capaz de encaramarte a la copa de un árbol y de saltar de una orilla a otra de un río, pero no te atreves a dar la cara cuando es preciso. ¡Cobarde! Me siento avergonzado de ser tu amigo.

John dio media vuelta, echando a andar por el jardín, en compañía de sus hermanas. Las dos chicas estaban de acuerdo con él. No acertaban a comprender por qué Pat se comportaba tan cobardemente en un asunto como aquél mostrándose en cambio tan valiente en otras cosas.

Pat se quedó inmóvil unos instantes, reflexionando. Al principio se enfadó. Luego se ruborizó. Veía que John estaba en lo cierto. Le daba miedo enfrentarse con la realidad. Siempre le había pasado lo mismo. Y Maureen y Bidy eran como él.

John se hacía invariablemente responsable de sus acciones, incluso cuando se exponía a ser castigado. Era valiente, en realidad. De pronto, Pat se sintió avergonzado de sí mismo. Apresuróse a entrar en su casa. De la cajita en que guardaba su dinero extrajo los diez chelines que le habían dado por su cumpleaños. Seguidamente, salió a la calle, encaminándose a la vivienda de la señorita Johnson. Llamó. Tenía que hacer esto aprovechando su buena disposición de aquel momento, aprovechándose de que todavía se sentía avergonzado. Si dejaba pasar unos minutos se exponía a cambiar de idea.

Abrióle la puerta de la señorita Johnson, quien hizo un gesto de sorpresa al verle.

—Señorita Johnson: fui yo quien rompió el cristal de su invernadero. Siento mucho haberle dicho antes lo contrario —declaró Pat, hablando atropelladamente—. He venido a pagárselo...

Arrojó el dinero que llevaba preparado a las manos de la mujer y se alejó de allí corriendo. Bien. Había sabido dar la cara. Habíale costado un trabajo tremendo, pero lo acababa de hacer. Una vez en su casa, salió al jardín. Acercándose al muro, gritó:

—¡John! ¡Ven en seguida! ¡Quiero hablar contigo!

John acudió al oír sus voces. Su expresión continuaba siendo de desdén.

—Acepté tu reto —manifestó Pat, sonriendo repentinamente—. Fui en busca de la señorita Johnson para decirle que antes le había mentado. De mis ahorros, he sacado el dinero necesario para que ponga un cristal nuevo. Ya no tienes por qué avergonzarte de mí, John. Y esto no volverá a suceder. Tenías razón en todo lo que me dijiste.

—Eres un chico estupendo, de veras, Pat —replicó John, casi emocionado, dando una palmada a su amigo en la espalda—. Reconozco tu valor. Bueno, siempre te he tenido en realidad por un valiente. ¿Sabes en lo que estoy pensando? Te lo diré: voy a intentar ese salto que me propusiste. Me siento con fuerzas para llegar a la otra orilla, casi...

La vuelta al colegio

—Sólo faltan dos días para que volvamos al colegio —dijo Pat, sombrío.

Se había colocado a horcajadas sobre la rama de uno de los árboles de su jardín, columpiándose. John se encontraba sentado, a su lado.

—Pues a mí me gusta ir al colegio —contestó el último—. Tú vendrás al mío, ¿verdad, Pat? Espero con ilusión el paseo de cada mañana. Ahora, tendrás que asearte y te prevengo que nuestro profesor se pone hecho una fiera nada más que vernos, por ejemplo, andando con las manos en los bolsillos.

—Tu colegio parece ser tan desagradable como el que dejé —gimió Pat—. Odio los colegios. Siempre tienes que hacer en ellos lo que te manden, estarte quieto y en silencio, aprender cosas que no te gustan y...

—Si te ponen a mi lado te ayudaré —prometió John.

Sospechaba que Pat era un chiquillo perezoso y difícil entre las paredes del colegio. Probablemente, se mostraría descarado, cosa que el señor Pots, el profesor, no encajaría nada bien. Lo más seguro era que la mayor parte de los días se quedara sin recreo, solo en la clase, condenado a escribir «Yo debo ser cortés», cien o doscientas veces.

—Lo único que me gusta de ese nuevo colegio —declaró Pat—, es el recreo y el fútbol. Y la verdad, no creo que para eso haga falta ir a ninguno. Yo lo que quisiera es embarcar y hacerme marino.

Era éste uno de los deseos más arraigados en Pat y aludía a él siempre que tenía que enfrentarse con cosas que no eran de su agrado. John se echó a reír.

—De marino pasarás muchos más apuros que yendo al colegio, estúpido. Tendrás que aguantar golpes de mar, obedecer las órdenes que te den... ¡Hombre! Aquí llega Maureen. Y también Margery, con el bebé, como de costumbre. Está loca por ese pequeñín.

—Sí. No me lo explico —dijo Pat, columpiándose tan violentamente que John perdió el equilibrio, yendo a parar al suelo—. ¡Eh, Margery! ¿No puedes dejar a Michael, aunque sea sólo por un momento?

—Dentro de dos días tendré que separarme de él —repuso Margery, entristecida—. He de volver al colegio. Maureen y yo iremos al mismo centro, que es lo que a ti y a John os pasará también... Bidy y Annette se dedicarán a jugar y no habrá nadie que haga compañía al pobre Michael.

—Tendrá a «Dopey» —contestó Pat. El perro se acercó a ellos corriendo, nada más oír su nombre—. No me importaría esto de tener que ir al colegio si el profesor me dejara en la clase con «Dopey». Es lo que intenté conseguir en el colegio anterior, pero el profesor se quejó. El perro se pasaba luego las mañanas atado a algún poste.

«Dopey» empezó a dar saltos sin ton ni son y Margery manoteó un poco para que no se aproximara a Michael. Ahora ya no le daba miedo «Dopey». Habíase acostumbrado a él y a sus extravagancias. Seguían desagradándole sus ladridos. En

cuanto a John, estaba de acuerdo con Pat en que «Dopey» era el mejor perro del mundo.

Llegó Annette, que saltó por el muro. Ya no vestía como antes, como cuando daba la impresión de estar preparada siempre para asistir a una fiesta. Su madre le había comprado unas cuantas prendas corrientes que eran las que se ponía para jugar en el jardín. De esta manera iba más adecuadamente vestida para lo que se presentara.

—¡Hola! —saludó a todos—. Mi madre ha estado preparando las invitaciones para el día de mi cumpleaños. Ha hecho muchas... Una de ellas, desde luego, es para vosotros, Pat, Maureen y Bidy.

Pat y Maureen no dieron muestras de gran entusiasmo ante aquella nueva. No les agradaban las celebraciones en las cuales había que presentarse de punta en blanco.

—¿Cuándo será eso? —inquirió Pat.

—El miércoles próximo —respondió Annette—. Dice tu madre que para entonces ya podré llevarme al hijo de «Socks», porque estará en condiciones de separarse de su madre. Seguro que no habrá entre todos los que reciba un regalo mejor que «Piesblancos».

A Margery le gustaban muchísimo las fiestas de cumpleaños.

—Habrá helados, dulces, mermeladas y un gran pastel con seis veías —anunció—. Será una fiesta estupenda.

—Esa parte de ella sí que me gusta —contestó Pat—. Supongo que del colegio iremos a tu casa, ¿no, John? No dispondremos de tiempo para asearnos, para cambiarnos de ropa.

—Del miércoles tenemos libre la mitad del día —manifestó John—. Dispondremos de tiempo de sobra para arreglarnos.

—Yo quisiera que viniese Michael —dijo Margery.

—Go-go... —Hizo Michael, fijando los ojos en las verdes hojas que se movían sobre su cabeza.

—No estará allí —declaró Pat—. Te pasarías todo el tiempo haciéndole carantoñas de no ser así y acabarías por no participar en ninguno de nuestros juegos. Lo estás malcriando. Después, cuando sepa andar y hablar, me costará mucho trabajo ponerlo en condiciones...

—No tienes por qué ponerlo en condiciones, como tú dices —contestó Margery fieramente, abrazando al bebé.

—Tendré que enseñarle algunas cosas, ¿no? —insistió Pat—. ¡Vaya un hermano mayor que sería si no lo hiciese! He de impedir que sea un mojigato, un estúpido, como lo fue antes John.

Éste, por todo comentario, dejó oír una risita.

—Bueno, ¿a qué jugamos? —preguntó—. Será mejor que aprovechemos todo el tiempo libre que nos queda mientras no llega el día de volver al colegio.

Jugaron a los piratas, armando un terrible alboroto. Los que más disfrutaron fueron «Dopey» y Annette. Cuando los chicos se tiraban al suelo, el perro saltó

espectacularmente sobre ellos, lamiendo, complacido, rostros, manos y brazos.

—Debiéramos tener a mano una toalla cuando «Dopey» participa en nuestros juegos —sugirió John, secándose la cara con su pañuelo—. A mí me da la impresión de tener la lengua en remojo siempre nuestro buen «Dopey». ¡Quieto, «Dopey»! Si te empeñas en seguir lamiéndome la cara te encerraré en el cuarto de las pilas.

El perro dio un resoplido que habría podido interpretarse por una contestación: «¡Embustero!». Sabía que ninguno de sus jóvenes amigos lo encerraría jamás en ningún cuarto, que ni siquiera llegaría nadie a atarlo. Solamente las personas mayores eran aficionadas a hacerle eso.

El colegio abrió sus puertas dos días más tarde. Pat y John se pusieron en camino juntos. Pat aparecía más aseado que de costumbre. Había estrenado un traje incluso. Nunca había ido tan bien peinado. John lo observó con detención.

—No pareces tú, Pat —confesó—. ¿Es esto obra de tu madre?

—Sí. Se está volviendo como la tuya y anda ahora muy ocupada viendo si llevamos las manos limpias, si nos hemos limpiado los dientes, si tenemos nuestras ropas en orden —manifestó Pat, disgustado—. Antes no hacía nada de eso.

Maureen salió en compañía de Margery. Pero ésta fue asignada a una clase inferior. A Pat le ocurrió lo mismo con respecto a John. Ahora estarían separados.

—A papá le disgustará saber que no estamos en las mismas clases que tú y Margery —gruñó Pat en cierto momento, durante el recreo—. Como él es un hombre inteligente, cree que nosotros también debemos serlo, y ahora se desengañará.

—Podrás pasar a mi clase fácilmente si trabajas con firmeza —repuso John—. Hay ciertas cosas en las que tú demuestras ser más listo que yo. Y en las clases de gimnasia y en lo tocante a los juegos, la verdad es que andas muy delante de mí.

Esto era cierto. Pat se convirtió pronto en una de las figuras del equipo de fútbol. Era un jugador fuerte, rápido, de buenas piernas, que no tenía miedo a nada. John se desenvolvía bien, pero resultaba demasiado precavido para poder aspirar a un puesto de primera fila. Su prudencia le hacía desperdiciar excelentes ocasiones de lucimiento. No obstante, había mejorado, especialmente porque trataba de imitar las facultades de Pat, en lo tocante a su arrojo, sobre todo.

A Maureen no le cayó nada bien quedar en el colegio por debajo de Margery.

—No sé por qué ha de ser esto así. Estoy segura de poder hacer lo que tú. Entonces, ¿por qué te han puesto en una clase superior? Eres la más joven de tu clase. Nunca hubiera podido pensar que estás tan bien dotada.

—No es que sea muy inteligente, si es eso lo que piensas —contestó Margery, modestamente—. Es que mi madre me ayuda siempre en las tareas que hago en casa, explicándome todo aquello que no comprendo, indicándome cómo debo desenvolverme. Ésta es la razón de que haya ido adelante...

—Mi madre no ha hecho nunca tal cosa —replicó Maureen—. Ella no se ocupa de nosotros como hace la tuya contigo. A veces creo que es una gran ventaja disponer de tanta libertad..., pero hay ocasiones en que preferiría que mi madre me aconsejase.

Bueno, la verdad es que no puedo importunarla, por ejemplo, con esas terribles sumas que nos ponen para hacer en casa. Papá, por otro lado, no dispone de tiempo. Con todo, me molestaría que los demás anduviesen siempre sobre mí.

Margery no formuló ningún comentario. Ni ella ni John querían que fuese comparada su madre con la de los Taggerty. La querían mucho y eran unos hijos fieles, si bien habrían dado lo que fuera por que los dejase un poco en paz. Habíanse encariñado, por otra parte, con la señora Taggerty y ansiaban secretamente que sus hijos se condujesen con ella de una manera menos egoísta y ruda.

—No levantarían un dedo por ella —dijo John una vez a Margery—. Cualquiera pensaría que no la aman.

—Más de una vez he puesto en duda que la quieran —declaró Margery—. Cuando se ama a una persona, ¿cómo puede ser una tan dura con ella? Por ejemplo: ayer se ausentó Bridget y Maureen se negó a poner la mesa, como le había pedido su madre. Echó a correr hacia el jardín. Yo estaba allí y pude ver lo que ocurrió. Y luego, me choca mucho la manera que tiene la señora Taggerty de tratar a sus hijos. En ocasiones, pierde la paciencia y les da de bofetadas hasta que se cansa; otras veces, en cambio, no les dice absolutamente nada, hagan lo que hagan.

—No creo que ellos amen a su madre —opinó John—. Tampoco demuestran sentir mucho cariño por su padre. A mí, Pat, Maureen y Bidy me son muy simpáticos y les estoy agradecido porque me dejan disfrutar de la compañía de «Dopey» y de «Socks». Disfruto mucho también con los juegos que organizan, pero hay que reconocer que sólo piensan en sí mismos, despreocupándose de todos los demás.

—No son cristianos en realidad —sentenció Margery—. Oí a mamá decir eso a la señora Wilson. Y la señora Wilson agregó que eran unos pequeños paganos, que no rezaban nunca por la noche al acostarse.

—Bueno, probablemente, por lo que respecta a Pat, yo no podré hacer nada —dijo John—. Ahora bien, ¿por qué no tratas de ayudar a Maureen y a Bidy en ese sentido? Serías entonces como una misionera, Margery. No querrás que Michael sea también un pequeño pagano, ¿eh?

—No, por supuesto que no.

Margery se había expresado con entera sinceridad. Había planeado explicar al bebé muchas cosas cuando fuese mayor. Le pondría al corriente de los hechos recogidos en la Biblia, repitiendo la experiencia de su madre con ellos. Y si la señora Taggerty no le enseñaba las primeras plegarias, ya se encargaría ella de eso.

No contó nada de eso a nadie. Sabía que Pat se reiría de ella, llamándola beata. Pero ella, verdaderamente, no tenía nada de eso.

«Sin embargo, tengo que hacer lo posible para que Michael no me considere el día de mañana pesada», pensó. «Nuestra madre, sin darse cuenta de ello, lo ha sido. Ha andado siempre empeñada en conseguir que fuésemos unos seres perfectos. He de actuar con gran prudencia».

Pat y Maureen se acostumbraron a su nuevo colegio. A Maureen le gustó éste de veras. En el anterior lo había pasado mal porque no supo nunca cómo comportarse, habiendo sido una chica brusca, de pésimos modales, mirada con disgusto por los profesores y por los condiscípulos. Pero ahora se desenvolvía mejor y le agradaba conquistar las simpatías de los demás.

Pat lo pasaba muy bien en el gimnasio y en el campo de fútbol, pero gruñía al enfrentarse con sus obligaciones escolares. Daba de lado sus tareas y se negaba a aceptar la ayuda que John le ofrecía.

—No... Es igual. A mí lo que me importa es figurar en el equipo de fútbol. Lo demás me tiene sin cuidado.

—Es que tu padre se pondrá furioso si le llevas el boletín con malas notas —le recordó John.

—Bueno, si se hubiera tomado la molestia de guiarme, como ha hecho el tuyo contigo, nada más empecé a ir al colegio, ahora no sé me darían tan mal las clases —repuso Pat—. Y basta de sermones, John. ¿Me viste el otro día subir por la cuerda hasta el techo, en la sesión de gimnasia? Os parecería un mono en aquellos instantes.

—¡Es verdad! —confesó John, sinceramente admirado.

—Y eso es lo que tú eres —manifestó Maureen, inesperadamente—: ¡un mono!

El cumpleaños de Annette

La fiesta organizada por los padres de Annette con motivo del cumpleaños de su hija constituyó un rotundo éxito. Veinte niños se presentaron en la casa, cada uno de los cuales ofreció un regalo a la pequeña. Annette no cabía en el pellejo de gozo. Estaba muy satisfecha y orgulloso. Había estrenado un vestido de seda azul, con un delicioso cinturón. Los calcetines y los zapatos estaban de acuerdo con su atuendo.

—¿Verdad que estoy muy guapa? —preguntó, danzando graciosamente ante Maureen, que acababa de llegar a la casa en compañía de Pat y Bidy—. ¿Os gusta mi nueva falda?

—Es horrorosa —declaró Pat inmediatamente.

Annette se quedó parada.

—¿No habrás dicho eso en serio, eh?

—Bueno, lo cierto es que me pareces horrible al verte así, pavoneándote ante todo el mundo, dejando ver a los demás lo vana que eres —contestó Pat, muy serio.

Pero Annette ya no le escuchaba. Dos meses atrás, al oír aquellas palabras, se hubiera echado a llorar. Pero ahora aguantaba mucho, era más sensata. Con todo, a partir de aquel instante, dejó de exhibirse ante sus amigos, si bien continuó atendéndolos con la misma cortesía.

Fue una fiesta preciosa. Hubo globos y pastas en abundancia. Los chiquillos jugaron a todo lo imaginable. La merienda fue exquisita. Annette, sin embargo, tan grande era su excitación, apenas pudo comer nada.

—Siempre le pasa lo mismo en las fiestas de cumpleaños —explicó Margery a Bidy, que engullía todo lo que le ponían delante. No es necesario que lleves tanta prisa, Bidy. Hay tiempo de sobra para comer y las galletas y los dulces no van a agotarse. Pareces un pavo tragando de esa manera. A ver si te pones mala.

—Prefiero ser así y no como Annette, que se emociona tanto en las fiestas de cumpleaños que acaba por no probar nada —declaró Bidy—. ¡Qué manera de desaprovechar las ocasiones!

Fueron encendidas las velas del pastel de cumpleaños. Eran muy bonitas. Había dos verdes, dos rojas, uno rosada y otra amarilla. Annette cortó el pastel, para lo cual su madre fue guiando su mano. Muy pronto, cada uno de los presentes tuvo un trozo en su plato. El pastel tenía un sabor delicioso. A Pat y a Bidy les correspondieron dos. Maureen habría querido saborear una segunda ración, pero no podía más...

—¡Qué modales los de los Taggerty! —exclamó una de las vecinas que habían estado ayudando a la madre de Annette—. Se están despachando a gusto, desentendiéndose de todos los demás.

—Sí, pero la verdad es que han mejorado mucho —respondió la señora Carlton—. Al principio de su llegada aquí estaban imposibles. Creo que mis hijos han influido beneficiosamente en esas criaturas. Lo que más me molesta de ellos es su despego por las cosas de la Iglesia. Me gustaría que asistieran a la escuela dominical

con mis chicos y me he ofrecido para llevarlos a ésta el domingo próximo, por la mañana. La señora Taggerty apenas puede llegar a gobernarlos.

—Es una pena —comentó otra señora—. Porque esos chiquillos son preciosos... Y he oído decir que el bebé es una verdadera monería. Ahora, la otra vecina de los Taggerty, la señora Johnson, no para de quejarse. Dice que son los chiquillos más escandalosos del barrio. Me alegro de no vivir junto a ellos.

Annette cumplía muy bien con su papel de anfitriona. Cuidó de sus invitados atinadamente. La mayor parte de los chicos eran de su edad. La pequeña puso especial empeño en que todos disfrutaran de lo que allí había. Fue muy solícita con sus amigos. Su madre quedó plenamente satisfecha de su actuación.

John estuvo también a la altura de las circunstancias. Se mostró sumamente delicado con las niñas más pequeñas, respondiendo así a lo que su padre le enseñara. Maureen lo vio en el momento de ayudar a una que se había caído a levantarse, dándole otro globo al ver que el primero le había explotado en las manos. Volvió la cabeza en cierto momento y se fijó en Pat, que estaba importunando a una chiquilla. Le había arrebatado el globo que le correspondiera, esforzándose por que quedara fuera de su alcance cada vez que la niña estiraba sus menudos bracitos para alcanzarlo.

Sintió repentinamente una oleada de afecto y simpatía por John, enojándose con Pat.

«¿Por qué ha de ser siempre tan brusco e irritante?», pensó. «Todo el mundo tiene que pensar forzosamente que no sabe comportarse como Dios manda».

Maureen era entre sus hermanos quien más admiraba y quería a los Carlton. Le agradaba muy especialmente John. Era siempre amable con ella, incluso en los juegos más movidos. Nunca le había hecho daño. Pat, en cambio, sí, en muchas ocasiones.

«Se conduce como un caballero», se dijo. «Y Pat no. ¿Por qué? Es posible que todo esto lo aprenda en la escuela dominical, o en la iglesia. ¿En qué otro sitio pueden enseñárselo?».

La fiesta llegó a su fin. A todos se les antojó corta. Como era de esperar, los Taggerty fueron los últimos en marcharse. Y no se hubieran ido de no habérselo recordado con insistencia la señora Carlton. Se acordaron, eso sí, de dar las gracias a Annette por su invitación. Annette abrazó a Bidy.

—¡Gracias por haberme regalado el gatito «Blancospíés»! —dijo la niña, afectuosamente—. Es el más bonito de los presentes que he recibido. Tengo tres muñecas, un cochecito de bebé, libros, juegos, juguetes, que me han traído mis amigos y amigas... ¡Ah! Pero «Blancospíés» ha sido lo mejor. Espero que no eche demasiado de menos a «Socks».

—¡Oh! «Socks» está ya cansado de sus gatitos —manifestó Bidy—. No los trata muy bien cuando se lanzan sobre su cola. Se alegrará de que haya desaparecido uno del cesto. Los otros desaparecerán pronto del mismo también. No, no creo que «Blancospíés» se acuerde mucho de «Socks».

Pero no fue así. «Blancospíes» echaba de menos realmente a su madre, grande, siempre caliente, confortable. Y se acordaba asimismo, evidentemente, de sus hermanos, muy juguetones. Maullaba como si le doliera algo y Annette sufría oyéndole. Después de haberse aseado aquella noche, lo acurrucó entre sus brazos, procurando consolarlo.

—No llores más, «Blancospíes». Yo te quiero. Te cuidaré tan bien como pudiera hacerlo «Socks». ¡No llores! Mamá: quiero llevármelo a la cama. «Blancospíes» no se encuentra aquí a gusto.

La señora Carlton se sintió escandalizada. ¡Llevar un gato a la cama! ¿Cuál sería la próxima novedad? Habíase tenido que violentar para aceptar aquel animal en la casa. Instalar al gato en la menuda y limpia cama de su hija se le antojaba el mayor de los disparates.

—No, hijita. Eso no puede ser.

—¿Ni siquiera hoy, que es el día de mi cumpleaños? —imploró Annette.

—Ni siquiera en el día de tu cumpleaños —repuso la madre con firmeza.

No había más remedio que obedecer.

—Señor: haz que se encuentre bien esta noche —rogó—. Cuida de él. Se dice en la Biblia que Tú ves. Señor, incluso cuando cae un gorrión, y como «Blancospíes» es más glande que cualquier gorrión podrás verlo fácilmente. Te pido, Señor, que lo hagas feliz a mi lado.



Annette se despertó aquella noche, cuando ya todos en su casa estaban durmiendo. Se acordó de «Blancospíes». ¿Estaba llorando todavía? ¿Lo había visto el Señor, consolándolo al verle afligido porque lo habían separado de «Socks»?

Annette se dijo que era necesario echarle un vistazo. Bajó por la escalera, a oscuras, encaminándose a la cocina, donde el gatito había sido acomodado en un pequeño cesto. Abrió la puerta y encendió la luz.

«Blancospíes» estaba con la cabeza bien erguida en su cesto, completamente despierto. Le brillaban mucho los ojos. Maulló dulcemente, a modo de saludo de

bienvenida, saltando al pavimento. Cayó rodando. Era muy pequeño todavía. Se dirigió a Annette y ésta lo cogió.

—¿Te encuentras bien? —le dijo la niña—. ¿Eres feliz? ¿No echas de menos a «Socks»?

Annette se sentó en el cómodo sillón de mimbre de Agnes, acomodando a «Blancospiés» sobre su regazo. «Blancospiés» localizó un botón del camisón de la niña y comenzó a mordisquearlo. Luego, se acurrucó, transformándose en una menuda pelota de pelo. Después de formar aquella especie de tibio nido, se dispuso, seguramente, a dormir.

A Annette le gustaba notar sobre sus piernas el cálido cuerpecito del animal.

—A Margery le gusta tener en sus brazos a Michael —se dijo—, pero yo creo que con un gatito es mejor... No puedo despertarlo ahora. Si lo hago, comenzará a maullar. Me quedaré un rato aquí con él.

Eso hizo y, naturalmente, se quedó dormida también. Por la mañana, cuando Agnes bajó, bostezando, lo primero que vio fue aquel curioso grupo que formaba la chiquilla con «Blancospiés» dormido sobre su regazo. La mujer sonrió.

Despertó a la niña suavemente.

—Vete a la cama, nena —le dijo—. Tu madre verá que no estás en tu habitación cuando entre en ella. ¡Hay que ver! Has pasado toda la noche en compañía de tu gatito.

Annette, todavía amodorrada, se tendió en su lecho. «Blancospiés», completamente espabilado y muy feliz, se dedicó a jugar con la escoba que manejaba Agnes. Después, empezó a ir de un lado para otro en busca de sus hermanos.

El gatito se ganó las simpatías de todos los habitantes de la casa. «Blancospiés» no paraba un momento. Se escondía debajo de todas las camas, se metía entre las piernas de todos. Se quedaba dormido junto a los pies del señor Carlton y a veces corría de un extremo a otro de la vivienda como si se hubiese vuelto loco.

Al señor Carlton se cayó en gracia en seguida.

—De niño tuve un gatito como «Blancospiés» —explicó—. Le llamaba «Bimbo». También tuve un perro de pelo rojo llamado «Sandy». Era un animal muy fiel y cariñoso.

—Papá: yo quisiera tener un cachorro —dijo de repente John.

No sería tan agradable como «Dopey», quizá, pero ansiaba tener un perrito que fuese suyo, a quien cuidar y querer.

El padre, que hacía mucho tiempo que deseaba ver por su casa un perro también, respondió:

—¡Oh! No sé por qué no hemos de tener aquí...

—¡Peter! —exclamó la señora Carlton—. Ya está bien con que tengamos un gato. Por favor, no penséis ahora en un perro además. A continuación tendremos a Margery deseando que, cuanto antes, le proporcionen un loro o algo por el estilo.

—¿Para qué voy a querer yo un loro? —Medió Margery—. De pedir algo, yo

desearía un pequeñín como Michael. Creo que la suerte de los Taggerty es grande al tener ese bebé en su casa.

—¡Vaya! ¡Ya salieron a relucir los Taggerty! —gimió la madre—. ¿Por qué habéis de desear todo lo que ellos tienen?

—¿No podríais regalarme un perro por mi cumpleaños? Oh, mejor por Navidad —dijo John con los ojos muy brillantes—. Navidad queda más cerca... Mamá: no sería ninguna molestia para ti, te lo aseguro.

—Tu perro destrozaría nuestras alfombras, lo tiraría todo, se pasaría el día ladrando, lo destrozaría todo cuando lo dejásemos en el jardín —objetó la señora Carlton.

—John se entristecía.

—Está bien, mamá. No volveré a hablar de mi perro. Compartiré con los Taggerty su «Dopey».

—Bueno, es que «Dopey» podría pasar ya por nuestro perro. Se encuentra aquí a todas horas del día. Ayer se presentó cuando estaba haciendo molde y empezó a jugar con el ovillo de lana... Acabó por tirarme al suelo la labor que tenía entre manos.

Los niños se echaron a reír.

—Pues me habría gustado verlo —declaró Annette—. Bueno, mamá. John no volverá a hablarte de su perro, pero yo te lo recordaré porque sé cuánto ansia tenerlo. No está bien que yo me encuentre tan contenta con mi gato si él no puede tener su cachorro.

La señora Carlton observó, una por una, las cuatro caras, muy serias, que tenía a su alrededor. Su marido aspiró con aire solemne un poco de humo de su pipa. Ella dejó de pronto sobre su regazo la labor de aguja que tenía entre manos, echándose a reír.

—¡Por favor! ¡No me miréis más así! —exclamó—. Parecéis un grupo de «Dopeys» contemplándome con ojos acusadores. Tendrás tu cachorro, John, ya que tonto lo ansias. —Dirigiéndose su marido, agregó—: Ya sé, querido, que te mostrarás encantado ante la oportunidad de disponer de un perro que te haga compañía durante tus paseos.

Hubo un coro entusiasta de voces y gritos. Los tres hermanos se arrojaron a los brazos de su madre, empezando a abrazarla y besarla hasta casi cortarles el aliento.

—Ahora me toca a mí —dijo el señor Carlton, abrazando a su esposa—. Gracias por tu condescendencia, querida. Te prometo que si el perro llega a molestar mucho aquí prescindiremos de él.

—Yo me supongo que antes de que transcurra mucho tiempo —aventuró John, hablando con Margery en voz baja— mamá se aficionará a él. En realidad, le ha tomado cariño ya a «Blancospies».

La chica respondió:

—Es lo que me ha ocurrido a mí. Nunca tuve ilusión precisamente por ver un perro en nuestra casa, pero «Dopey» me ha hecho cambiar de idea. Cuando se sabe lo

que son los perros, es natural que se desee tener uno. Conozco a «Dopey» perfectamente, y aunque a veces se comporta de una manera absurda, me he encariñado con él, John.

John miró, sorprendido, a su hermana.

—Estás cambiando mucho, Margery. Antes, todos los animales te inspiraban un miedo terrible. Ahora parece haber superado eso. Espero tener mi perro por Navidad. ¡Oh, van a ser unas Navidades estupendas!

—También mamá está cambiando —dijo Margery, refiriéndose a la primera parte del discurso de John—. La verdad es que hemos influido mucho en los Taggerty... pero ¡también han influido ellos en nosotros!

En el que suceden muchas cosas

Muchas fueron las cosas que pasaron en el transcurso de la semana siguiente. John sacó el número uno de su clase y su madre estaba muy satisfecha por tal motivo. Pat fue el último de la suya y le prohibieron que se alineara en un partido de fútbol. Esto suscitó su ira.

«Blancospiés» abandonó la casa y anduvo perdido durante todo un día. Annette estaba fuera de sí, al borde de la desesperación. Maureen la encontró vagando por el jardín de los Taggerty, llamando con voz quejumbrosa al gatito mientras las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¿Dónde estará «Blancospiés»? —inquirió Maureen, pasando un brazo por los hombros de Annette—. No llores. Ya verás cómo vuelve.

—Pat dice que es posible que me lo hayan robado —manifestó Annette—. O que lo haya atropellado algún coche. O...

—Bueno, no hagas caso de lo que te diga Pat —respondió Maureen, impaciente—. «Blancospiés» no puede andar muy lejos.

—Es que yo no sé qué hacer —declaró Annette, llorando desconsoladamente—. He hecho todo lo que estaba en mi mano para encontrarlo.

—¿Has rezado? —le preguntó Maureen de pronto—. Desde luego, el Señor tiene que saber dónde para «Blancospiés», ¿no te parece?

—¡No había caído en eso! —exclamó Annette.

Entonces se plantó bajo las ramas del sauce llorón, hablando a Dios directamente. Estaba segura de que Él la escucharía, le dijese lo que le dijese. Maureen se encontraba a su lado, escuchándola.

—Querido Señor: Tú sabes dónde para mi gatito, el que tiene los pies blancos, como «Socks» —dijo Annette, secándose las lágrimas—. Por favor, permíteme que lo encuentre. Amén.

Maureen y Annette rebuscaron de nuevo por todas partes. Uniéronse a ellas ahora Bidy. Después apareció «Dopey». Repentinamente, el perro empinó las orejas y saltó sobre el muro divisorio, cayendo en el jardín de los Carlton. Seguidamente empezó a ladrar de insistente manera.

—¿Qué le pasa a «Dopey»? —inquirió Maureen—. Está muy excitado.

Saltaron por encima del muro también. «Dopey» se encontraba al pie de un abedul. Habíase empinado, apoyando las patas delanteras en el tronco. En estos momentos sus ladridos se tornaron más frecuentes y ruidosos.

Y entonces las chiquillas percibieron un débil maullido. Annette profirió un grito.

—¡Es «Blancospiés»! Se encuentra en las romas del árbol y no puede bajar. ¡Oh, «Dopey»! ¡Qué perro más inteligente eres! «Blancospiés»: voy a subir a cogerte. No te muevas de donde estás.

Annette inició el ascenso, haciéndose unos cuantos arañazos en las desnudas piernas. Una de las ramas produjo un desgarrón en su vestido. Pero a la chiquilla todo

esto le tenía sin cuidado, si acaso llegó a notar algo. Finalmente llegó al sitio en que estaba el gatito, verdaderamente aterrorizado, aferrado a una rama que no hacía más que oscilar con cada uno de sus movimientos.

—¡«Blancospiés»! ¿Cuánto tiempo llevas aquí? ¿Qué es eso de encaramarte a lo alto de los árboles cuando sabes que eres incapaz de bajarte luego de ellos? —inquirió Annette, cogiendo al gatito suavemente por el lomo.

Se lo colocó sobre un hombro y el menudo animal clavó en seguida sus minúsculas garras en el vestido de la niña. Pero a Annette esto le tenía sin cuidado.

Pronto llegaron al suelo y ella empezó a acariciarlo. «Dopey» estaba muy contento también por el hallazgo de «Blancospiés». Agitaba su largo rabo contra las desnudas piernas de las chiquillas.

Annette se frotó los ojos. Tenía la cara tiznada y sudorosa, los cabellos llenos de hojas. Su vestido estaba manchado y presentaba algún desgarrón que otro. ¡Hubiera podido pasar por una Taggerty! Pero se sentía inmensamente feliz por haber dado con su precioso gatito. Gracias a su pericia, había podido encaramarse a lo alto del árbol y salvarlo.

—Creí haberlo perdido para siempre —dijo, acariciándolo.

Tras aquel episodio, Maureen quedóse pensativa.

«Dios escuchó la plegaria de Annette —se dijo Maureen—. Esto es como un milagro. El domingo asistiré a la escuela dominical con Margery. Quisiera aprender algunas oraciones».

Así, pues, con gran sorpresa por parte de Margery, y ante el asombro de Pat, Maureen acompañó a los tres hermanos Carlton el domingo siguiente. Le gustó lo que vio en la escuela dominical. Le agradó el profesor, que les contó la historia del Chico de los Panes y los Peces. Le hubiera gustado ser aquel chico que llevó unos cuantos peces y panes a Jesús para que Él los multiplicara, alimentando a una muchedumbre hambrienta.

—Ahora voy a decir mis plegarias —anunció a Margery—. ¿Puedo rezar acostada? ¿O es mejor que me arrodille junto a la cama? ¿Es importante esto?

—Es más adecuado arrodillarse —contestó Margery—. Parece una actitud más respetuosa. Además, así podrás concentrarte en lo que haces. Si te acuestas, te expones a quedarte dormida.

La cosa se puso difícil para Maureen por la noche, cuando decidió ponerse a rezar. Pat, nada más descubrir sus propósitos, se dedicó a chancearse de ella.

—¡Hombre! ¡Aquí tenemos a nuestra beata! ¡Vamos, «Dopey»! ¡Lámele las plantas de los pies a Maureen! Están muy a punto, limpias y desnudas, vueltas hacia arriba. No tienes más que acercarte.

«Dopey», obediente ante la sugerencia de la travesura, pasó su húmeda lengua varias veces por los pies de Maureen, que se puso a chillar porque le hacía cosquillas.

—¡Mira que eres malo, Pat! Dios acabará irritándose contigo. Saca a «Dopey» de aquí.

Algo avergonzado de sí mismo, Pat se llevó a «Dopey». Maureen rezó con mucho fervor y Bidy, curiosa, quiso saber qué era lo que pedía al Señor. Pero Maureen no quiso decírselo. No podía permitir que se riesen de ella Pat y Bidy.

En el transcurso de la semana siguiente, Margery observó que Maureen se mostraba más serena.

—¿Te ocurre algo? —le preguntó—. ¿Es que no te encuentras bien? No irás a tener el sarampión, ¿eh?

—No —respondió Maureen—. Es que no hago más que pedirle cosas a Dios y Él nunca me escucha. Esto de rezar no es de mucha utilidad verdaderamente.

—¿Qué es lo que LE has pedido? —inquirió Margery.

—¿Te acuerdas del examen por escrito que tuvimos la semana pasada? —dijo Maureen—. Una de las preguntas era: «¿Dónde está el río Amazonas?». Yo contesté que estaba en Italia, pero lo cierto es que se encuentre en una de las Américas. Entonces pedí a Dios que la respuesta buena fuese la mía, la única que tenía equivocada.

Margery miró enormemente sorprendida a Maureen.

—¡Pero, Maureen! ¡Vaya una cosa que has pedido! Imagínate lo que sucedería de haber escuchado Dios tu plegaria. Imagínate al río Amazonas corriendo de pronto por Italia. ¿Eres tonta acaso?

—Tú me dijiste el otro día que para Dios no había nada imposible —respondió Maureen, un tanto sofocada—. Bueno. ¿Puede hacer Él eso o no?

—Dios no puede querer tal cosa —dijo Margery—. Sé sensata, Maureen. ¿Cómo va a hacer un Padre amante como es Dios un milagro estúpido, solicitado por una chica que cometió un error en un examen escrito? Tú tienes una idea equivocada de Dios. Será mejor que frecuentes la iglesia, que nos acompañes a menudo, con objeto de que te impongas de ciertas cosas.

—No pienso rezar más —repuso Maureen, enfadada—. Además, me resulta bastante difícil. Pat se mete conmigo continuamente y «Dopey» se pone a lamerme las plantas de los pies. Bidy no cesa de preguntarme qué es lo que pido en mis oraciones. Y a todo esto se presentas tú diciéndome que Dios no puede escucharme.

—Te escuchará, te escuchará —alegó Margery—. Ahora bien, tú no sabes qué es lo que puedes pedir a Dios, ni cómo has de hacerlo. No has comprendido todavía, Maureen. Nuestra madre nos contó muchas cosas cuando éramos pequeños, nos enseñó a rezar... Y a ti, ¿quién te ha enseñado? No has sido tan afortunada como nosotros. Pero si quieres imponerte de todo esto, lo conseguirás. En lo sucesivo vendrás siempre a la iglesia con nosotros.

Maureen consintió en ir a la escuela dominical y pronto se unió al grupo Bidy. Pat no quiso ni oír hablar de aquello.

—Si soy un pagano, mejor. Hasta me gusta serlo —le dijo a Maureen—. Y cállate de una vez. Ten la seguridad de que no vas a hacer de mí un beato.

—John no tiene nada de beato y va a la iglesia —declaró Maureen.

—Lo ha sido hasta que nos conoció a nosotros —dijo Pat—. Le ha hecho mucho bien conocernos. Esto se lo oí decir a su padre la semana pasada, hablando con el nuestro, ya ves.

—Tío Peter es muy bueno —manifestó Maureen—. Yo le quiero mucho, ¿sabes? ¡Cuánto me gustaría acompañarle en uno de sus largos paseos que da los sábados por la tarde, como tú, John y «Dopey» hacéis!

—No hay nada que hacer, Maureen —declaró Pat—. Las chicas a un lado. Sobre todo las beatas.

—¿Qué quiere decir «beatas»? —preguntó Bidy, que había estado escuchando aquella conversación con mucho interés.

—Lo que sois ahora las dos —contestó Pat, eludiendo explicaciones detalladas, que seguramente no hubiera sabido dar—. Pero no creáis que vais a conseguir que yo sea también así. Nada en el mundo hará que me transforme yo en un beato.

Transcurrían los días del curso. Pat estaba hecho un perezoso. Por segunda vez, a causa de su falta de aprovechamiento, se le prohibió que jugara en un partido de fútbol, a modo de castigo.

—Marchas muy mal, Taggerty —le dijo su profesor, señalándole un cuaderno que tenía abierto ante él—. No puedo admitirte esto. Hasta un párvulo mejoraría tus tareas caseras. Si no progresas daré cuenta a tu padre de lo que haces.

Pat frunció el ceño. Se avergonzaba de ser de los últimos de su clase y de no jugar en aquel partido, pero no estaba dispuesto a perfeccionarse. Entonces se desahogó con Maureen, Bidy y Michael, a los que no dejaba parar un momento. El bebé se pasaba el día llorando. Bidy tenía siempre los ojos humedecidos. Maureen decidió recurrir a los Carlton.

—¿Qué es lo que le ocurre a Patrick últimamente? —inquirió la señora Taggerty—. Se muestra brusco, egoísta, ruidoso. ¿Qué le pasa?

Llegó a la casa una carta del profesor poniendo en antecedentes al señor Taggerty de la falta de aplicación de Pat. El hombre indicaba la conveniencia de darlo de baja en el curso siguiente si no mejoraba.

Sus padres se llevaron un gran disgusto. Habían estado orgullosos siempre de su Patrick, un chico de magnífico aspecto, que no temía a nada, que se destacaba en todos los juegos. Ahora, al parecer, su orgullo era totalmente infundado, ya que en el mismo escrito el profesor había tachado a Pat de embustero, de comediante. «No le cuesta trabajo inventar una mentira cuando pretende salir de un aprieto —decía la carta—. Su presencia en el colegio supone un mal ejemplo para los demás».

La pobre señora Taggerty se sentía tan abrumada que se dejó caer en un sillón, abandonadamente. Estaba muy pálida en aquellos instantes.

—¡Nuestro Pat! —exclamó—. ¡No puede ser!

—Nuestra es la culpa en buena parte —declaró su marido—. Los hemos consentido mucho. Hemos temido coartar su libertad, cayendo en el extremo opuesto... No hemos sabido guiar a Pat y como es tan joven ha emprendido el mal

camino sin darse cuenta siquiera de ello. Es terrible...

Habló con el chico. Pat estaba muy serio. Por el hecho de hallarse avergonzado adoptaba una actitud desafiante, queriendo dar la impresión de que todo aquello le daba igual. El señor Taggerty no sabía qué determinación tomar.

Pensó en Maureen y la comparó con Margery. Margery era muy dulce con la señora Taggerty, hallándose siempre dispuesta a ayudarle cuando necesitaba algo que tenía relación con Michael. Hasta Bridget se pasaba el día ensalzándola, cantando sus virtudes, asegurando que era sumamente servicial. Maureen, en cambio, era incapaz de dar un paso por su madre, ni por Bridget. Y allí estaba Bidy también, la simpática Bidy, la de los cabellos rizados, con sus graciosos hoyuelos y sus sonrisas, traviesa como ella sola... y perezosa como nadie si se trataba de ayudar a los demás. Los amores de aquellos chicos se centraban, según todas las apariencias, en su perro, en «Dopey». El señor Taggerty, de súbito, se sintió profundamente desanimado.

—Tengo que hablar con el padre de John —dijo—. Es posible que los Carlton estén demasiado controlados, pero la verdad es que los chicos no son nada egoístas. Son muy atentos. ¿Cómo han conseguido sus padres que sean así? ¿Qué es lo que hay en su hogar que no se encuentre en el nuestro? Aquí existe algo que nosotros todavía no hemos descubierto.

—Voy a acostarme, querido —anunció la esposa—. Estas cosas me han puesto nerviosa. Bridget se ocupará de Michael. ¡Ay! No se me va de la cabeza esa terrible carta, ni el rostro desafiante de Patrick. Temo que Maureen y Bidy sigan el mismo camino. Quizá no haya sido una madre como es debido.

—No te preocupes. Mañana iré a ver al padre de John y le enseñaré esta carta. Indudablemente podrá aconsejarme. A ver si logramos entre todos que las cosas se aclaren.

Subió la escalera en compañía de la pobre señora Taggerty, que parecía encontrarse trastornada. Cuando estaban acostados, la besó.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte —le dijo—. Todo marchará mejor mañana.

El señor Taggerty se equivocaba. Todo había de empeorar después.

La comida se retrasa

Pat no dijo nada a John acerca de la carta del profesor. Salió en dirección al colegio más temprano que de costumbre y John se preguntó por qué, ya que normalmente se encaminaban a aquél juntos. Al ver la sombría faz de Pat, se quedó sorprendido. No estaba habituado a verle aquella cara.

—¿Qué sucede? —inquirió—. ¿Marcha algo mal?

—Nada, no pasa nada —repuso Pat, intentando sonreír.

Aquella sonrisa, muy forzada, no podía engañar a nadie, sin embargo. Eran muchas las cosas que marchaban mal. No se trataba solamente de aquella desgraciada carta. Había sido brusco con su padre aquella mañana y descortés con su madre a la hora del desayuno. Hallábase muy cansada y pálida al bajar del dormitorio. La buena mujer pidió a su hijo que se acercara, camino del colegio, al establecimiento de comestibles donde efectuaban sus provisiones. Procediendo así él, la madre se ahorrraba un viaje...

—No paso nunca por delante de esa tienda —alegó Pat, rudo.

—Ya lo sé —dijo la madre—. Pero no perderás más de un minuto. Me encuentro hoy muy fatigada y he pensado que tú, Pat, podrías echarme una mano fácilmente.

—¿Por qué no va Maureen? Siempre me estás pidiendo que te haga recados. ¿Por qué no ha de hacerlos Maureen?

—Sí que los hago —replicó la niña—. Muchos más que tú.

—No es cierto —declaró Pat—. Tú siempre has sido perezosa. Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Mientes! —contestó Maureen, indignada—. Hablas por hablar. Yo no soy la última de mi clase, como te pasa a ti en la tuya. ¡Estúpido!

Pat dio a su hermana una patada, extendiendo la pierna por debajo de la mesa. Pero se interpuso el tobillo de su madre, quien lanzó un grito.

—Lo siento —dijo Pat, poniéndose muy encarnado—. Quería alcanzar a Maureen.

La señora Taggerty guardó silencio. Estaba muy inquieta debido a que apenas había dormido. Fijó sus entristecidos ojos en Pat, quien rehuyó su mirada.

—Bueno, Maureen, ¿quieres ir tú a la tienda de comestibles para que yo pueda ahorrrarme una salida? —inquirió la mujer, no pudiendo discutir con el desafiante Pat.

—Prometí a Margery visitarla esta mañana —alegó Maureen—. Lo haré al volver del colegio.

—Entonces será ya muy tarde —dijo la señora Taggerty.

—¿No podría ir Biddy? Ya tiene edad para hacer recados —manifestó Maureen.

—Yo no quiero ir —contestó Biddy, rotunda—. Voy a jugar a las tiendas en el cenador.

—Me dijiste que hoy ordenarías tu dormitorio para que no tuviese que hacerlo yo —le recordó la madre—. Tienes todas tus muñecas tiradas por el suelo.

—Quiero jugar a las tiendas —insistió Biddy—. No quiero ordenar el dormitorio. Que lo haga Maureen.

Fue una suerte que el señor Taggerty no se encontrara allí a la hora del desayuno. Había salido unos momentos antes en dirección a Londres. De lo contrario, habría tenido que intervenir severamente en aquella desagradable conversación, desagradable por la actitud de sus hijos.

Michael comenzó a llorar en aquel preciso instante y la señora Taggerty le escuchó unos instantes en silencio para comprobar si la criatura era atendida por Bridget. Pero ésta se encontraba en el jardín tendiendo unas ropas que acababa de lavar, por cuya razón no le oyó.

—Ve a ver a tu hermano, Maureen —dijo la señora Taggerty—. Lo más seguro es que se le haya caído al suelo el conejito con que le gusta tanto jugar.

—Si me entretengo con Michael se me hará tarde... —respondió Maureen.

Al mismo tiempo, casi, echó a correr en busca de su cartera. Michael arreció en sus chillidos.

Pat salió en dirección al colegio, todavía ceñudo. No pasaba cerca de la tienda de comestibles. No pensaba hacerle recados a nadie. Los haría, si los hacía, cuando a él le diera la gana, en todo caso. Esas cosas podían quedar al cuidado de Maureen o de la pequeña y perezosa Biddy.

Maureen saltó por encima del muro para trasladarse a la casa de Margery. Tampoco pasaba cerca del establecimiento de que le hablara su madre. Biddy ni siquiera volvió a pensar en aquella cuestión. Salió al jardín y se encaminó al cenador para jugar a las tiendas con «Dopey» y con Annette cuando ésta se presentara.

Su madre la llamó después, pero Biddy fingió no haberla oído. Ésta era la treta favorita de los Taggerty cuando sabían que se les requería para algún trabajo. Posteriormente, escuchó un rumor de pasos. Entonces, Biddy echó a correr hacia unos espesos matorrales, escondiéndose entre ellos, sentándose allí, perfectamente tranquila.

Cuando su madre llegó allí sólo pudo ver a «Dopey», el cual se había acomodado sobre uno de los peldaños del cenador y se hallaba muy interesado en dar caza a una mosca que insistía en posársele en el hocico.

—Supongo que Biddy se habrá ido a jugar con Annette —se dijo la señora Taggerty—. Esta chiquilla se pierde siempre que intento obligarla a que arregle su cuarto. No tendré más remedio que recoger yo sus cosas. Precisamente ahora, que siento como si mi cabeza estuviese a punto de estallar.

Cuando se fue de allí, Biddy salió de su escondite. «Dopey» le dio la bienvenida con unos cuantos lametones en las manos y en las piernas. El perro sabía lo que tenía que hacer cuando los chicos se escondían de los mayores. Jamás los delataba. Limitábase a quedarse donde fuera, inmóvil, adoptando un curioso aire de inocencia.

La señora Taggerty atendió a Michael, bañándolo. Seguidamente lo acomodó en su cochecito, una vez le hubo dado sus papillas. Finalmente, concentró su atención en

diversas labores domésticas. A continuación se puso el sombrero para salir: tenía que ir a la tienda de comestibles.

—Está usted muy pálida, señora Taggerty —le dijo Bridget—. ¿Se encuentra realmente bien?

—No me encuentro muy bien, no. Debe de ser efecto del calor. Hace mucho calor hoy, ¿verdad? Dejaré a Michael en el jardín, Bridget. Allí se encontrará a gusto.

Luego, cogió el cesto de la compra. Bidy la vio salir por la puerta principal, pues estaba esperando al hombre de los helados, que siempre pasaba por allí. Como éste no apareciera, Bidy se impacientó, acabando por volver al fondo del jardín, donde estaba jugando en compañía de Annette, «Dopey» y «Blancospiés». El gatito iba a todas partes con Annette y se estaba desarrollando rápidamente. No temía a «Dopey», pero lo acogía invariablemente con un bufido es decir, reaccionaba ante el perro como su madre, «Socks».

Las chicas jugaban tranquilamente a las tiendas en el cenador. Disponían de una serie de cosas que compraban y vendían sucesivamente. Alternaban en los papeles de comerciantes y clientes. Aunque Annette había sido siempre una niña muy consentida y Bidy era una criatura medio salvaje, se llevaban bien. Si Annette no se comportaba como era debido, Bidy se apresuraba a llamarla al orden bruscamente. Pero esto sucedía en muy raras ocasiones. Annette procuraba no provocar a su amiga.

Cuando Bidy perdía la paciencia y se tornaba insoportable, Annette saltaba por encima del muro, yéndose a su casa en compañía de «Blancospiés». En consecuencia, Bidy transigía a veces con algunas cosas, porque no quería jugar sola.

Sonó un timbre en la casa.

—Es la hora de la comida —comentó Annette, levantándose—. Tengo que irme. Vámonos, «Blancospiés».

—Bueno, primero daremos fin a lo que estamos haciendo —repuso Bidy, impaciente—. No tienes por qué marcharte en seguida.

—Adiós —dijo Annette—. Me voy.

Antes de encaramarse al muro colocó sobre éste a «Blancospiés», siempre tranquilo en manos de su dueña.

John y Maureen llegaron a la casa en el instante en que Annette entraba en la misma.

—¿Dónde está mamá? —preguntó el primero—. ¡Oh! No te había visto... Tengo que notificarte que uno de los dibujos que hice ha sido expuesto.

—Y yo, en labor de aguja, me he llevado las mejores notas —manifestó Margery. La madre los miró, complacida.

—Yo —manifestó Annette con una burlona risita— me he ganado muy buenas notas como compradora, y «Blancospiés» también, por maullar como nadie.

—¡Qué tonta eres! —exclamó John, riendo—. ¡Hola, «Blancospiés»! ¿Qué? ¿Te has pasado la mañana intentando dar caza a tu rabo?

Agnes puso la mesa y los tres hermanos se sentaron, ocupando sus sitios

respectivos, nada más salieron del cuarto de aseo, donde se lavaron las manos.

—Pat tendrá buenas ganas de comer a esta hora —declaró John, dirigiéndose a Margery—. Se quedó en la clase, sin recreo, por no haber hecho sus tareas en casa. Eso significa que no le permitieron comerse el trozo de pastel que se había llevado.

Pat estaba hambriento, en efecto. Salió corriendo del colegio, en dirección a su casa, preguntándose qué habrían hecho para comer. Ya había dado buena cuenta del pedazo de pastel que no le permitieron comerse a la hora del recreo, pero eso había sido para él una especie de aperitivo. Se unió a Maureen y los dos recorrieron el resto del camino juntos. Se abalanzaron sobre la puerta de su jardín y entraron a toda marcha en la casa.

La señora Taggerty no estaba allí. La mesa estaba preparada, pero no se observaba el menor indicio de que Bridget se dispusiera a llevar allí la comida. De la cocina se escapaba un olor delicioso.

Pat se encaró con Bridget.

—¿Cómo es que no está la comida lista? ¡Estoy muerto de hambre! ¿Dónde para mamá?

—Todavía no ha vuelto —repuso Bridget, desde el fogón—. Salió a toda prisa porque tenía que ir al establecimiento de comestibles. Sin embargo, si fuerais como debiera ser, habríais podido evitarle esa salida, ya que no os costaba trabajo entrar en esa tienda, poco más o menos cerca del camino que seguías diariamente para ir y venir del colegio.

—¡Qué fastidio! —exclamó Pat, aproximando la nariz a la olla que había encima del fogón—. ¿Tenemos que esperar forzosamente a que llegue mamá? ¿Por qué no nos sirves la comida, Bridget? ¿O quieres que nos la sirvamos nosotros?

—Bien podéis esperar durante uno o dos minutos a vuestra madre, ¿no? —repuso Bridget severamente—. Y deja esa cuchara de una vez, Pat. Si sigues llevándotela a la boca te producirás una quemadura en la lengua... Claro que te estaría bien empleado, por lo travieso y rudo que eres en ocasiones.

—Vamos, Bridget, no seas terca y sirve la comida —suplicó Pat—. Maureen está muerta de hambre también. No sé por qué hemos de esperar a mamá. Lo más seguro es que se haya encontrado con alguna amiga. Se habrán puesto a hablar, sin darse cuenta de la hora que es. Ya sabes que a mamá le ocurre eso frecuentemente...

—Hace muy mal en retrasarse tanto, haciéndonos esperar —se lamentó Bidy.

—Es que ha salido ya tarde. ¿Sabes por qué Bidy? —inquirió Bridget, volviéndose hacia la pequeña—. Tuvo que ocuparse de tu habitación. Habías dejado todas tus cosas tiradas por el suelo. Se trataba de un trabajo que hubieras debido hacer tú. ¡Oh! Michael está llorando. Ve a ver lo que le ocurre a tu hermano, Maureen.

—Déjale que llore —repuso Maureen—. Yo no soy Margery. No quiero tener que estar sobre ese mocososo a todas horas. Ese Michael es un fastidio, una molestia.

—¿Y no te da vergüenza hablar en esos términos del más pequeño de tus

hermanos? —dijo Bridget, muy seria, agitando el contenido de la olla con energía—. No os merecéis los padres que os ha dado Dios, ni ese bendito bebé, Michael... Ni siquiera os merecéis vuestra Bridget, siempre esclavizada por vosotros, sin lograr oír de vuestros labios Jamás una palabra cortés, unas palabras de agradecimiento. Sois una pandilla de la peor especie. Ésta es la verdad.

Los tres Taggerty siguieron igual de tranquilos después de haber escuchado aquella filípica. Habían oído esas palabras en muchas ocasiones anteriormente. Habitualmente, Bridget coronaba su discurso con un canto de alabanza a los tres Carlton, mencionando su cortés comportamiento. Pero esta vez no fue tal su proceder. La mujer echó un vistazo al reloj.

—La una y cuarto... A vuestra madre debe de habersele parado el reloj. Seguramente anda desorientada, no se ha dado cuenta de la hora que es.

—Pero, bueno, ¿las tiendas no cierran a la una? —inquirió Pat—. Habrá ido a ver a alguna amiga. Ya sabes, Bridget, que mi madre se pone a hablar en ocasiones y no tiene fin.

—¡Quiero comer! —gimió Bidy—. Bridget: ¿puedo coger un poco de pan? ¡Quiero comer algo!

—Vete a la puerta, Patrick, y echa un vistazo por la calle, para ver si viene ya tu madre —dijo Bridget, mirando el reloj nuevamente.

Pat salió disparado. Pronto estuvo de vuelta.

—En la calle no hay el menor rastro de mamá. ¿Qué estará haciendo por ahí?

—Pon en la mesa el pan Maureen, y la jarra de limonada —dijo Bridget, que acababa de tomar una decisión—. Vamos, muévete. Bidy, coge los platos. Pat, trae la mantequilla.

Los chicos hicieron lo que se les había indicado. Bridget colocó la sopera encima de la mesa. Los tres hermanos se acomodaron alrededor de la misma. «Dopey» lo hizo bajo la mesa, donde podía hacer los honores a todo aquello que no era del gusto de sus amigos, donde podía lamer también las desnudas rodillas que quisiera.

Bridget empezó a servir a los pequeños. Después, levantó la vista hacia el reloj de pared del comedor. La una y media. ¿Qué era lo que podía haber retenido tanto tiempo a la señora Taggerty?

Pat, Maureen y Bidy comían en silencio. Bridget se sirvió algo, pero... no podía comer. Estaba preocupada. De repente, «Dopey» le pasó la lengua por un tobillo, produciéndole un gran sobresalto.

Michael comenzó a llorar y Bridget se levantó para atenderlo. De regreso, vio que los chicos habían acabado con lo que tenían delante y tamborileaban en los platos con cucharas y tenedores, impacientemente.

—¿Y el budín? —inquirió Pat—. ¿No dijisteis que hoy habría budín?

—Pues no es así. Ni vuestra madre ni yo tuvimos tiempo para hacer un budín esta mañana —respondió Bridget, recogiendo los platos.

Mientras servía otra cosa a los chicos, miró por enésima vez el reloj. ¡Las dos

menos cuarto!

—Se retrasa mucho ya mamá —comentó Bidy—. ¿Dónde puede estar?

—Quizás haya decidido huir para siempre de vosotros por los malos que sois habitualmente —sugirió Bridget.

Bidy la miró alarmada.

—No puede ser... Además, ella no puede abandonar a Michael, que todavía es muy pequeño. Bridget, ¿dónde está mamá?

Bridget no dijo nada de momento. Los chicos observaron su gesto de preocupación y sintieron miedo de pronto.

—Algo ha pasado aquí —declaró Bridget por fin—. Es un presentimiento. Sí. Aquí ha pasado algo.

Una mala noticia

Los tres chicos permanecían inmóviles, como si hubieran sido de piedra. «Dopey» aulló y experimentaron un fuerte sobresalto. Era, simplemente, que no se acordaban de que estaba allí.

—¿Qué quieres decir... con eso de que aquí ha pasado algo? —preguntó por último Maureen con un susurro.

—Estaba muy pálida y cansada —explicó Bridget—, y no tenía ganas de salir. Parecía sentirse muy abatida cuando, generalmente, es animosa. Creo que voy a quitarme el delantal para ir a su encuentro o localizarla donde esté...

—¡Yo iré! —exclamó Pat, poniéndose en pie.

Pero antes de que nadie tuviese tiempo de pronunciar una sola palabra más sonó un timbre, tan fuertemente (era un efecto de su estado de ánimo) que todos saltaron de sus sillas.

—¡El teléfono! —exclamó Bridget—. Bueno, ahora vamos a saber a qué atenernos... Dios quiera que no se cumplan mis presentimientos.

La mujer se acercó al teléfono para atender la llamada. Habló alguien al otro extremo del hilo.

Los tres hermanos se congregaron alrededor de Bridget, escuchando lo que ésta decía.

—No, señor, el señor Taggerty está fuera. No vendrá hasta la hora del té. Yo soy Bridget, la asistente de la señora. ¿He de dar algún recado al señor? La señora tampoco se encuentra en casa.

Los chicos no perdían de vista el rostro de la mujer. Su voz les dijo algo más. Bridget abrió la boca luego, haciendo un gesto que denotaba su horror. Finalmente se dejó caer sobre el sillón que había junto a la mesita del teléfono. Su mano comenzó a temblar.

—¡Oh! ¡Pobre señora! ¿Cómo está ahora? Sería mejor que intentara usted ponerse en contacto con el señor Taggerty. Se encuentra en estos momentos en Londres, en casa de su hermano... Las señas son Whitehall 66781. Sí... Los chicos están aquí. Le ruego que intente localizar al señor Taggerty. Él sabrá qué conviene hacer.

Bridget colgó. Por sus mejillas corrían unas lágrimas. Maureen se abrazó a ella.

—¿Qué le ha pasado a mamá?



Bridget tragó saliva una o dos veces. Los tres chiquillos estaban llorando, incluso Pat. La mujer abrazó a Bidy.

—Puede que no sea todo tan malo como nos figuramos —manifestó—. Cuando vuestra madre se dirigía al establecimiento de comestibles, al cruzar la calle debió de sufrir un mareo... Ya os dije que no se encontraba muy bien... Se cayó delante de un coche que pasaba.

Biddy dio un grito. Aferróse a uno de los brazos de Bridget, sacudiéndola violentamente.

—¡Está herida! ¡Está herida! Tienes que decírnoslo.

—Sí, está herida —contestó Bridget, secándose las lágrimas—. Ha sido trasladada al hospital. Pero es posible que sus heridas no sean muy graves, así que no asustaros. Primero tenemos que enterarnos...

—¿Volverá a casa esta noche? —inquirió Maureen, que no acertaba a imaginarse la casa sin su madre.

—¡Oh, no! Desde luego que no —repuso Bridget—. Estará fuera algunos días. Esto será un duro golpe para vuestro padre...

Pat estaba muy pálido. Tenía un aspecto tan raro que Bridget le llevó a la cocina, obligándole a sentarse.

—Bueno, no te lo tomes así —le dijo la mujer—. En el hospital en que está tu madre hay médicos muy buenos y enfermeras muy competentes. Pronto estará de vuelta, de veras.

—Tú no lo comprendes... —manifestó Pat en un susurro—. Ella me pidió que fuese a la tienda para ahorrarse un viaje... y yo no quise ir. Le ha pasado eso por mi culpa.

Maureen y Biddy miraron a su hermano, asustadas. Luego, Maureen se abalanzó sobre Bridget.

—Yo tampoco quise ir —dijo llorando—. Yo tampoco quise ir, Bridget.

—¡Ay! Nunca se sabe lo que puede acarrear un momento de egoísmo —declaró Bridget, secándose los ojos de nuevo—. Es verdad que últimamente habéis sido muy descorteses con vuestra madre.

Ni Maureen ni Pat quisieron ir al colegio aquella tarde y Bridget no tuvo ánimos para obligarles. Telefoneó a la señora Carlton, quien se presentó en seguida en la casa. Su serenidad sentó bien a todos.

—Bueno, no hay que adelantarse a los acontecimientos. Para estar preocupados de verdad tendríamos que saber más detalles y que éstos no dejaran resquicio a la esperanza —manifestó—. Vuestra madre ha de permanecer en el hospital algún tiempo, sin embargo, así que es mejor que planeemos las cosas de modo que podamos ayudarla. Ella tiene que estar desentendida de todo, tranquila. Si no lo está tardará más días en volver.

—Yo limpiaré el espejo y los cepillos de mamá, por si los necesita en el hospital —indicó Maureen—. Creo que debo hacer algo por ella.

Michael comenzó a llorar de nuevo. Todos se habían olvidado del pequeñín con la mala noticia y el alboroto posterior.

—¡Pobrecillo! Seguramente tiene hambre —dijo Bridget—. No sé qué voy a hacer con él. Seguiré llorando, esperando que le atienda su madre. Maureen no ha sabido nunca desenvolverse con él.

—¡Yo me encargo de Michael! —chilló Maureen inmediatamente—. Lo haré tan

bien como Margery. Déjame ocuparme del bebé, Bridget.

—Margery vendrá a echarte una mono, ya que el pequeñín la quiere mucho —dijo la señora Carlton—. Agnes la ayudará a usted por las tardes, Bridget. Es una excelente persona y hará esto con gusto. Por las mañanas, estaré yo. Iremos adelante bien, ya verá usted, hasta que vuelva la señora Taggerty.

La señora Carlton se llevó a los chiquillos a su casa, incluido Michael. Los Carlton se sintieron horrorizados al saber la noticia. Todos querían a la señora Taggerty, una mujer muy amable en todo momento, nada difícil. Margery tomó en brazos al bebé.

—¡Oh, mamá! Echaré mucho de menos a su madre... ¿No podríamos quedárnoslo? Yo cuidaría de él. Sé qué es lo que tengo que hacer. Estoy segura hasta de que puedo bañarlo.

—No. Seré yo quien cuide a Michael —protestó Maureen—. A mamá le gustará saber que lo hago. Michael se sentirá más contento en nuestra casa, con nosotros.

El señor Taggerty llegó a su casa después del té. Había estado en el hospital, naturalmente. Se alegró al ver que los chicos no se encontraban allí, de momento. Bridget le salió al encuentro. En su rostro había una viva expresión de ansiedad.

—La cosa está bastante mal, Bridget —dijo el señor Taggerty—. El coche la alcanzó en el momento de caer ella al suelo. Ha sufrido una tremenda impresión.

—¿Se... se pondrá bien? —preguntó Bridget con voz temblorosa.

—Espero que sí —contestó el hombre—. Rezo por que sea así, Bridget. ¿Dónde están los chicos? ¿Se han enterado de lo ocurrido?

—Están en casa de los Carlton. Se los llevó la señora Carlton —repuso Bridget, pasándose un pañuelo por las mejillas—. Desde luego, están muy afectados. El pobre Pat se puso blanco como la cera. Se le ha metido en la cabeza la idea de que es el culpable del accidente. Su madre le había pedido que fuese a la tienda y se negó. Tuvo que salir y al cruzar la calzada...

—¡Pobre Pat! Sí. Se formulará reproches por más de un motivo —dijo el señor Taggerty, pensando en la carta que le dirigiera el profesor, que tan gran disgusto había causado a su esposa—. ¿Se las podrá usted arreglar sola, Bridget? Mi esposa tardará algunos días en volver, supongo. Podría enviar a Pat a casa de mi hermano, si usted se las entiende con los otros. Buscaremos a alguien, además, que la ayude.

—Usted lo que tiene que hacer es concentrar su atención exclusivamente en su esposa, desentendiéndose de todo lo demás —respondió la fiel Bridget, estrechando entre las suyas las manos del señor Taggerty—. Yo me desenvolveré aquí perfectamente. Sabré barajar a sus chicos, si bien estos notarán que soy más rígida que su madre. En cuanto a Pat, puede llevárselo, si quiere. Estará mejor en casa de su hermano.

Pero cuando el señor Taggerty comunicó a Pat su decisión, éste movió la cabeza enérgicamente, denegando.

—No, papá, no me obligues a salir de aquí. Quiero estar aquí, cerca de mamá,

para poder verla cuando mejore. Ayudaré a Bridget en lo que me pida. Tengo que decirte, papá..., que siento muchísimo lo de la carta. Me esforzaré por mejorar mis calificaciones. Me colocaré a la cabeza de la clase. Quiero darle una alegría a mamá cuando regresé. Todo esto ha pasado por mi culpa. ¿Cómo pude portarme tan mal con ella? Me pidió algo que no tenía la menor importancia y la desobedecí.

—Pat: pequeñas causas grandes efectos —dijo el padre, gravemente—. Si no lo sabías, ya lo sabes. Bueno, no te enviaré con tu tío Harry si tu propósito es realmente el de ayudar a los otros y si estás dispuesto a echar una mano a Bridget también. Últimamente, has constituido para mí una terrible preocupación. Tal vez ahora seas capaz de mostrarme una faceta inédita de tu personalidad, convirtiéndote en un consuelo para mí dentro de esta desgracia que nos aqueja. Yo echaré de menos a vuestra madre más que vosotros aún.

—¡Oh, papá! —exclamó Pat, echando los brazos al cuello de su padre—. Yo te ayudaré, papá. Confía en mí de nuevo y verás como no te defraudo. Y si ves a mamá esta noche dile que siento lo sucedido y que se lo demostraré en cuanto vuelva a estar entre nosotros.

El siguiente fue un día triste para los Taggerty y también para los Carlton, que compartían de corazón sus penas. No eran buenas las noticias llegadas del hospital y el señor Taggerty se pasó el día allí. Los chicos fueron al colegio como de costumbre y todo el mundo fue especialmente amable con los dos Taggerty. Pat trabajó firme. Tenía que recuperar las muchas horas perdidas anteriormente.

Aquella noche, los chicos, al enterarse de que su madre no se encontraba mejor, sintieron un miedo terrible.

—Será mejor que recemos fervorosamente —propuso Maureen—. Todos, no yo sola. Tú, Pat, también. Es una pena que hayas estado riéndote de mí porque rezaba. Pero es que ahora no nos queda ya otra cosa que hacer.

Pat miró fijamente a Maureen.

—No creo que Dios preste la menor atención a mis oraciones —dijo por fin—. ¿Por qué había de hacerlo? He sido un salvaje. No me parece serio que habiéndome reído de las oraciones tuyas, ahora, porque me encuentro en un apuro, me ponga a rezar. Si yo fuera Dios no haría el menor caso de la gente que así procede.

—Tienes razón —declaró Maureen—. Me parece muy ruin esto de rezar solamente cuando se desea, algo o mucho, cualquier cosa. Estas plegarias no tienen ningún valor, seguramente.

—Bueno, las tuyas son otra cosa —contestó Pat—. Las que no pueden servir de nada son las mías y las de Bidy... ¿No crees... no crees que podríamos pedir a los Carlton que rezaran por nosotros? Ellos lo han hecho siempre y sus oraciones han de ser oídas por Dios y atendidas, más que las nuestras, indudablemente. Podrían ser una gran ayuda para nosotros si, en estos tristes momentos, se decidieran a rezar firmemente por mamá.

—Sí, vamos a verlos —dijo Maureen—. Se lo pediremos ahora mismo. No se

negarán.

Los tres saltaron por encima del muro, poco antes de la hora a que habitualmente se acostaba Annette, en compañía de «Dopey». En seguida se fueron en busca de los Carlton.

—¡Hola! —exclamó John—. Precisamente íbamos a veros para saber si os gustaría cenar conmigo y Margery. Annette cenará en la cama.

—Nosotros hemos venido para pedirnos algo también —dijo Maureen, viendo que Pat se había quedado mudo—. John: ¿queréis rezar por nuestra madre? Suplicando a Dios que se ponga buena... Pat y yo hemos pensado que nuestras oraciones no pueden servirle de mucho. Estoy convencida de que las de Pat, sobre todo, serían inútiles, ya que siempre se rió de esas cosas, diciendo que no quería convertirse en un beato. Bueno, esto es muy importante. Tenemos que hacer todo lo que a nuestro alcance esté para ayudar a nuestra madre.

Los tres Carlton se quedaron mirando muy serios a sus amigos.

—¡Pero si nosotros ya estamos rezando por ella! —exclamó John—. ¿Cómo habéis podido pensar que no lo hacíamos? Rezamos anoche, y esta mañana también. Incluso Annette estuvo rezando largo rato. No hemos pensado en otra cosa.

—¡Oh! —dijo Maureen—. Muchas gracias, John. Para nosotros lo que acabas de decirnos es un gran consuelo.

—Ahora, vosotros tenéis que rezar también. Y no creáis que no van a ser escuchadas vuestras oraciones. Mamá afirma que todas son atendidas por Dios, lo mismo las de los pecadores que las de los santos.

Los tres Taggerty parecían sentirse más aliviados. Era lógico. Sabían que los Carlton hacían cuanto podían para ayudarles.

Salieron de la casa. Pat se quedó detrás. Annette fue a acostarse y Margery decidió saltar por encima del muro para echar una mano a Maureen con el bebé.

Pat se quedó a solas con John. El chico estaba tan abatido que John quiso consolarlo.

—Vamos, hombre, ánimo —le dijo—. Es posible que mañana haya mejores noticias.

—John —contestó Pat—: quiero decirte algo. Es muy importante. He estado pensando en ello durante todo el día. Simplemente: ¡es que necesito confiarme a alguien!

Pat formula una solemne promesa

—¿De qué se trata? —inquirió John, que sentía curiosidad por saber la causa de aquella repentina seriedad de Pat.

Entonces salió todo a relucir: lo de la carta del profesor, el disgusto que se habían llevado sus padres, su reserva y la muda negativa a justificarse, su descortesía para con su madre, en la mañana del accidente, al no querer ir a la tienda, tal como ella le pidiera...

—Por tales razones, me creo el culpable de todo lo ocurrido —remachó Pat—. Y... y si ella no se pone bien, creo que nunca, nunca podré sentirme feliz. ¿Tú crees que si yo le dijera a Dios que pienso cambiar de conducta, que me propongo trabajar duramente en el colegio y ser bueno con mamá y con los demás...? ¿tú crees que Él haría que mi madre sanase?

—No sé... —repuso John, pensativo—. No sé si está bien cerrar con Dios esa clase de tratos. Me parece un poco atrevido. Es como si uno le dijera a Dios: «Tú haces eso y yo, a cambio, me encargaré de lo otro. Y si no haces nada, a nada estoy yo obligado tampoco». Todo ello se me antoja raro.

Pat miró a su amigo, desesperado.

—Bueno, habrá algo que yo pueda hacer —declaró—. A mí no me ha ocurrido nada mejor que lo que acabo de decirte.

—¿Por qué no hablas con mi padre? —inquirió John al oír los pasos de aquél en el vestíbulo—. Mira, aprovecha la ocasión. Seguramente estará sentado un rato en el cuarto de estar. Vamos, decídetelo.

Entraron en la estancia. El señor Carlton se disponía a fumar tranquilamente una pipa. Se sorprendió al ver los serios rostros de los dos chicos.

—¿Habéis venido a consultarme algo? Bien. Tomad asiento.

Ellos obedecieron. Pat estaba muy nervioso. John dio las explicaciones oportunas a su padre, que le escuchó gravemente, sin pronunciar una sola palabra.

—Ya lo ves, papá; a Pat no se le ha ocurrido nada mejor, pero parece un tanto raro eso de que intente cerrar un trato con Dios. Lo parece y lo es...

—No se puede hacer tal cosa —declaró el señor Carlton—. Nadie debería intentarlo. Lo único que está en tu mano, Pat, es llevar a la realidad tus propósitos: cambiar de norma de conducta, trabajar con firmeza, ayudar a tu familia en lo que puedas, ser cortés, olvidar los egoísmos..., independientemente de lo que pueda sucederle a tu madre. Entonces ya no hay trato. Es decir que sientes mucho lo de antes y que vas a demostrarlo. Se trata de una promesa, no de un intercambio. Tú tendrías que ser fiel a lo prometido incluso en el caso de que tu buena madre no volviera nunca.

—Ya comprendo —respondió Pat, igual de serio que al principio—. Sí, le comprendo, señor Carlton. Si yo estoy arrepentido habré de hacer eso, pase lo que pase. Pues bien: estoy decidido. ¿Formularé mi promesa a usted?

—No. Tienes que hacérsela a Dios. Es algo muy serio, Pat. Piénsatelo bien antes de dar tal paso. Y pídele a Dios fuerzas para mantenerte fiel a lo que prometas. No tienes energías suficientes para hacerlo todo tú sólo.

Los chicos abandonaron la estancia. De pronto, Pat dio a John un fuerte abrazo.

—Tienes un padre estupendo —dijo—. Está pendiente de vosotros y podéis hablar con él cosas como esas... ¡Oh, John! Ahora que puedo hacer algo por mi madre me siento más feliz. Formularé mi promesa esta noche, antes de acostarme.

Pat hizo lo que había dicho. Formuló su solemne promesa aquella noche y se metió en la cama sintiéndose más contento. Pensó en su madre. ¿Cómo se había portado tan mal con ella? ¿Cómo podía haberle dicho que no quería pasar por la tienda? Era un servicio sin importancia, sobre todo tratándose de una persona amada. Y había otras cosas también...

En otra ocasión le había pedido que le ayudara a devanar la lana. Pat había fingido no acordarse de su petición, yéndose tranquilamente a la calle. Otra vez le había pedido que saliera al Jardín para meter en la casa el cochecito de Michael, ya que estaba lloviendo. Tampoco obedeció y el cochecito del bebé recibió un baño, quedando hecho una lástima. Había solicitado de él otros favores menudos, siempre en vano.

«No fue porque no te quisiera», le dijo mentalmente. «Tú no habrás pensado eso, ¿verdad? Todo era debido a que obraba irreflexivamente. Fui descortés y egoísta contigo. Tú estabas dispuesta siempre a hacer lo que fuese por mí y yo, en cambio, no quería ni mover un dedo por ti. Pero, bueno, ya volverás a estar aquí, ya verás de lo que es capaz tu Pat».

Maureen rezó largo rato aquella noche. Ella también sentía remordimientos, por su egoísmo. Se había aprovechado de la bondad de su madre. Había mentido con frecuencia, la había engañado. Ahora Maureen se sonrojó en la oscuridad, al recordar sus mezquinas acciones.

«¿Por qué me negué a sacar a Michael el otro día? ¿Por qué no me acordé de entregar el paquete que ella me encargó? ¿Por qué no quise hacer ni cama cuando mi madre se encontraba muy ocupada?».

Biddy la oyó moverse y murmurar unas palabras.

—¿Qué te pasa? —le preguntó—. ¿Estás pensando en mamá? Yo también.

—Estoy pensando en lo mal que me he portado con ella —declaró Maureen—. Y tú, Biddy, has estado haciendo cosas parecidas a las mías. Todos hemos obrado igual, con la excepción de papá... y de Michael, aunque nuestro hermanito es demasiado pequeño para darse cuenta de nada. Hace poco tú te negaste a recoger tus muñecas, después de jugar con ellas, teniendo que encargarse de eso mamá, ¿no te acuerdas?

—Es verdad —respondió Biddy—. Y cuando mamá salió al jardín, llamándome, yo me escondí, no contestándole. Quizá hubiera podido ir a la tienda, evitándole un trabajo...

—Hemos sido todos malos —dijo Maureen—. Esto que nos pasa ahora parece un

castigo, ¿no crees? En algunas ocasiones me he reído de John, Margery y Annette porque nunca engañaban a su madre, nunca le decían mentiras, nunca se negaban a hacer lo que ella les pedía... Pero lo cierto es que ellos obraban bien y que la única que estaba en un error era yo. Cuando se quiere a una persona hay que portarse bien con ella. Me hubiera gustado ser mejor.

—Yo también preferiría haber sido otra —contestó Bidy, echándose a llorar. Quiero ver a mamá... Quiero verla subir por la escalera para decirnos que no hablemos, para darnos un beso... Me disgusta todo lo que está pasando. Me siento mal...

—También yo —murmuró Maureen.

Las dos hermanas guardaron silencio y a los pocos minutos Bidy se quedó dormida. Pero Maureen siguió despierta largo rato. Lo mismo que Pat. Bridget fue a echarles un vistazo a las diez. El chico continuaba despierto.

—Tienes que dormir, Pat —dijo Bridget, en tono cariñoso—. Lo único que podemos hacer ahora es rezar y esperar.

—Entonces... ¿tú también estás rezando? —preguntó Pat.

—¡Naturalmente! —contestó Bridget—. ¿Soy yo acaso una pagana? Yo soy una mujer cristiana, y debieras saberlo hace tiempo, Patrick Taggerty. Ahora a dormir. Yo verás como por la mañana tenemos buenas noticias.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, sonó el timbre del teléfono. Atendió la llamada el señor Taggerty, que lo hizo con un gesto de preocupación.

El hombre asintió varias veces al escuchar lo que le decían y los chiquillos se congregaron a su alrededor, conteniendo el aliento. Bridget apareció en aquel momento. Venía de la cocina.

El señor Taggerty colgó. Volvióse hacia sus hijos. Sus labios esbozaron una débil sonrisa.

—Las noticias son mejores que las de ayer —manifestó—. Mamá ha posado bien la noche... y ha estado preguntando por todos nosotros. Voy a ir a verla esta mañana.

Los chicos experimentaron la impresión de ser descargados de un gran peso. Si mamá preguntaba por ellos era que no estaba tan mal. Desde luego, la gente que se hallaba muy enferma no se interesaba nunca por nadie...

—Papá: ¿quieres comprarle unas flores a mamá? —preguntó Pat—. Yo te daré el dinero. Maureen y Bidy también querrán enviarle algunas. El ramillete más pequeño será el de Michael... Dale muchos besos de nuestra parte y dile que pensamos mucho en ella... y... que la queremos mucho.

—Claro que lo haré —contestó el señor Taggerty.

Pat vio brillar unas lágrimas en los ojos de su padre.

«¡Pobre papá!», pensó. «Esto es terrible para él. Jamás le decepcionaré. No es justo».

«Dopey», al parecer, había descubierto que las últimas noticias eran más esperanzadoras. Todos habíanle visto hasta aquel momento muy apagado y quieto,

yendo de un lado para otro con el rabo abatido y las orejas pegadas a la cabeza, lo cual le daba un extraño aspecto. No acertaba a «comprender» dónde podía estar la señora Taggerty. Había estado buscándola por todas partes.

—¡Tenemos buenas noticias, «Dopey»! —exclamó con alegría.

Al percibir la voz del chico, más alegre, «Dopey», fuera de sí, se lanzó al suelo, echando las patas al aire haciendo su célebre número de la bicicleta «Socks» andaba por las inmediaciones observando al perro desdeñosamente. Lo tenía por un animal muy estúpido, si bien no le importaba jugar con él cuando se lo pedía el cuerpo.

El señor Taggerty regresó del hospital más animada. Bridget le salió al encuentro en la misma puerta.

—Desde luego, no está peor —notificó el hombre—. Su preocupación principal ahora somos nosotros. Es una pena... Mañana, Bridget, debe usted ir a verla. A usted la creerá si le dice que nos arreglamos perfectamente. Hay que darle ánimos para que se ponga bien cuanto antes.

—¿Qué hacemos con los chicos? ¿No podrían ir también? Si la ven no estarán tan asustados.

—Bueno, es que lleva un gran vendaje en la cabeza —declaró el señor Taggerty—. Se sentirán muy afectados al ver a su madre así... Será mejor que esperemos a que se encuentre mejor.

Pasó un día. Y otro. La señora Taggerty experimentó una mejoría, pero no hubo ningún médico que asegurara que estaba fuera de peligro. Los chicos se comportaban de maravilla. Se esforzaban por ayudar a Bridget y a su padre de todas las maneras imaginables. Hasta Bidy hacía lo que podía.

Maureen dejó desconcertada a Bridget por la maña que se daba con Michael. Margery colaboraba también y hasta se sentía un poco celosa de la competidora que le había ^ salido. El caso era que Michael estaba bien atendido y que apenas lloraba.

Pat fue una sorpresa para sus profesores del colegio, quienes advirtieron su radical cambio de conducta. Trabajaba con verdadero entusiasmo. Se mantenía en su promesa y nada haría que faltase a ella. Y aún aspiraba a más. ¿Qué podía hacer más?

«Voy a limpiar todas las malas hierbas que crecen en las cercanías de las ventanas de la casa», pensó. «A mamá le gusta sentarse en esos sitios. Aclararé el sendero también. A ella le agrada verlo así. Siempre ha hablado de que estaría todo muy bonito con algo más de atención y limpieza. Bueno, se va a llevar la gran sorpresa cuando vuelva. ¡Qué bien suenan estas dos palabras!».

Bidy no quería quedarse atrás. Bridget le cedió, a instancias suyas, un cubo con agua, un trapo y jabón, y la chiquilla se aplicó a la tarea de limpiar esmeradamente el cenador.

—Mamá podrá descansar aquí cuando vuelva —explicó la chiquilla a Bridget—. Le he oído decir muchas veces que no lo hacía porque estaba todo muy polvoriento y sucio. Voy a dejar el cenador reluciente, ya verás.

La señora Carlton se llevaba a los chicos en ocasiones a su casa, para que

comieran allí. De este modo, Bridget se hallaba más aliviada. Agnes iba algunas tardes. Todo el mundo era muy amable con los Taggerty. Hasta la señorita Johnson, de la casa de al lado quien no había hablado nunca muy bien de sus vecinos.

—La gente se revela buena, generalmente, cuando la desgracia se cierne sobre una familia —dijo Bridget—. En los malos momentos es cuando se ve eso. Por fortuna, aparecen amigos por todas partes.

Miró a Pat, que estaba limpiando el cochecito de su hermano, para evitarle ese trabajo.

«En la desgracia se ve verdaderamente lo que llevamos dentro. Hay que ver este chico... Jamás vi a nadie que cambiara tan radicalmente. Pero ¿durará eso? Todo depende de él».

Los días fueron pasando y las noticias eran cada día más halagüeñas. Finalmente, le fueron quitados a la accidentada los vendajes. El señor Taggerty anunció a los chicos que al día siguiente verían a su madre. Su alegría fue inmensa.

—Parece que llevamos varios siglos sin verla —comentó Pat—. Maureen: espero que tendrás algún vestido limpio que ponerte.

—Lo tengo, desde luego —contestó la chica—. Y Bidy también. Bridget te lavó tu camisa azul y planchó tus mejores pantalones. Mañana iremos tan elegantes como los Carlton.

—Yo me encargo de eso —dijo Bridget—. Lo más seguro es que tu madre haya contado a todo el mundo que espera recibir de un momento a otro la visita de sus tres hijos, sintiéndose orgulloso de vosotros. Os quiero con las manos, las caras y las rodillas muy limpias, los cabellos peinados, las uñas impecables... ¿Me has oído, querido Pat? ¡También las uñas!

El chico se echó a reír.

—Muy bien. Cuidaré de ese detalle. Tengo tanto interés como tú, Bridget, en ver a mi madre contenta, satisfecha. ¡Llegó por fin la hora de no discutir sobre eso!

Desde luego, al día siguiente, cuando se pusieron en marcha, con su padre al frente, ofrecían un aspecto magnífico.

—Me siento orgulloso de mi familia —dijo él—. Nunca os había visto así antes. Vosotros ahora debierais apellidaros Carlton y no Taggerty...

Visita a la señora Taggerty

Había transcurrido una semana desde el día del accidente... Los tres Taggerty no habían vivido jamás una semana tan larga. Su emoción era grande ante la perspectiva de ver a su madre de nuevo. Supieron contener, sin embargo, su impaciencia, adoptando un aire solemne.

La señora Taggerty ocupaba una habitación privada. La enfermera abrió la puerta, diciendo:

—Aquí tiene usted a sus chicos, señora Taggerty... Recuérdelo: cinco minutos solamente. Y si la veo muy excitada, me los llevaré en seguida.

Los chicos no se atrevieron a hacer lo que ansiaban: echar a correr hacia su madre, precipitándose en sus brazos. Entraron en el cuarto casi andando de puntillas, con los ojos muy abiertos y silenciosos. Su madre se encontraba acostada. Estaba muy pálida. De su cabeza había desaparecido el vendaje grande, quedando tan sólo el segundo, de menores dimensiones. En la mejilla izquierda tenía un gran morado. Los chiquillos estaban emocionados. Ella los recibió con una sonrisa en los labios y algunas lágrimas en los ojos.

—¡Hola, pequeños! ¿Por qué estáis tan serios? No os preocupéis. Pronto estaré bien del todo.

Biddy apoyó su rostro en el de su madre, abrazándola.

—¡Mamá! ¡Te quiero mucho! Mamá: ¿te duele algo? ¿Cuándo volverás a casa? Siento no haber arreglado el otro día mi habitación, cuando me lo pediste. Te habría ahorrado un trabajo.

Maureen apenas pudo articular una palabra. Finalmente, pudo preguntar a su madre:

—¡Hola, mamá! ¿Estás mejor?

Ella acarició los suaves y ondulados cabellos de la herida con sus temblorosas manos.

El pobre Pat abrió la boca para hablar, pero de ésta no salió ninguna frase. No se cansaba de mirar a su madre. Se dio cuenta entonces, realmente, de lo mucho que la quería.

«No quise ser descortés contigo», le dijo con los ojos. «Lamento haberme negado hace unos días a hacer lo que me pediste. Yo soy el culpable de todo. ¡Ah! Y aquella mañana te di un puntapié en un tobillo, aunque no iba dirigido a ti. No sé por qué, no acierto a decirte una sola palabra, pero tú debes comprender, tienes que comprender...».

Y su madre le comprendió. Oprimió su menuda y morena mano con fuerza y sonrió sin dejar de llorar, sintiéndose muy feliz.

—Estate tranquilo, Patrick —le dijo—. Adivino lo que sientes y lo que piensas, querido. Volveremos a ser felices, en cuanto yo llegue a casa. Bueno, hábleme de Michael. ¿Me echa mucho de menos?

—Todos nosotros te echamos de menos, mamá —repuso Maureen—. La casa está muy rara sin ti. Tú no te movías de ella y ahora no te vemos. Sabrás que soy yo quien se encarga de atender a Michael.

—Sí, ya me lo dijo Bridget. Me alegro mucho de eso. Cuida bien de tu hermanito, Maureen. Y también del papá... Hazle ver que todos nos queremos mucho y que estamos unidos.

Los cinco minutos concedidos por la enfermera transcurrieron en seguida. Bidy se enfadó cuando aquélla se presentó para sacarlos del cuarto.

—¡Pero si no llevamos aquí más de un minuto! —protestó—. No hemos tenido tiempo de cansar a mamá.

La enfermera miró a la señora Taggerty. Sonreía, pero estaba bastante pálida.

—Tenéis que iros —insistió—. Ahora, decir adiós a vuestra madre. Podéis volver por aquí la semana que viene.

—Adiós, hijos míos —dijo la señora Taggerty—. Estáis muy guapos y muy limpios. Me imagino que todos los del hospital se asomarán a las ventanas para veros cuando salgáis.

Los niños se marcharon y el padre entró en la habitación para estar un rato con su esposa. Ella apenas podía hablar. Se hallaba bastante fatigada, pero se sentía feliz.

—Son los chicos más... preciosos del mundo —susurró, oprimiendo una de las manos de su marido.

Los Taggerty estaban muy contentos. Habían podido ver a su madre de nuevo, habían podido tocar sus manos, oír su voz... Se reflejaba la alegría que sentían en sus rostros. Encontraron a «Dopey» esperándoles. El señor Taggerty, antes de salir, había tomado la precaución de atarlo.

—¡«Dopey»! ¡Mamá está mejor! —gritó Bidy, echando a correr para soltarlo cuanto antes—. ¡Hurra!

Empezaron a correr por allí. «Dopey» saltaba alocadamente con ellos. En la esquina de la calle tropezaron violentamente con la señora Wilson y la señorita Johnson. Las dos mujeres estuvieron a punto de ser derribadas. De la mano de la segunda se escapó el bolso de la compra, que «Dopey» cogió inmediatamente entre sus colmillos. Lo asió correctamente, deslizándose entonces con acompasados movimientos. Bidy se retorció de risa.

—¡Oh! ¡Mirad a «Dopey»! ¡Nuestro perro va de compras!

La señorita Johnson miró a los trucos, disgustada.

—¡Pensar que ellos corren y ríen por una calle como esta mientras su pobre madre se encuentra en un hospital! —dijo a la señora Wilson.



Una o dos semanas antes, Pat habría chillado tanto como Bidy, sacando el máximo partido hilarante del encontronazo con las dos mujeres. Pero ahora procedió de otro modo, muy distinto.

Dirigióse a Maureen para ordenarle:

—Quítale el cesto a «Dopey». —A continuación se volvió hacia las dos damas,

que seguían haciendo gestos desaprobatorios—. Lo siento mucho... Estuvimos a punto de hacerlas caer... Es que... es que acabamos de ver a mamá en el hospital y como está mejor veníamos contentos, corriendo...

Maureen llegó con el bolso de la compra, entregándoselo a la señorita Johnson.

—Siento haberlas asustado —dijo la chica—. Muchas gracias por la atención que ha tenido con mamá, señorita Johnson. Papá me ha dicho que le envió usted unas flores preciosas.

La señorita Johnson dejó a un lado su enfado, sonriendo.

—Me alegro de que esté mejor. Espero ir a verla la semana que viene.

—¿Será usted tan amable que le diga que todos nosotros vamos adelante muy bien? —inquirió Maureen—. De esta manera andaría menos preocupada...

—Le diré que os estáis portando estupendamente bien —contestó la señorita Johnson—. Te he estado viendo todos los días dando paseos a tu hermanito Michael, en el cochecito. Estás hecha una pequeña madre, ¿eh, Maureen?

Los chicos fueron a ver a Bridget corriendo, para contarle sus experiencias del hospital a base de los cinco minutos pasados en la habitación de su madre. Bridget preparaba unos dulces. Había hecho la masa y mientras la agitaba prestó atención a lo que los chiquillos le referían, escuchándolos con gran interés.

—¿Y ya le dijisteis que erais buenos? —inquirió Bridget, agitando enérgicamente la masa—. Siempre habéis sido muy traviosos, pero buenos en el fondo... Y ahora ¡basta ya de meter el dedito ahí, Biddy!

—¡Sabe tan bien! —dijo Biddy, lamiéndose el dedo—. ¿Me dejarás que limpie la cazuela cuando hayas terminado, Bridget? Mamá siempre me dejaba.

—Vuestra madre ha sido siempre muy blanda con vosotros —manifestó Bridget—. Ha habido momentos en que pensé que no la queríais ni poco ni mucho. ¡Biddy! ¿Quieres estarte quieta de una vez, pequeña? Te voy a dar con mi cuchara de madera en la cabeza si no me haces caso.

—¡Oh, Bridget! Tú siempre has sido muy severa con nosotros. Y, sin embargo, te quiero —dijo Biddy apoyándose en ella y frotando su mejilla contra el brazo de la mujer cubierto de harina—. Papá dice que ninguno de nosotros sabríamos pasar sin ti.

—¡Vaya! —exclamó Bridget agitando con más energía la masa—. ¿A qué vienen esas buenas palabritas con la pobre Bridget? ¿Qué quieres? ¿Limpiar la cazuela?

—No es eso; no es eso —aseguró Biddy—. Pat y Maureen piensan lo mismo que yo. Todos te queremos muchísimo, Bridget.

—Desde luego —remachó Pat.

A continuación, acercó un dedo a la masa que preparaba Bridget llevándose un poquito de ella... Bridget, ni corta ni perezosa, le asestó un golpe con la cuchara de madera.

—¿No te da vergüenza? Esto, que lo hiciera un bebé... ¡Mira que lamerse los dedos un chico como tú! —exclamó Bridget, cuyos ojos centelleaban ahora alegremente—. ¡Fuera de aquí todos! Volved cuando haya terminado.

Cuando regresaron allí, los dulces se encontraban en el horno, cociéndose. La cazuela se hallaba sobre la mesa. ¡Y habían quedado con ella muchos restos de masa! Los chicos se despacharon a gusto, deslizando los dedos por el recipiente y chupándose los luego.

—¡Bridget! Yo creo que has dejado tantos trocitos de masa a propósito. Antes no ocurría eso —señaló Maureen.

—¿A propósito, has dicho? —contestó Bridget; supuestamente irritada—. ¿Me creéis tan blanda como para hacer tal cosa?

Transcurrieron unos días más. La señora Taggerty seguía en el hospital, mejorando lentamente. Aquello era interminable... Pasaron dos semanas... Y otra semana más. Ya estaban a mediados de noviembre. ¿Es que mamá no iba a regresar nunca?

—¿Cuándo abandonará el hospital? —preguntó Maureen—. Yo quisiera que estuviese aquí ya. ¿No puedes tú hacerla volver, papá?

—Vuestra madre saldrá del hospital a mediados de noviembre —contestó el señor Taggerty—. Luego, permanecerá alejada algún tiempo de nosotros, hasta que se haya recuperado por completo...

Maureen se quedó muy abatida.

—¡Papá! No puede ser... Es mucho tiempo ya... ¡Oh, papá! ¿Estará con nosotros en Navidad?

—Espero que sí, sinceramente —repuso el padre, sonriendo—. Bueno, creo poder prometeros que por Navidad se encontrará nuevamente aquí.

Los chicos se quedaron muy desilusionados al saber que la ausencia de su madre se prolongaría algo todavía. Pat sacó a colación este tema charlando con John.

—Hay una cosa: dispondré de más tiempo para mejorar mis notas del colegio. ¡Si es que consigo que sean realmente buenas! El día de Navidad pondré el boletín sobre la mesa y mamá se enterará entonces de que he hecho todo lo posible por enmendarme.

—Todos los trabajos que nos hemos tomado quitando las malas hierbas del jardín no van a servir de nada —objetó John—. Si tu madre no vuelve antes de Navidad no saldrá mucho al jardín y no podrá ver lo bien que dejamos la parte alta del mismo.

John había estado ayudando a Pat en aquellas labores. Habían desaparecido las malas hierbas, quedando aclarados los matorrales y los senderos.

Últimamente, habían estado recogiendo las hojas caídas de los árboles.

—No importa. Lo verá todo desde la ventana del comedor —dijo Pat—. ¿Va a salir tu padre esta tarde de paseo como siempre, John? ¿Se quedará en casa, en vista de que el día no es muy bueno?

—No, no. Saldrá. Y yo voy acompañarle. Antes no me gustaba andar. Ahora, en cambio, me agrada. Sobre todo si vienes tú también. Y «Dopey», naturalmente.

Pat sentía una gran admiración por el padre de John. Nadie había vuelto a hablar de la solemne promesa del chico, pero Pat sabía que tío Peter, como él llamaba

cariñosamente al señor Carlton, le observaba semana tras semana, alegrándose muchísimo de que fuese fiel a su palabra.

Los tres Taggerty iban ahora a la escuela dominical con los Carlton. Pat se había unido a sus amigos en la tarde de un domingo, sin formular el menor comentario.

—Lo único que me apena los domingos —dijo el chico a John— es dejar solo a «Dopey» mañana y tarde. Me gustaría que pudiese venir a la iglesia también. Estoy seguro de que se portaría bien, sólo con que le enseñara a estarse quieto. La verdad es que he empezado a educarlo un poco, para cuando vuelva mamá a casa.

Maureen cuidaba muy bien a Michael. Lo tenía en brazos, largos ratos cuando regresaba del colegio. Y lo hacía muy a gusto.

—Ahora no molesta tanto —señaló Maureen, dirigiéndose a Margery, algo celosa—. ¿No te parece raro?

—A mí lo que me parece raro es que tú hayas creído alguna vez que Michael era una molestia —replicó Margery—. Déjame unos momentos, Maureen. Casi no puedo tomarlo nunca ahora...

—Le gusta estar conmigo, sencillamente —manifestó Maureen, muy complacida.

—Pero me prefiere a mí —repuso Margery, fieramente—. Michael: ¿quieres venirte con tu Margery?

El pequeñín volvió la cabeza hacia ella, tendiéndole los bracitos.

—¡Ya lo ves! —exclamó Margery, con un gesto de triunfo, inclinándose sobre él.

El niño pasó un brazo por el cuello de Margery, deslizando el otro por el de Maureen, aferrándose a las dos con una fuerza sorprendente. Las tres cabezas se unieron.

—Os quiere a las dos por igual —sentenció Bidy, que contemplaba la escena—. Yo quiero a Michael mucho también.

—Probablemente, quieres más a «Dopey» —declaró Maureen—. ¡No, no te estoy llamando, «Dopey», estúpido! ¡Échate! ¡Oh, mira, Margery! Michael quiere acariciar al perro. ¿Verdad que es el bebé más inteligente del mundo?

¡Llega la navidad!

Pasaban los días. Transcurrían, unas tras otras, las horas del colegio, del juego del desayuno la comida el té y la cena. Llegaba invariablemente la hora de acostarse. Pasaban las semanas, felices. Annette, desde luego, no iba al colegio. Bidy iba a jugar con ella. De esta manera, Bridget sólo tenía que entenderse con Michael.

Bidy era una niña muy descuidada, con afanes destructores. Ella y Annette tenían muchos altercados porque la primera trataba de cualquier manera las muñecas de esta última. Pero poco a poco fue cambiando; ya no tendía siempre a romperlas. Y hasta aprendió a colocarlas en sus sitios respectivos cuando daba fin a sus juegos.

Se tornó también más limpia. La señora Carlton le exigía que llevase las manos y la cara impecables para ponerse a jugar con Annette o sentarse a la mesa con ésta.

—Si llevas una cinta de seda en los cabellos es para que te sirva de algo, para que te los sujetes. Pues entonces, ácala. Si quieres prescindir de ella, no te la pongas. Haz lo que quieras con tal de que no esté colgando. ¡Ah! Y los botones se han inventado para cumplir su misión. Tienes que llevar todos los del vestido y no solamente los indispensables. Esto no es ser detallista, Bidy. Todo forma parte de las buenas maneras en una niña.

Los Taggerty aprendían cosas continuamente porque no se separaban casi nunca de los Carlton. Maureen gustaba ya de ver su casa ordenada. Nada de abrigos tirados por las sillas, ni papeles por el suelo, ni flores marchitas en los jarrones...

«Hasta ahora», pensó Maureen, «todos hemos ido dejando nuestras cosas donde mejor nos venía a mano porque luego aparecía Bridget recogiendo. Pero su trabajo no servía de nada, ya que continuábamos aferrados a la misma costumbre. Bueno, pues voy a imitar los métodos de la señora Carlton».

Intentó convencer a Pat y a Bidy para que procedieran como ella, para que fuesen ordenados. Pat llegó a enfadarse.

—Tú haz lo que quieras, pero no intentes conseguir que Bidy y yo hagamos lo mismo que tú. Y si tanto interés tienes en que todo aparezca siempre en su sitio date una vuelta por la casa. No seremos nosotros quienes se esfuercen por detenerte.

Maureen optó por recoger las cosas de sus hermanos cuando las dejaban tiradas en cualquier parte, sin decir una palabra. Limpiaba la habitación de Pat y ponía en orden sus libros, procediendo igual con los juguetes de Bidy. Al cabo de poco tiempo, la casa sufrió una transformación notable, que el señor Taggerty advirtió.

—Maureen se comporta como una pequeña ama de casa ideal —dijo a Bridget—. Espero que los chicos sigan conduciéndose así cuando regrese su madre. Ésta se pondrá muy contenta.

Había llegado el momento de dejar el hospital para la señora Taggerty. Acomodose en el coche de su marido. El día anterior se había despedido de sus hijos, al ir estos a verla, como de costumbre.

—¡Te queremos entre nosotros para Navidad, mamá! —Le dijeron—. No

podríamos pasar bien la Navidad sin ti.

El padre no se encontraba en casa todavía. Allí sólo estaba Bridget, un tanto cansada, un miembro más de la familia, una mujer en la que todos podían confiar incondicionalmente. Fruncía el ceño al ver un calcetín roto, pero al mismo tiempo curaba con todo interés una rodilla herida. Se enfadaba con Pat cuando éste perdía su pluma, pero la buscaba incansablemente para que la tuviese antes de salir para el colegio. Ciertamente, no podían pasar sin su Bridget.

Muchos eran los planes que se habían forjado todos para Navidad. Bridget preparaba los budines, requiriendo la colaboración de los Taggerty y los Carlton en sus tareas. A la hora de formular deseos, los primeros, por supuesto, pedían el regreso de su madre por Navidad. John solicitó un perro, sintiéndose íntimamente avergonzado, ya que comprendía que hubiera debido pedir que la madre de sus vecinos volviese a su casa cuanto antes.

Todo el mundo enviaba tarjetas de felicitación y hacía regalos. Los Taggerty, con ayuda de los Carlton, elaboraban una gran pancarta para colocarla encima de la puerta de la casa. BIENVENIDA AL HOGAR, MAMÁ, rezaba aquélla, escrita en grandes letras rojas. Maureen y Biddy, nada aficionadas a coser colaboraban con los demás a gusto. ¡Era par mamá!

—Nunca quisisteis hacer nada por vuestra madre antes —dijo Annette, mientras pegaba una L—. Ni lo más mínimo. Nosotros pensábamos que obrabais mal. Ahora estáis siempre dispuestos para lo que sea, ¡incluso para coser! Recuerdo que en una ocasión contasteis a vuestra madre algo que era mentira y que...

—Cállate —contestó Maureen—. Nos disgusta que nos recuerdes esas cosas. Si alguna vez le pasa algo desagradable a tu madre, ya verás cómo cambias de manera de pensar en muchos aspectos. Se vuelve una diferente, ¿sabes?

—También vosotros, los Carlton, habéis cambiado —medió Biddy, inesperadamente—. ¿No te acuerdas ya, Annette, de que antes eras una soplona?

—Aparte de que se pasaba los días llorando —remachó Maureen—. Y John estaba apegado a las faldas de su madre. ¡Hasta de subir a los árboles se asustaba! Y Margery no paraba de dar gritos si «Dopey» se le acercaba... Y la primera vez que vino a merendar a casa quería irse con su madre...

A Annette y a Margery les disgustaba también que les fuesen recordadas estas cosas. En realidad, ¿habían sido así alguna vez? Sí, en efecto. Se ponían nerviosas. Margery se sonrojaba.

Maureen se dio cuenta de eso.

—Bueno, no recordemos detalles desagradables —dijo dando a Margery una amistosa palmada—. Vosotras podríais hablar de nuestras mentiras, de los bruscos que éramos, de lo mal que nos portábamos al sentarnos a la mesa... ¡Olvidemos todo eso! Nos hicisteis ver muy bien nuestros defectos.

—Y vosotros nos demostrasteis que entonces éramos unos tontos —replicó Margery, generosamente—. Nunca pensé que llegáramos a ser todos tan buenos

amigos.

—He terminado con mi letra L —anunció Annette, suspirando profundamente—. Quiero descansar un rato ahora. ¿Por qué harán las agujas tan pequeñas? Me gustaría manejar una más grande. Fíjate en «Blancospies», Maureen. Se dispone a dormir entre las patas de «Dopey». ¡Oh! Me gustaría que no creciese tan rápidamente. Quisiera que fuese pequeño siempre.

John no había vuelto a hablar de su perro. Esperaba uno para Navidad. No se atrevía a formular la petición en regla, por si luego se veía defraudado. Abrigaba, sin embargo, muchas esperanzas de verse complacido.

Llegaron las vacaciones. ¡Faltaban ya solamente cuatro días para Navidad! Vinieron los boletines del colegio, con las notas. Las de John eran excelentes, así como las de Margery. Sus padres las leyeron en voz alta, orgullosos. Solían proceder siempre así.

—¿Cómo habrán sido las de Pat? —preguntó John—. Espero que buenas también. Tiene que ser así, ya que Pat ha hecho un gran esfuerzo a lo largo de varias semanas.

El señor Taggerty se presentó en su casa tres días antes de Navidad. Quería ponerse de acuerdo con Bridget en lo tocante al regreso de su esposa. Era todavía una persona inválida, pero estaba francamente mejor.

Habían llegado los boletines del colegio, con las notas de Pat y Maureen. El señor Taggerty abrió aquellos.

Las de Maureen eran muy satisfactorias y la observación que figuraba al pie de ellas le satisfizo mucho.

«Ha mejorado enormemente en cuanto a sus modales y presentación», había escrito allí su profesora. «Maureen no es ya la chica descuidada y negligente de antes».

Las notas de Pat eran espléndidas. Su padre las leyó muy complacido y luego hizo una seña a su hijo para que se le acercara.

—Debes leer esto conmigo, Patrick —le dijo—. Fíjate en tus notas de las primeras semanas y en tu clasificación dentro de la clase: ¡de los últimos! Ahora todo ha ido para arriba y has conseguido un buen número. En efecto, ¡estás sólo a tres puestos del primero! Lee, lee lo que tu profesor dice de ti.

Pat leyó lo que su padre le indicaba y sintió que su corazón latía con más fuerza. Aquello representaba mucho para él.

«Al comienzo del curso», decía el informe, «Patrick se mostraba como un chico difícil, sólo capaz de destacarse en la gimnasia y el fútbol. Fue considerado un mal ejemplo para sus compañeros. Ahora nos alegra poder afirmar que es otro muchacho. Ha trabajado con firmeza y bien; se puede confiar en él; esperamos que figure entre nuestros alumnos más destacados. Su conducta y su afán de perfección le hace acreedor a los mejores elogios. Sus profesores nos sentimos orgullosos de él».

Pat estaba radiante. Su padre lo abrazó.

—Yo también me siento verdaderamente orgulloso de ti, Pat —le dijo—. Muy orgulloso. Te has superado. Nada daba a entender al principio del curso que ibas a terminarlo así. Tu madre se llevará una gran alegría. En la mañana de Navidad colocaremos tu boletín de notas en la bandeja que se emplea para el desayuno. ¡Seguro que no recibirá ningún otro regalo de tanto valor como este!

La señora Taggerty llegaría en la tarde anterior al día de Navidad. Los chiquillos llevaron a cabo grandes preparativos. Bridget se pasó horas y horas en la cocina. Pat, Maureen y Bidy prepararon sus mejores ropas. El bebé, Michael, luciría un vestidito de lana blanco, que le había hecho la señora Carlton.

La gran pancarta de las letras rojas fue colocada con todo cuidado encima de la puerta. Había un pastel especial en el que se leía también BIENVENIDA AL HOGAR. Bridget había escrito estas palabras con crema, con su mejor letra. El pastel en cuestión presentaba un variado surtido de adornos.

El coche del señor Taggerty se detuvo ante la puerta. De él se apeó la señora Taggerty, del brazo de su marido. Su rostro expresaba una gran alegría. ¡Cómo había mejorado! Los chicos se arrojaron a sus brazos.

—¡Bienvenida, mamá! ¡Por fin estás aquí!

—Cuidado, cuidado —recomendó el padre. Fuera, «Dopey». ¿No lo ves? El perro parece haberse vuelto loco. ¡Échate, «Dopey»! ¡Échate!

Por las mejillas de la señora Taggerty rodaron unas lágrimas de felicidad. Miró a su alrededor...

—¡Qué bonito está todo! ¡Qué limpio y ordenado! ¡Hola, Bridget! Nunca podré pagarte lo que has hecho por nosotros. ¿Dónde está mi pequeño Michael?

Fue una entrada triunfal, verdaderamente. Todos disfrutaron mucho. Los tres Carlton, prudentemente, observaban la escena desde la acera opuesta a la casa. No habían querido acercarse más a sus vecinos. Aquel día era para ellos. Ahora, no habían querido perderse el espectáculo que era la felicidad de los Taggerty.

Michael se rió al ser tomado por su madre...

—¡Ha crecido mucho! ¡Es muy guapo! —exclamó la señora Taggerty—. ¡Qué buen aspecto tiene! Lo has sabido cuidar muy bien, Bridget.

—El mérito no es sólo mío, señora Taggerty —respondió Bridget—. Maureen ha atendido a su hermano perfectamente. Sus hijos se han portado muy bien. Puede usted estar orgullosa de ellos.

—¡Bridget! ¡Si siempre decías que eran una pandilla difícil de gobernar! —le reprochó la señora Taggerty, sonriente.

Bridget guiñó un ojo a los tres chicos, que no perdían un detalle de aquella conversación.

—Siguen siendo una pandilla difícil de gobernar, pero... la verdad es que valen en oro lo que pesan.

En la víspera del día de Navidad, la señora Taggerty ocupó su sitio de siempre... Los chicos apenas podían creer que volviese a estar allí su madre. ¡Y qué agradable

les parecía la perspectiva de verse arropados por ella en sus camas, de que les diera las buenas noches con un beso!

Pat sólo había hablado de su solemne promesa con John y el padre de éste. Pero aquella noche, abrazado a su madre, le dijo:

—No fue un trato, mamá... Yo no prometí nada con la condición de que tú vinieras o hasta que tú vinieras... Mi promesa era válida para siempre, pasase lo que pasase. Y he sido fiel a mi palabra, mamá. Ya leerás mañana mi boletín de notas... Y más tarde el del próximo trimestre, el otro... Siempre seré así. Nunca jamás, te desobedeceré.

—¡Oh, sí! Alguna vez no querrás hacerme caso. Luego te arrepentirás, sin embargo, y querrás enmendarte. No importa. Estoy orgullosa de ti, Pat. Eres el mayor, mi primer hijo, y ocupas un sitio muy especial en mi corazón. Quería estar orgullosa de ti ¡y ya lo estoy!

La mañana del día de Navidad fue deliciosa. Había toda clase de presentes sobre la mesa. Todos esperaron a que mamá bajara después del desayuno, para ayudar a abrirlos. Los chicos tenían sus medias llenas de menudas cosas. Los verdaderos regalos estaban sobre la mesa.

—¡Oh! ¡Qué muñeca tan bonita! —gritó Bidy—. ¡Mamá! ¿Le hiciste tú el vestido?

—Sí. Dispuse de mucho tiempo en la cama —respondió la madre—. ¡Bueno! ¿Quién me ha regalado esta preciosa labor? ¿Es obra tuya, Maureen? ¿También el bordado? Me gusta muchísimo.

—«Dopey» te ha traído algo —declaró Bidy—. No has abierto su paquete todavía.

La señora Taggerty lo abrió y todos prorrumpieron en grandes risas. ¡Era un gran hueso!

—¡«Dopey»! —dijo la madre—. ¿Cómo has podido desprenderte de esto? ¡Tienes que compartirlo conmigo!

«Dopey» se sentía a gusto también. Él no podía comprender, naturalmente, que había llegado la Navidad. Pero descubría muchas manifestaciones de alegría a su alrededor y su gran rabo, semejante a un plumero, no descansaba.

Luego, la señora Taggerty abrió el boletín de notas de Pat. Sus ojos brillaron significativamente al leerlo.

—Es el más bonito de los presentes que he recibido —declaró—. Pat: no hubieras podido regalarme nada mejor. Esto me gusta más aún que el servilletero que me hiciste en clase, como trabajo manual...

—¿Cómo lo estarán pasando los Carlton? —preguntó Pat—. Mamá: tenemos un maravilloso presente para ellos. Bueno, es para John, realmente, pero todos participarán de su alegría. Vamos a recogerlo esta mañana, dentro de un rato. Se encuentra en la granja.

—Es un perro de aguas —notificó Bidy, incapaz de seguir guardando el secreto

—. Lo compramos entre todos, para los Carlton, aunque papá ha puesto la mayor parte del dinero. Es precioso, precioso...

Fueron a hacerse cargo del perro. Era éste negro, de pelaje muy brillante, con las orejas caídas y unos ojos castaños muy dulces. En efecto, tal como dijera Maureen, era una monería.

—¡No es más bonito que «Dopey»! —exclamó Bidy, celosa.

«Dopey» no tenía nada de bonito, pero, en fin, a los ojos de los Taggerty lo era...

—Tendremos que darnos prisa —manifestó Maureen cuando dejaron la granja, con su adquisición dando vueltas en torno a ellos y «Dopey» lanzándose en bruscas arremetidas contra el animal—. Quedamos en que el día de Navidad iríamos con los Carlton a la iglesia por la mañana. Tenemos que dar las gracias formalmente a Dios por habernos devuelto a mamá. ¡A la carrera!

Corrieron. El perro de aguas les imitó. Le agradaba correr en compañía de los chicos. Pat le había puesto una etiqueta, sujeta con algo al cuello. Había dejado escapar una risita al proceder así. El perro creería que se trataba de su nombre. Pero no, no...

Se dirigieron al hogar de los Carlton... ¡Hurra! Allí estaban John, Margery y Annette, que se disponía a salir en busca de ellos.

—¡Te traemos un presente! —gritó Bidy—. ¿Lo ves? Es este cachorro. Es para vosotros, pero especialmente para John.

Y John, que se había sentido sorprendido y desilusionado ante la no aparición del perro ansiado como presente de Navidad, dio un grito tan fuerte como el de Bidy. Se arrodilló junto al animal acariciándolo. El perrito le lamió la nariz con una roja lengüecita.

—¡Ah! ¿Era por esto por lo que Bidy y Maureen se mostraban tan misteriosas? El caso es que me lo apuntaban ahora que caigo en la cuenta... Fui un estúpido. Le llamaré «Scamper»... Bidy, Pat, Maureen: ¡gracias, gracias, gracias!

Luego, John examinó el rótulo que colgaba del cuello del cachorro. Nada más leerlo, soltó la carcajada...

—¡Fijaos, Annette, Margery! ¡Ved lo que han escrito aquí los Taggerty! «Deseamos una feliz Navidad a LOS TERRIBLES CHIQUILLOS DE LA CASA DE AL LADO».

—Y ahora mirad vosotros lo que hemos escrito en nuestra tarjeta —dijo Annette, poniendo en manos de Pat un maravilloso juego de prestidigitación—. ¡Vamos, leedlo!

Pat obedeció, echándose a reír.

—Habéis escrito lo mismo que nosotros: «Deseamos una feliz Navidad a LOS TERRIBLES CHIQUILLOS DE LA CASA DE AL LADO».

—Así nos llamábamos mutuamente —manifestó John—. Bueno, vamos a enseñar a mamá mi cachorro. Adelante, «Scamper». Vete acostumbrando a la que ha de ser tu casa.

En la puerta de la misma, el perro empezó a mover el rabo y a empinar las orejas. «Dopey» pasó a su lado como una exhalación y estuvo a punto de derribarlo. Los chicos echaron a andar tras ellos.

—¡Feliz Navidad, señora Carlton! —chilló Bidy.

Y nosotros les deseamos a todos también una Navidad muy feliz, dejándolos disfrutar de un día tan señalado. ¡Feliz Navidad, terribles chiquillos, feliz Navidad a todos!



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.

Notas

[1] «Socks», es en castellano *calcetines*. <<